

JULIO VERNE.

LA CASA DE VAPOR.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

LA CASA DE VAPOR.

PRIMERA PARTE.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

JULIO VERNE.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL.

POR

D. N. F. CUESTA.

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS.



GASPAR, EDITORES

4, PRÍNCIPE, 4.

MADRID.—1882.

Es propiedad de los Editores.



LA CASA DE VAPOR.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

UNA CABEZA PREGONADA.

«Se dará un premio de 2,000 libras esterlinas á quien entregue muerto ó vivo á uno de los antiguos jefes de la rebelion de los cipayos, de quien se tiene noticia que está en la presidencia de Bombay, y es el nabab Dandu-Pant, mas conocido con el nombre de...»

Tal era el anuncio que los habitantes de Aurengabad podían leer en la tarde del 6 de marzo de 1867.

El último nombre, nombre execrado, maldito para los unos, secretamente admirado por los otros, no podia leerse en el cartel que recientemente habia sido fijado en la pared de un bungalow arruinado, á orillas del río Dudhma.

Si faltaba este nombre, era porque el ángulo inferior del cartel en donde estaba impreso con letras gordas, acababa de ser desgarrado por la mano de un faquir á quien nadie habia podido ver en aquella playa, á la sazón desierta. Con este nombre habia desaparecido igualmente el del gobernador general

de la presidencia de Bombay, que refrendaba el decreto del virey de la India.

¿Qué motivo habia tenido el faquir para su accion? Al lacerar el cartel, ¿esperaba que el rebelde de 1857 se escaparia de la vindicta pública y de las consecuencias del decreto espedido contra su persona? ¿Podia creer que tan terrible celebridad desapareceria al desaparecer el fragmento de papel reducido á polvo? Hubiera sido una locura.

En efecto, otros carteles fijados con profusion cubrian las paredes de las casas, de los palacios, de las mezquitas y de las posadas de Aurengabad, y mas de un pregonero recorria las calles de la ciudad leyendo en alta voz el decreto del gobernador. Los habitantes de las mas pequeñas aldeas de la provincia sabian ya que toda una riqueza estaba prometida á quien entregase á Dandu-Pant. Su nombre inútilmente separado de un cartel iba á recorrer antes de doce horas toda la presidencia. Si los informes eran exactos; si el nabab realmente habia buscado refugio en aquella parte del Indostan, sin duda alguna caeria en breve en manos interesadas en capturarle.

¿A qué sentimiento, pues, habia obedecido aquel

faquir lacerando un cartel del cual se habian tirado ya muchos miles de ejemplares?

A un impulso de cólera sin duda; quizá tambien á algun pensamiento de desprecio. De todos modos, despues de haberse encogido de hombros, penetró en el barrio mas populoso y habitado por la gente mas mala de la ciudad.

Se llama Decan la parte de la península india comprendida entre los Gatas occidentales y los del mar de Bengala, y este nombre es el que se dá comunmente á la parte meridional de la India del lado acá del Ganges. El Decan, nombre que en sanscrito significa Sur, contiene en las presidencias de Bombay y de Madras, cierto número de provincias, de las cuales una de las principales es la provincia de Aurengabad, cuya capital fue en otro tiempo la de todo el Decan.

En el siglo xvii el célebre emperador mogol Aureng Zeb, trasladó su córte á esta ciudad que era conocida en los primeros tiempos de la historia del Indostan con el nombre de Kirgi. Contenia entonces cien mil habitantes; pero hoy no tiene mas que cincuenta mil bajo la dominacion de los ingleses que la administran por cuenta del Nizam de Haiderabad. Sin embargo, es una de las ciudades mas sanas de la península, en la cual hasta ahora no han entrado ni el cólera asiático, ni las epidemias de fiebres tan devastadoras en la India.

Aurengabad ha conservado magníficos restos de su antiguo esplendor. El palacio del gran mogol levantado en la orilla derecha del Duddma; el mausoleo de la sultana favorita del Shah Jahan, padre de Aureng-Zeb; la mezquita copiada de la elegante Tadye de Agra, que levanta sus cuatro minaretes en torno de una cúpula graciosamente redondeada, y otros monumentos artísticamente contruidos y ricamente adornados, demuestran el poder y la grandeza del mas ilustre de los conquistadores del Indostan, que elevó este reino, al cual unió el Cabul y el Asam, á un grado incomparable de prosperidad.

Aunqued desde aquella época la poblacion de Aurengabad se ha reducido mucho, segun acabamos de decir, un hombre podia ocultarse fácilmente entre los tipos diversos que la componen. El faquir verdadero ó falso mezclado entre aquel pueblo, no se distinguia de él en modo alguno. Sus semejantes abundan en la India y forman con los *Sayeds* una corporacion de mendigos religiosos que piden limosna á pié ó á caballo y saben exigirla cuando no se les dá de buena gana, pero tampoco desdenan el papel de mártires voluntarios y gozan de gran crédito entre el pueblo bajo del Indostan.

El faquir de que se trata, era un hombre de alta estatura, que tenia mas de cinco pies y nueve pulgadas inglesas. Si habia pasado de los cuarenta, no pasaba de los cuarenta y dos; su rostro recordaba el hermoso tipo maharata, sobre todo por el brillo de sus ojos negros siempre despiertos; pero hubiera sido difícil descubrir los rasgos finos de su raza bajo las mil pecas de viruelas de que tenia acribillada la cara. Aquel hombre, todavia en la fuerza de la edad, parecia inflexible y robusto. Señas particulares: le faltaba un dedo en la mano izquierda. Llevaba el cabello teñido de rojo; iba medio desnudo y descalzo, con un turbante en la cabeza y una mala camisa de lana rayada sujeta por una faja á la cintura. En su pecho se veian pintados en colores vivos los emblemas de los dos principios conservador y destructor de la mitología india, la cabeza de leon de la cuarta encarnacion de Visnú y los tres ojos y el tridente simbólico del feroz Siva.

Una emoci6n verdadera y muy natural agitaba las calles de Aurengabad, y mas particularmente aquellas en que abundaba la poblacion cosmopolita de los barrios bajos que hormigueaba fuera de las chozas

que le sirven de vivienda. Hombres, mujeres, niños, ancianos, europeos ó indigenas, soldados de los regimientos reales ó de los regimientos del pais, mendigos de toda especie, labradores de las cercanías, se hablaban, gesticulaban, comentaban la noticia y calculaban las probabilidades de ganar el premio enorme prometido por el gobierno. La escitacion de los ánimos no hubiera sido mas viva ante el globo de una lotería cuyo premio mayor hubiera valido 2.000 libras, y aun puede decirse que esta vez no habia nadie que no pudiera tomar un buen billete. Este billete era la cabeza de Dandu Pant. Es verdad que se necesitaba bastante fortuna para encontrarle, y bastante audacia para apoderarse de su persona.

El faquir, evidentemente el único entre todos que no estaba escitado por la esperanza de ganar el premio, se introducía entre los grupos, deteniéndose unas veces, y otras escuchando lo que se decia como hombre á quien podia interesarle. Pero no hablaba con nadie, si bien sus ojos y sus oidos no se daban punto de reposo mientras la boca permanecia muda.

— ¡Dos mil libras por descubrir al nabab! exclamaba uno levantan'lo al cielo sus manos engrabitadas.

— No por descubrirle, decia otro, sino por cogérle, lo cual es diferente.

— En efecto, no es hombre que se deje prender sin defenderse resueltamente.

— ¡Pero no se habia dicho que habia muerto de fiebre en los bosques del Nepal?

— No era verdad. El astuto Dandu-Pant quiso hacerse pasar por muerto á fin de vivir mas seguro.

— Pues se dijo que habia sido enterrado en su campamento de la frontera.

— Exequias falsas para enganar á la policia.

El faquir no hizo ningun gesto al oír afirmar esto último de manera que no admitia duda. Sin embargo, frunció el ceño involuntariamente cuando oyó á un indio, uno de los mas escitados del grupo cuya conversacion estaba oyendo, dar los pormenores siguientes, demasiado precisos para no ser verídicos.

— Lo cierto es, decia el indio, que en 1859 el nabab se habia refugiado con su hermano Balao-Rao y el exradya de Gondia, Debi-Bux-Singh en un campamento al pie de una de las montañas del Nepal. Allí, estrechados de cerca por las tropas inglesas, resolvieron atravesar la frontera indo-china. Antes de pasarla, el nabab y sus dos compañeros, á fin de acreditar mejor la noticia de su muerte, mandaron proceder á sus propios funerales; pero lo que de ellos enterraron no fue mas que un dedo de la mano izquierda que cada uno se cortó en el momento de la ceremonia.

— ¡Y cómo sabes eso? preguntó uno de los oyentes al indio que acababa de dar estos pormenores con tanta seguridad.

— Porque presencié los funerales, respondió el indio. Los soldados de Dandu-Pant me habian hecho prisionero y no pude escaparme hasta seis meses despues.

Mientras el indio hablaba de un modo tan afirmativo, el faquir no le perdía de vista. Un relámpago iluminaba sus ojos y habia ocultado por prudencia su mano mutilada bajo la camisa. Escuchaba sin hablar palabra, pero sus labios se estremecian y descubrian sus dientes acerados.

— ¡Es decir, que tú conoces al nabab? preguntó uno.

— Sí, respondió el indio.

— ¡Y le conocerias si por casualidad te encontrases con él frente á frente?

— Ya lo creo, como á mí mismo.

— ¡Entonces tú tienes alguna probabilidad de ga-

mar el premio de las 2,000 libras? observó uno de los interlocutores, no sin cierto sentimiento de envidia.

—Tal vez, respondió el indio, si es verdad que el nabab ha tenido la imprudencia de aventurarse hasta el distrito de Bombay, lo cual me parece muy inverosímil.

—¿Qué habría venido á hacer aquí?

—Sin duda á suscitar una nueva sublevación, dijo uno de los interlocutores, si no entre los cipayos, á lo menos entre los hombres del campo.

—Pues que el gobierno afirma que se le ha visto en la provincia, dijo otro que pertenecía á esa clase de personas para quienes la autoridad no se equivoca jamás, es que está bien enterado sobre este punto.

—Puede ser, respondió el indio. ¡Plegue á Brahma que pueda yo ver á Dandu Pant y mi fortuna estará hecha!

El faquir retrocedió algunos pasos, pero sin perder de vista al indio.

Había anochecido á la sazón, y sin embargo no disminuía la animación en las calles de Aurengabad. En todas partes se hablaba del nabab; aquí se decía que había sido visto en la misma ciudad; allá que se encontraba muy lejos y algunos afirmaban que una estafeta espedita del norte de la provincia acababa de traer al gobernador la noticia de la prisión de Dandu-Pant. A las nueve de la noche los mejor enterados sostenían que estaba encerrado en la cárcel de la ciudad en compañía de algunos thugs presos desde treinta años antes, y que sería ahorcado al día siguiente al amanecer, sin mas formalidad, como lo había sido Tantia-Topi, su célebre compañero de rebelión en la plaza de Sipri; pero á las diez llegó otra noticia contradictoria y se esparció el rumor de que el preso había conseguido fugarse. lo cual devolvió la esperanza á todos aquellos cuya codicia se hallaba estimulada por el cebo de las 2,000 libras.

En realidad, todos aquellos rumores diversos eran falsos. Los mejor informados no sabían mas que los otros. La cabeza del nabab valía todavía lo que se daba por ella; era un premio que nadie había alcanzado, y que podía alcanzarse.

Sin embargo, el indio, por lo mismo que conocía á Dandu-Pant, tenía mas probabilidades que ninguno de ganar el premio ofrecido. Pocas personas, sobre todo en la presidencia de Bombay, habían tenido ocasión de encontrarse con el feroz jefe de la grande insurrección. Mas al Norte y mas al centro, en el Scindia, en el Bundelkund, en el Oude, en las inmediaciones de Agra, de Delhi, de Canwpoore, de Luknow en el principal teatro de las atrocidades cometidas por sus órdenes, las poblaciones enteras se habrían levantado contra él y le habrían entregado á la justicia inglesa. Los parientes de sus víctimas, esposos, hermanos, mujeres, hijos lloraban todavía las víctimas que el nabab había sacrificado á centenares. Los diez años transcurridos no habían bastado á extinguir aquellos sentimientos legítimos de odio y de venganza. Por lo mismo no era posible que Dandu-Pant hubiera tenido la imprudencia de aventurarse á entrar en territorios donde su nombre era objeto de la execración de todos. Si, como se decía, había pasado la frontera indo-china; si algun motivo desconocido, algun proyecto de insurrección ú otro cualquiera le había impulsado á dejar el asilo impenetrable, cuyo secreto no había podido descubrir la policía anglo-india, solo las provincias del Decan y su campo libre, podían proporcionarle una especie de seguridad.

Sin embargo, acabamos de ver que el gobernador había tenido noticia de su aparición en la presidencia, y que inmediatamente se había puesto á precio su cabeza.

Conviene observar que en Aurengabad las personas de la clase elevada, magistrados, oficiales, fun-

cionarios, tenían alguna duda acerca de la exactitud de los informes recibidos por el gobernador, porque ya otras veces se había esparcido el rumor de haber sido visto y aun hecho prisionero el famoso Dandu-Pant.

Tan falsas noticias habían circulado, que se había formado una especie de leyenda sobre el don de ubicuidad que poseía el nabab, y sobre su habilidad para engañar á los mas hábiles agentes de policía. Pero el pueblo no dudaba de que las noticias del gobernador fueran exactas.

En el número de los menos incrédulos, estaba, naturalmente, el indio prisionero del nabab. Este pobre diablo, ilusionado por el premio ofrecido y animado por el deseo de venganza personal, no pensaba mas que en ponerse en campaña para buscar al nabab, y miraba como cosa asegurada el buen éxito de su empresa. Su plan era muy sencillo: proponiase al día siguiente ofrecer sus servicios al gobernador, y despues de haberse informado exactamente de los fundamentos de la noticia que había recibido, marchar al sitio donde hubiera sido visto el nabab.

Hacia las once de la noche, despues de haber oido tantos rumores diversos, que sin dejar de producir gran confusión en su ánimo, le afirmaron en su proyecto, trató de tomar algun reposo. Su única morada era una barca amarrada á la orilla del Dudhma, y allí se dirigió con los ojos medio cerrados y reflexionando.

El faquir, como hemos dicho, no le había perdido de vista y le seguía, procurando no llamar su atención y ocultándose en la sombra. Al extremo de aquel populoso barrio de Aurengabad, las calles se hallaban en aquellas horas menos animadas. Su principal arteria daba acceso á varios terrenos incultos, que terminaban en una de las orillas del Dudhma. Era aquello como un desierto en los límites de la ciudad; algunas personas retrasadas le atravesaban de prisa, para volver á las zonas mas frecuentadas. El ruido de los últimos pasos cesó en breve, pero el indio no advirtió que estaba solo á orillas del rio.

El faquir le seguía silenciosamente, escogiendo las partes oscuras del terreno, poniéndose al abrigo de los árboles ó arrimándose á las paredes sombrías de las habitaciones arruinadas que se encontraban al paso.

La precaucion no era inútil, porque la luna acababa de levantarse y esparcía vagos resplandores por la atmósfera. El indio hubiera podido ver que le espiaban y hasta que era seguido de cerca, pero no hubiera podido oír los pasos del faquir, porque éste, con los pies descalzos, mas bien se deslizaba que andaba, y ningun ruido daba indicio de su presencia en las orillas del Dudhma. Así pasaron cinco minutos, y el indio llegaba á su miserable barca donde tenia la costumbre de pasar la noche. La direccion que seguía no podia explicarse de otro modo; parecia hombre habituado á frecuentar todas las noches aquel lugar desierto; iba enteramente absorto en el pensamiento de los pasos que había decidido dar al día siguiente para presentarse al gobernador. La esperanza de vengarse del nabab, que no había sido benévolo con sus prisioneros, unida á la codicia feroz de ganar el premio ofrecido, le convertían en ciego y en sordo.

No tenía, pues, la menor idea del peligro á que sus imprudentes palabras le habían expuesto.

No vió al faquir acercarse poco á poco á él.

Pero de repente un hombre saltó sobre él como un tigre, con un relámpago en la mano. Este relámpago era producido por un rayo de luna, que se reflejaba sobre la hoja de un puñal malayo.

El indio, herido en el pecho, cayó al suelo.

Aunque el golpe había sido dado con mano segura, el desdichado no había muerto todavía. Escapábanse



Alrededores de Aurengabad.

de sus labios algunas voces inarticuladas, envueltas en un torrente de sangre.

El asesino se inclinó hacia el suelo, se apoderó de su víctima, la levantó y acercando á ella su rostro, en el cual daba la luz de la luna, le dijo:

—¿Me conoces?

—El murmuró el Indio.

Y el terrible nombre del faquir iba á salir de sus labios, cuando espiró, ahogado entre las manos del asesino.

Un instante despues el cuerpo del indio desapareció en la corriente del Dudhma que no debía devolverle jamás.

El faquir esperó á que se hubiera apaciguado la agitacion de las aguas; y volviendo por el mismo camino que habia llevado, atravesó los terrenos desiertos, despues los barrios que iban quedando tambien sin gente y con paso rápido se dirigió hacia una de las puertas de la ciudad.

Pero en el momento de llegar á aquella puerta la encontró cerrada. Algunos soldados del ejército real ocupaban la entrada. El faquir no podia, por consi-

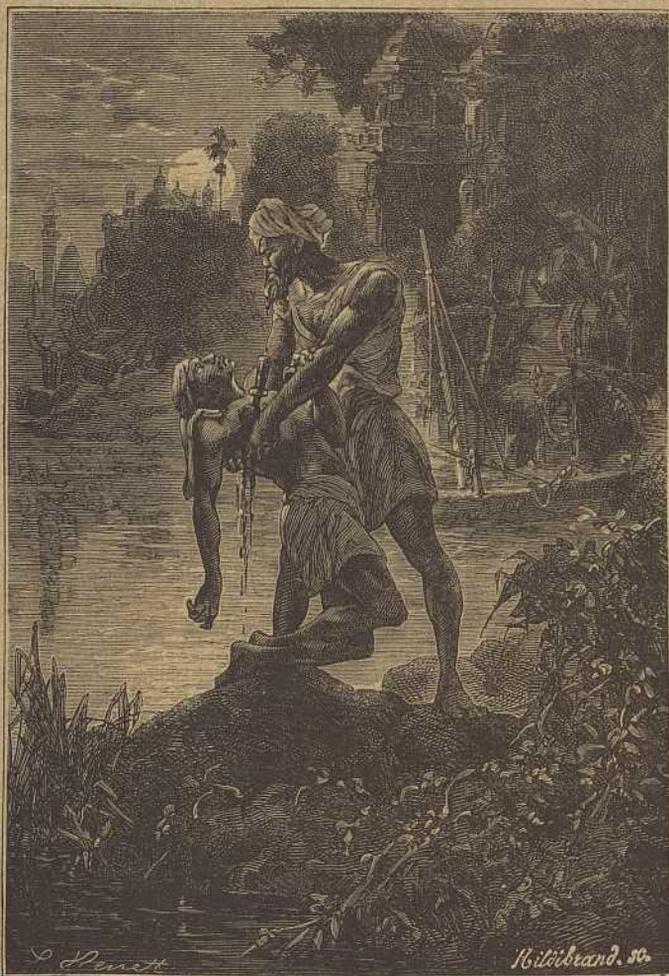
guiente, salir de Aurengabad como habia pensado.

—Sin embargo, es preciso salir, se dijo á sí mismo, y salir esta noche; de lo contrario soy perdido.

Retrocedió, siguió el camino de ronda por el interior de las murallas y 200 pasos mas allá subió por el talud y llegó á la parte superior del parapeto.

Aquel parapeto tenia por la parte exterior una altura de 50 pies sobre el nivel del foso, abierto entre la escarpa y la contra-escarpa. Era un muro acantilado sin puntos salientes, ni asperidades en que pudiera apoyarse el pie; y parecia absolutamente imposible que un hombre bajara por aquel sitio. Una cuerda habria permitido sin duda intentar la bajada; pero la faja que ceñia la cintura del faquir apenas tenia algunos pies de estension y no podia con ella bajar al foso.

El faquir se detuvo un instante, dirigió una mirada en torno suyo y reflexionó sobre lo que debía hacer. La cresta del parapeto tenia enfrente las copas elevadas y oscuras de los grandes árboles que rodean á Aurengabad como un marco vegetal. De



¿Me conoces?

aquellas copas salían largas ramas flexibles y resistentes que era posible utilizar aunque con gran riesgo para llegar al fondo del foso.

El faquir tan luego como le ocurrió esta idea no vaciló. Se asió á una de las ramas y pronto quedó fuera de la muralla suspendido de una de ellas que se inclinaba poco á poco bajo su peso.

Luego que la rama se hubo encorvado bastante para rozar la parte superior del muro, se fue deslizando lentamente como si hubiera estado sostenido por una cuerda de nudos y pudo bajar hasta la mitad de la altura de la escarpa, pero todavía le separaban del suelo 30 pies para poder asegurar su fuga. Estaba, pues, allí suspendido en el aire por los brazos tratando de poner el pie en algún sitio del muro que pudiera darle un punto de apoyo; cuando de repente surcaron la oscuridad varios relámpagos y luego estallaron otras tantas detonaciones.

Los soldados de guardia habían visto al fugitivo y le habían hecho fuego aunque sin tocarle. Sin embargo, una bala dió en la rama que le sostenía á dos pulgadas de su cabeza.

Veinte segundos despues la rama se rompía y el faquir caía en el foso... Otro habria muerto del golpe; él se levantó sano y salvo.

Levantarse, subir el talud de la contra-escarpa bajo una granizada de balas que no le alcanzaron y desaparecer en la oscuridad fue para el fugitivo obra de un minuto.

A poco tiempo se hallaba ya á dos millas y pasaba sin ser visto junto al acantonamiento de las tropas inglesas acuarteladas fuera de Aurengabad.

A 200 pasos de allí se detenía, se volvía; y mostrando á la ciudad su mano mutilada, pronunciaba estas palabras:

—¡Desdichados los que caigan otra vez en manos de Dandu-Pant! ¡Ingleses, todavía no habeis concluido con Nana Sahib!

¡Nana Sahib! El nabab acababa de lanzar una vez mas como un supremo desafío á los conquistadores de la India, aquel nombre de guerra, el mas temible de los nombres á que la rebelion de 1857 habia dado fama sangrienta.

CAPITULO II.

EL CORONEL MUNRO.

—Mi querido Maucier, me dijo el ingeniero Banks; ¿qué me cuenta usted de su viaje? ¿No dice usted nada? No parece sino que está todavía en París. ¿Qué le parece á usted de la India?

—¡La India! respondí yo; para hablar con exactitud, sería preciso haberla visto.

—Bueno, dijo el ingeniero, ¿pues no acaba usted de atravesar la península desde Bombay á Calcuta? Pues á no ser ciego...

—No estoy ciego, mi querido Banks, pero durante la travesía he venido cegado.

—¡Cegado!

—Sí, cegado por el humo, por el vapor, por el polvo y todavía mas por la rapidez de la marcha. No reniego de los caminos de hierro porque su oficio de usted es construirlos, señor Banks, ¿pero me dirá usted si es viajar esto de meterse en un coche sin tener mas campo de vista que el cristal de las ventanillas, correr día y noche con una celeridad media de diez millas por hora, atravesando unas veces viaductos en compañía de águilas; otras veces túneles en compañía de los murciélagos ó de las ratas; no detenerse mas que en las estaciones, que se parecen todas; no ver las poblaciones sino por el exterior ó por el estremo de los minaretes y llevar aturdidos los oídos por los incessantes mugidos de la locomotora, los sibidos de la caldera, el rechinar de los carriles y de los frenos?

—Bien dicho, exclamó el capitán Hod. Responda usted á eso si puede, Banks. ¿Qué le parece á usted, mi coronel?

El coronel á quien se dirigía el capitán Hod inclinó ligeramente la cabeza y se contentó con decir:

—Tengo curiosidad por saber lo que Banks va á responder al señor Maucier nuestro huésped.

—Pues no es difícil la respuesta, dijo el ingeniero, y confieso que Maucier tiene razon en cuanto ha dicho.

—Entonces, exclamó Hod, ¿para qué construye usted ferro-carriles?

—Para que usted, capitán, pueda ir en 60 horas de Calcuta á Bombay cuando tiene prisa.

—Yo no tengo nunca prisa.

—Pues bien, entonces tome usted el camino carretero del Gran Trunk, dijo el ingeniero, y vaya usted á pie.

—Eso es lo que pienso hacer.

—¿Y cuándo?

—Cuando el coronel consienta en seguirme para dar un paseo de 800 á 900 millas por la península.

El coronel se contentó con sonreirse y volvió á caer en una de las largas meditaciones, de las cuales sus mejores amigos, entre otros el ingeniero Banks y el capitán Hod, apenas podían sacarle.

Yo había llegado hacia un mes á la India, y por haber tomado el tren de la compañía peninsular india, cuyo ferro-carril une á Bombay con Calcuta pasando por Allahabad, no conocia absolutamente nada de la península.

Pero mi intencion era recorrer primero su parte septentrional al otro lado del Ganges, visitar sus grandes ciudades, estudiar sus principales monumentos y dedicar á esta exploracion todo el tiempo necesario para que fuese completa.

Habia conocido en París al ingeniero Banks y hacia algunos años que nos habíamos hecho amigos, amistad que el trato habia estrechado naturalmente. Prometile ir á verle á Calcuta cuando hubiese concluido la parte de ferro-carril del Scindia, Punjab y Delhi, de la cual estaba encargado. Habíanse ter-

minado ya las obras; Banks tenia derecho á un descanso de varios meses y yo habia acudido para invitarle á descansar recorriendo la India. Inútil es decir que aceptó mi proposicion con entusiasmo; y debíamos ponernos en marcha pocas semanas despues, luego que el tiempo fuese mas favorable.

A mi llegada á Calcuta en el mes de marzo de 1867, Banks me presentó á uno de sus valientes compañeros el capitán Hod, y despues á su amigo el coronel Munro, en cuya casa estuvimos á pasar la noche.

El coronel, que entonces tenia 47 años, vivia en una casa un poco aislada en el barrio europeo, y por consiguiente, fuera del movimiento que caracteriza aquella ciudad comercial, y aquella ciudad negra de que se compone en realidad la capital de la India. Este barrio ha sido llamado alguna vez la *Ciudad de los Palacios*; y en efecto no faltan palacios, si puede aplicarse esta denominacion á casas que no tienen de palacio mas que los pórticos, las columnas y los terrados. Calcuta es el punto donde se reunen todos los órdenes arquitectónicos que el gusto inglés pone generalmente á contribucion en sus ciudades de los dos mundos.

La casa del coronel era lo que se llama un *bungalow* en toda su sencillez, una habitacion levantada sobre una base de ladrillos que no tenia mas que un piso bajo y estaba cubierta por un techo en forma de pirámide. Una baranda ó galeria saliente sostenida por ligeras columnitas corria en torno del edificio. En los costados estaban las cocinas, cocheras y lugares del servicio formando las dos alas, y el todo se hallaba rodeado de un jardín con hermosos árboles y cercado de paredes poco elevadas. La casa era como de un hombre que goza de grandes comodidades. Sus criados eran muchos como lo exige el servicio de las familias indo-inglesas. Mueblaje, material, disposiciones interiores, todo estaba bien comprendido y severamente arreglado, conociéndose que la mano de una mujer inteligente habia debido proceder desde luego á los diversos arreglos y dejar establecida la tradicion; pero conociase tambien que aquella mujer no debia ya encontrarse allí.

Para la direccion de la servidumbre y la general de la casa, el coronel se fiaba enteramente de uno de sus antiguos compañeros de armas, un escocés, un *conductor* del ejército real, el sargento Mac-Neil, con quien habia hecho todas las campañas de la India, uno de esos valientes corazones que parecen latir en el pecho de aquellos á quienes han consagrado sus servicios. Era un hombre de 45 años, vigoroso, alto, que llevaba toda la barba como los escoceses de las montañas. Por su actitud y su fisonomía lo mismo que por su trage tradicional, continuaba siendo un montañés en cuerpo y alma, aunque habia dejado el servicio militar al mismo tiempo que el coronel Munro, habiendo ambos tomado el retiro despues de 1860.

Pero en lugar de volver á los *Glens* de la Escocia entre los viejos clanes de sus antepasados, ambos habian permanecido en la India y vivian en Calcuta en una especie de retiro y oscuridad que necesitan una esplicacion.

Quando Banks me presentó al coronel no me hizo mas que una advertencia.

—No haga usted nunca alusion á la rebelion de los cipayos, me dijo; y sobre todo, no pronuncie jamás el nombre de Nana Sahib.

El coronel Eduardo Munro pertenecia á una antigua familia de Escocia, cuyos mayores habian tenido renombre en la historia del Reino Unido. Entre sus antepasados contaba á sir Hector Munro, que mandaba el ejército de Bengala en 1760, y que precisamente tuvo que combatir una sublevacion que los cipayos, un siglo despues, debian reproducir por

su cuenta. El mayor Munro la reprimió con inexorable energía, y no vaciló en atar en un mismo día á veinte y ocho rebeldes á la boca de los cañones; suplicio espantoso, frecuentemente renovado durante la insurreccion de 1857, y del cual fue quizá el inventor el abuelo del coronel.

En la época en que se sublevaron los cipayos, el coronel Munro mandaba el regimiento 93 de infantería escocesa del ejército real, é hizo toda la campaña á las órdenes de sir James Outram, uno de los héroes de aquella guerra que mereció el nombre de Bayardo del ejército de la India, como le proclamó sir Carlos Napier. Con él estuvo en Cawnpore; hizo la segunda campaña con Colins Campbell en la India; asistió al sitio de Luknow y no se separó del ilustre soldado, sino cuando Outram fue nombrado en Calcuta individuo del consejo de la India.

En 1858 sir Eduardo Munro era comendador de la orden titulada de la Estrella de la India; habia sido nombrado baronet, y su mujer habia llevado el título de Lady Munro (1) si el 27 de Junio de 1857 la infortunada no hubiese perecido en la espantosa carnicería de Cawnpore ejecutada á la vista y por orden de Nana Sahib.

Lady Munro (los amigos del coronel no la llamaban de otro modo) era adorada de su marido.

Tenia apenas 27 años cuando desapareció con las cuatrocientas victimas de aquella abominable carnicería. Mistres Orr y mis Jackson, salvadas casi milagrosamente despues de la toma del Luknow, habian sobrevivido, la una á su marido, la otra, á su padre; pero lady Munro no habia podido ser devuelta al coronel. Sus restos confundidos con los de tantas victimas en el pozo de Cawnpore, no habian podido ser descubiertos y no se les habia podido dar sepultura cristiana.

Sir Eduardo Munro, desesperado, no tuvo entonces mas que un pensamiento: encontrar á Nana Sahib, á quien el gobierno inglés hacia buscar por todas partes y saeiar en él con sa venganza una especie de sed de justicia que le devoraba. Para quedar libre en sus movimientos tomó el retiro. El sargento Mac Neil le siguió á todas partes y en todas sus acciones; los dos animados del mismo espíritu, vivian del mismo pensamiento, aspiraban al mismo objeto, seguian todas las pistas, examinaban todas las huellas; pero no habian sido hasta entonces mas felices que la policia anglo-india, y Nana Sahib habia burlado todas sus investigaciones. Despues de tres años de infructuosos esfuerzos, el coronel y el sargento tuvieron que suspender provisionalmente sus pesquisas. Adués, por aquella época corrió en la India el rumor de la muerte de Nana Sahib, con tal grado de veracidad, que no habia lugar á ponerla en duda.

Entonces sir Eduardo Munro y Mac Neil volvieron á Calcuta donde se instalaron en aquel bungalow aislado. Allí el coronel, no leyendo ni libros, ni periódicos que hubieran podido recordarle la época sangrienta de la insurreccion y no saliendo jamás de casa, vivia como un hombre cuya vida no tiene objeto.

No le abandonaba nunca el pensamiento de su mujer, y parecia que el tiempo no habia tenido influencia para mitigar el pesar que le habia causado su pérdida.

Hay que añadir que no sabia nada de la noticia esparcida sobre la reaparicion de Nana Sahib en la presidencia de Bombay, noticia que circulaba hacia algunos dias: feliz circunstancia, porque de otro mo-

do hubiera abandonado inmediatamente el bungalow.

Esto es lo que me habia dicho Banks antes de presentarme en aquella casa, de la cual estaba desterrada para siempre la alegría. Por esto debia evitar toda alusion á la rebelion de los cipayos, y al mas cruel de sus jefes Nana Sahib.

Solamente dos amigos de los íntimos y probados, frecuentaban asiduamente la casa del coronel: eran el ingeniero Banks y el capitán Hod.

Banks, como he dicho, habia terminado las obras de que estaba encargado para el establecimiento del ferro-carril llamado el gran peninsular de la India. Era un hombre de cuarenta y cinco años, en toda la fuerza de la edad, y debia tomar una parte activa en la construccion del ferro-carril de Madras destinado á unir el golfo Arábigo con el golfo de Bengala; pero no era probable que pudiesen comenzar las obras antes de un año. Descansaba, pues, en Calcuta entretenido en diversos proyectos de mecánica, porque era un hombre de inteligencia, activo y fecundo que siempre estaba buscando una invencion nueva. Los ratos que le dejaban libre sus ocupaciones le empleaba en visitar al coronel á quien le unia una amistad de veinte años. Así que casi todas las noches las pasaba bajo la galeria del bungalow, en compañía de sir Eduardo, y del capitán Hod que acababa de obtener una licencia de seis meses.

Hod pertenecia al primer escuadron real de carabineros, y habia hecho la campaña de 1857 á 1858, primero á las órdenes de sir Colin Campbell en el Oude, y el Rohilkhande, y despues con sir H. Rose en la India central, campaña que terminó con la toma de Gwalior.

Educado en la dura escuela de la India; individuo de los mas distinguidos del club de Madrás, no tenia mas de treinta años y conservaba su cabello rubio y su barba rubia tambien y poblada. Aunque pertenecia al ejército real, se le hubiera tomado por un oficial del ejército indigena: tanto era lo que se habia indianizado durante su residencia en la península. No hubiera sido mas indio si hubiera nacido allí; la India le parecia el país por excelencia, la tierra de promision, la única en que podia vivir un hombre, porque en ella encontraba satisfaccion para todos sus gustos. Soldado por temperamento, tenia con frecuencia ocasiones de pelear; cazador experimentado, vivia en el país en que la naturaleza parece haber reunido todas las fieras de la creacion, y toda la caza de pelo y de pluma de los dos mundos; trepador resuelto, tenia á su alcance la imponente cordillera del Tibet que cuenta las mas altas cimas del globo. Viajero intrépido, nada le impedia poner el pié allí donde nadie lo habia impreso todavia, en las inaccesibles regiones de la frontera del Himalaya. Corredor de caballo animoso, no le faltaban los campos de carreras de la India que superaban á sus ojos á los hipódromos de la Marca, y de Epsom. Sobre este punto, Banks y él se hallaban en completo desacuerdo, porque el ingeniero, como mecánico de pura sangre, se interesaba muy poco en las proezas hípicas, y en los nombres y genealogias de los caballos.

Un dia, hablando de carreras con Banks, éste le dijo que, en su opinion, no serian verdaderamente interesantes sino con una condicion.

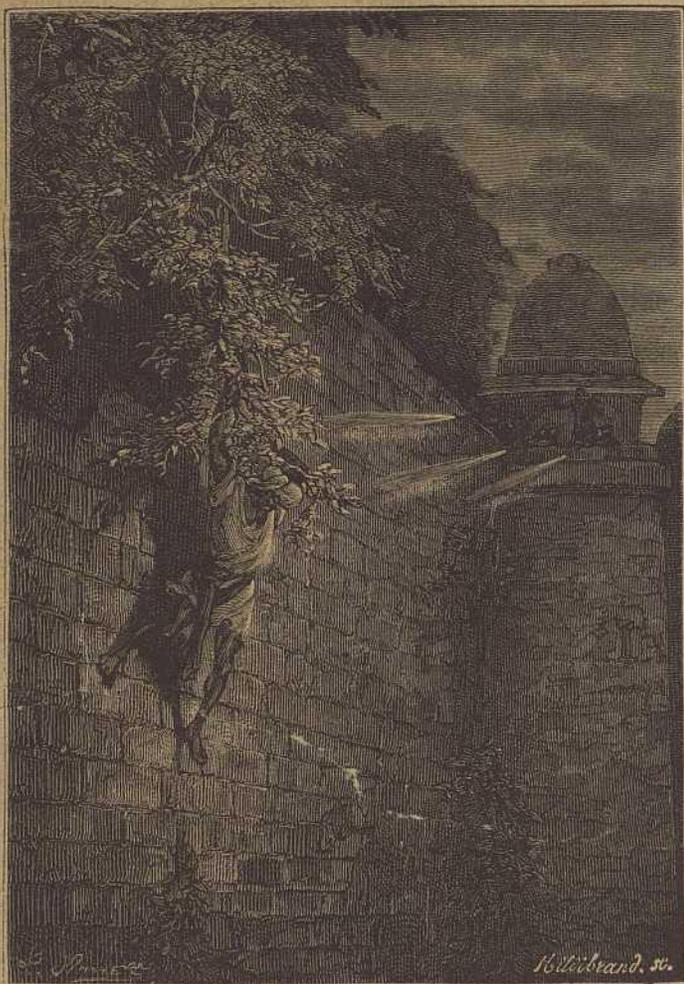
—Y cuál? preguntó Hod.

—Con la condicion de que el último jockey que llegase fuera fusilado en el punto de partida inmediatamente.

—No es mala idea, dijo sencillamente el capitán Hod.

Era hombre que por correr á caballo, no hubiera tenido dificultad en esponerse á ser fusilado.

(1) Una mujer que no tiene título y que se casa con un baronet ó un caballero, toma el título de lady, del apellido de su marido. Pero esta calificación de lady no puede preceder á su nombre de bautismo. Esta distincion se reserva únicamente para las hijas de los pares.



Los soldados de guardia habían visto al fugitivo.

Tales eran los dos asiduos comensales del bungalow de sir Eduardo, el cual se entretenía en oírlos discutir sobre todo, y á veces asomaba á sus labios una sonrisa originada por sus continuas disputas. El deseo común de aquellos dos buenos compañeros era llevar al coronel á algun viaje que pudiera distraerle. Muchas veces le habían propuesto recorrer el norte de la península, y pasar algunos meses en las inmediaciones de algun punto salubre, de esos dónde la rica sociedad anglo-india se refugia durante la estación de los grandes calores; pero siempre el coronel se había negado á salir de su bungalow.

Banks y yo pensamos, por consiguiente, que no quería acompañarnos en el viaje que íbamos á emprender. Aquella noche misma se trató de nuevo la cuestion. El capitán Hod quería nada menos que hacer á pie una grande escursion al norte de la India, porque si Banks no gustaba de caballos, Hod no gustaba de ferro-carrites.

El término medio hubiera sido viajar ya en carruaje, ya en palanquin deteniéndose y marchando

cuando quisiéramos, lo cual es bastante fácil en los grandes caminos bien trazados y bien conservados del Indostan.

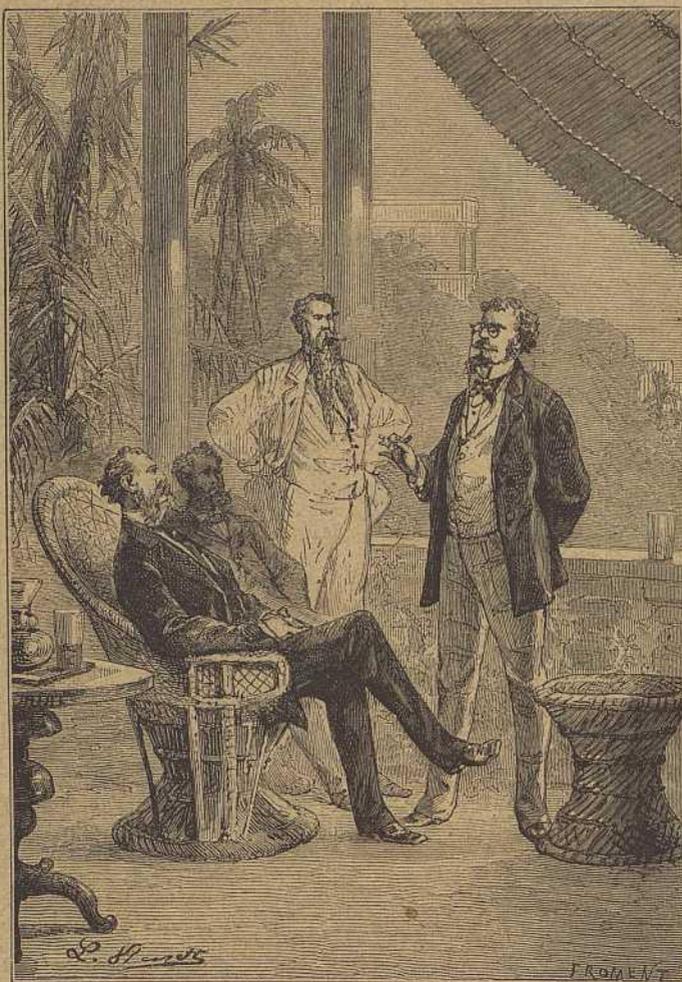
—No me hable usted de sus carros de bueyes, ni de sus camellos, exclamó Banks. Sin nosotros estarían ustedes todavía bajo el régimen de esos vehículos primitivos, de los cuales se ha desprendido ya la Europa hace quinientos años.

—Pues amigo Banks, valen tanto como los coches del ferro-carril con sus almohadones mullidos. Deme usted á mí grandes bueyes blancos, que sostienen perfectamente el galope, y que se cambian de dos en dos leguas en las paradas de postas....

—Sí, y que arrastran tartanas de cuatro ruedas que le sacuden á uno, como son sacudidos los pescadores en sus barcas en un mar agitado.

—Pase por las tartanas, Banks, respondió el capitán Hod; ¿pero no tenemos carruajes de tres y cuatro caballos, que pueden rivalizar con vuestros *convoyes*, dignos en efecto de llevar ese nombre fúnebre? Preferiría el sencillo palanquin....

Esos sí que son verdaderos ataúdes, dijo Banks,



Aquella noche misma se trató de nuevo la cuestión.

cajas de seis pies de longitud y cuatro de anchura, donde va uno tendido como un cadáver.

—Puede ser, pero no hay sacudidas, ni movimiento violento; se puede leer y escribir, y hasta dormir sin que le despierten á uno en cada estacion. Con un palanquin de cuatro ó seis gamales (1) bengalíes se andan cuatro millas y media por hora, y no se arriesga uno como en vuestros trenes expresos á llegar antes de haber salido... cuando se llega.

—Lo mejor, dije yo entonces, sería poderse llevar la casa consigo.

—Sí, como el caracol, exclamó Banks.

—Amigo mio, respondí yo; un caracol que pudiera dejar su concha y volverse á ella cuando quisiera no sería tan digno de compasion. Viajar dentro de su casa, en una casa con ruedas, sería probablemente el último adelanto del progreso en materia de viajes.

—Tal vez, dijo entonces el coronel Munro, viajar sin salir de su casa, llevar consigo el hogar y todos los recuerdos que lo componen, variar continua-

(1) Nombre de los que llevan los palanquines en la India.

mente el horizonte, modificar su punto de vista, su atmósfera, su clima, sin cambiar nada en los hábitos de su vida ordinaria... sí... eso tal vez...

—Con esto evitaríamos esos bungalows destinados á los viajeros, respondió el capitán, donde no hay comodidad ninguna y donde no se puede residir sin un permiso de la autoridad local.

—No tendríamos que sufrir esas posadas detestables en que á uno le desuellan moral y físicamente, de todas maneras, observé yo, no sin motivo.

—Llevaríamos el carruaje de los saltimbanquis, exclamó el capitán Hod, pero perfeccionado. ¡Qué invencion! Detenerse cuando uno quiere, ponerse en marcha cuando le parece mejor; llevar uno consigo, no solamente su cuarto de dormir, si no su salon, su comedor, su sala de fumar, y sobre todo, su cocina y su cocinero; esto sí que sería progreso, amigo Banks; esto sería cien veces superior á los ferrocarriles. Atrévase usted á desmentirme, señor ingeniero, atrévase usted.

—¡Eh! ¡eh! amigo Hod, respondió Banks; sería absolutamente de su parecer de usted, si...

—¿Si qué? preguntó el capitán levantando la cabeza.

—Si en ese vuelo hacía el progreso no se hubiera usted detenido repentinamente en el camino.

—¿Pues qué otra cosa habría que hacer más?

—Usted va á juzgar. Le parece á usted una casa con ruedas muy superior al coche de ferro-carril, ha ta al coche salon y hasta al dormitorio, y tiene usted razon si puede perderse tiempo, si se viaja por placer y no para negocios. En este punto creo que estamos todos de acuerdo.

—To los, respondi yo

El coronel Munro bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—Pues bien, prosigo, dijo Banks. Se han dirigido ustedes á un constructor de carruajes que es al mismo tiempo arquitecto y los ha construido una casa portátil bien hecha, bien comprendida y que responde á las exigencias de un hombre inteligente y amigo de sus comodidades. No es demasiado alta para evitar vuelcos; no es demasiado ancha para poder pasar por los caminos y está ingeniosamente suspendida sobre muelles para que el movimiento sea fácil y suave. Ha sido fabricada para nuestro amigo el coronel y en ella nos ofrece la hospitalidad. Perfectamente: vamos, si ustedes quieren, á los países septentrionales de la India á manera de caracoles, pero de caracoles que no están adheridos por la cola á sus conchas. Todo está pronto; nada se ha olvidado, ni siquiera el cocinero ni la cocina, tan caros al corazón del capitán. Llega el día de la marcha; vamos á marchar, todo está pronto... ¿y quién tira de la casa con ruedas, mi amigo?

—¿Quién! exclamó el capitán Hod: mulas, ó burros, ó caballos, ó bueyes.

—Por docenas, dijo Banks.

—Elefantes, añadió el capitán Hod; sí, elefantes. Esto sí que sería soberbio y magestuoso, una casa movida por un tren de elefantes bien adiestrados, de marcha alliva, galopando como los mejores caballos del mundo.

—Eso sería magnífico, mi capitán.

—Un tren de radya en campaña, amigo Banks.

—Sí, pero...

—¿Pero qué? ¿Hay todavía algun pero? exclamó el capitán Hod.

—Y muy gordo.

—¿Qué ingenieros! no son buenos mas que para encontrar dificultades en todo.

—Y para superarlas cuando no son insuperables, respondió Banks.

—Pues bien: supere usted esa.

—La super: y voy á explicar el cómo. Todos esos motores de que ha hablado el capitán ciertamente pueden tirar de la casa, pero tambien se fatigan; tambien en ocasiones no quieren marchar y se obstinan, y sobre todo comen. Ahora bien, por poco que puedan escasear los pastos, como no se pueden remolcar quinientas fanegas de dehesa, se detiene el tiro, se cansa, cae, muere de hambre y la casa no rueda ya y queda tan inmóvil como este bungalow donde discutimos ahora. De aquí se sigue, que dicha casa no será práctica hasta el día en que pueda ser una casa movida por el vapor.

—Que corra por los carriles, exclamó el capitán encogiéndose de hombros.

—No, sino por los caminos ordinarios, respondió el ingeniero; y arrastrada por una locomotora perfeccionada.

—¿Bravo! exclamó el capitán; ¡bravo! si la casa no ha de rodar sobre carriles y puede dirigirse á voluntad sin seguir la imperiosa línea de hierro, me adhiero á la opinion de usted.

—Pero, dije yo, si las mulas, caballos, bueyes y elefantes comen, tambien come una máquina, y si

no tiene combustible, se detendrá en medio del camino.

—Un caballo de vapor, dijo Banks, equivale en fuerza á tres ó cuatro caballos naturales, y aun puede aumentarse esa fuerza. Un caballo de vapor no está sujeto ni á la fatiga, ni á la enfermedad. En todos los tiempos, en todas las latitudes, con sol, con lluvia, con nieve, camina constantemente sin cansarse; no tiene que temer ni los ataques de las fieras, ni las mordeduras de las serpientes, ni las picaduras de tábanos y otros terribles insectos; no necesita ni aguijon, ni látigo y puede prescindir perfectamente de descanso, porque no tiene sueño. El caballo de vapor, hecho por la mano del hombre, bajo el punto de vista de su objeto, y cuando no se trata de ponerle en el asador, es superior á todos los animales de tiro que la Providencia ha puesto á disposicion de la humanidad. Un poco de aceite ó de grasa, un poco de carbon ó de leña, es todo lo que consume. Ahora bien, ustedes saben, amigos míos, que no son los bosques los que faltan en la península india y sus leñas pertenecen á todo el mundo.

—Bien dicho, exclamó el capitán Hod. ¡Viva el caballo de vapor! Ya veo en perspectiva la casa portátil del ingeniero Banks arrastrada por los grandes caminos de la India, penetrando al través de las espesuras, metiéndose en los bosques, aventurándose hasta los retiros de los leones, de los tigres, de los osos, de las panteras y de los leopardos y nosotros al abrigo de sus paredes matando fieras, hasta el punto de dar envidia á todos los Neorod, los Anderson, los Gerard, los Pertuiset y los Chassaing del mundo. ¡Ah, Banks! La boca se me hace agua, y siento mucho no poder volver á nacer dentro de cincuenta años.

—¿Por qué, mi capitán?

—Porque dentro de cincuenta años se realizará ese sueño y se hará la casa movida por el vapor.

—Ya está hecha, respondió sencillamente el ingeniero.

—¿Hecha por usted, tal vez?

—Por mí; y á decir verdad no temo mas que una cosa, y es que vaya mas allá de lo que usted ha soñado.

—En marcha, Banks, en marcha, exclamó el capitán Hod levantándose como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Estaba ya pronto á marchar. El ingeniero le calmó con un ademán, y despues con voz grave y dirigiéndose á sir Eduardo, dijo:

—Eduardo, sí, pongo una casa portátil á tu disposicion; si de aquí á un mes, cuando la estacion lo permita, vengo á decirte: aquí tienes tu habitacion y cambiarás de sitio cuando quieras é irás á donde quieras; aquí tienes á tus amigos, Maucler, el capitán Hod y yo que deseamos acompañarte en una excursion por el norte de la India, ¿me responderás marchemos y que el Dios de los viajeros nos proteja?

—Sí, amigos míos, respondió el coronel Munro despues de haber reflexionado un tanto. Banks, pongo á tu disposicion todo el dinero necesario: cumple tu promesa; tráenos esa casa ideal de vapor que sobrepuje á los sueños de Hod y atravesaremos con ella la India entera.

—¡Viva, exclamó el capitán Hod, y mueran las fieras de las fronteras del Nepal!

En aquel momento, el sargento Mac Neil, atraído por los vivas del capitán, se presentó á las puertas de la sala.

—Mac Neil, le dijo el coronel Munro, dentro de un mes marchamos para el Norte de la India, vedrás con nosotros.

—Necesariamente, mi coronel, pues que usted vá, respondió el sargento Mac Neil.

CAPITULO III.

LA REBELION DE LOS CIPAYOS.

Debemos decir algunas palabras para dar á conocer la situacion de la India en la época á que se refiere esta narracion, y mas particularmente la formidable insurreccion de los cipayos, cuyos principales hechos vamos á recordar.

En 1600, bajo el reinado de Isabel de Inglaterra, dominando la raza solar en la tierra santa de Aryavarta, sobre una poblacion de 200.000.000 de habitantes, de los cuales 102.000.000 pertenecian á la religion india, se fundó la muy ilustre Compañía de la India, conocida con el mote inglés de Compañía de Viejo Juan.

Era al principio una simple asociacion de mercaderes que hacian el comercio con las Indias Orientales y á cuya cabeza se puso el duque de Cumberland.

Hacia aquella época, el poder portugués, despues de haber sido grande en las Indias, comenzó á decaer; y aprovechando los ingleses esta situacion, intentaron un primer ensayo de administracion política y militar en la presidencia de Bengala, cuya capital, Calcuta, debia ser despues el centro del nuevo gobierno. El regimiento número 39 del ejército real enviado de Inglaterra, fue el primero que ocupó aquella provincia y por eso tomó la divisa que ostenta su bandera: *primus in Indis*.

Entre tanto, se habia formado una Compañía francesa hacia la misma época bajo el patrocinio de Colbert con igual objeto que el de la Compañía de los mercaderes de Londres. De esta rivalidad nacieron conflictos de intereses que dieron á su vez origen á largas luchas con alternativas de triunfos y reveses que ilustraron los nombres de Dupleix, Labourdonnais y Lally-Tollendat.

Por último, los franceses abrumados por el número debieron abandonar el Carnático, nombre de la parte de la península que comprende una porcion de su extremo oriental.

Lord Clive, libre de concurrentes, no temiendo ya nada de Portugal, ni de Francia, quiso consolidar la conquista de Bengala, de la cual, lord Hastings fue nombrado gobernador general. Hicieronse reformas dirigidas por una administracion hábil y perseverante; pero desde aquel día la Compañía de las Indias, tan poderosa y tan absorbente, quedó herida en sus intereses mas vivos. Pocos años despues, en 1784, Pitt introdujo varias modificaciones en sus estatutos primitivos; y su cetro debió pasar á manos de los consejeros de la Corona. Resultado de este nuevo orden de cosas fue que en 1813 la Compañía perdió su monopolio del comercio de la India y en 1833 el del comercio de la China.

Sin embargo, aunque Inglaterra no tenia ya que luchar contra asociaciones extranjeras en la península india, se vió obligada á sostener guerras difíciles, ya con los antiguos poseedores del territorio, ya con sus últimos conquistadores asiáticos.

En tiempo de lord Cornwallis: en 1784 ocurrió la lucha con Tipoo-Sahib, muerto en 4 de mayo de 1799 en el último asalto dado por el general Harris á Seringapatam. Despues vinieron la guerra con los Maharatas, pueblo de ilustre raza, muy poderoso durante el siglo xvii; la guerra con los Pindaris, que se resistieron valerosamente; la guerra contra los Gurghas del Nepal, osados montañeses que en la prueba peligrosa de 1857 debian permanecer fieles aliados de Inglaterra; y en fin la guerra contra los Birmanes desde 1823 á 1824.

En 1828 los ingleses eran dueños, directa ó indirectamente, de una gran parte del territorio; y con

lord William Bentinck comenzó una nueva fase administrativa.

Desde la regularizacion de las fuerzas militares de la India, el ejército se habia compuesto siempre de dos contingentes diversos: el contingente europeo y el contingente indígena. El primero formaba el ejército real, compuesto de regimientos de caballería, batallones de infantería y baterías de artillería europea al servicio de la compañía de las Indias. El segundo formaba el ejército indígena que se componia de batallones de infantería y de escuadrones de caballería regulares compuestos de naturales del país, pero mandados por oficiales ingleses. A esto hay que añadir una artillería cuyo personal, perteneciente tambien á la Compañía, era tambien europeo, exceptuando unas cuantas baterías.

El número efectivo de estos regimientos ó batallones era: la infantería mil cien hombres por batallon en el ejército de Bengala y de ochocientos á novecientos en los ejércitos de Bombay y de Madrás; la caballería tenia seiscientos ginetes en cada regimiento de los dos ejércitos.

En suma: en 1837 como dice con estrema precision M. Valbezen en sus *Nuevos Estudios acerca de los ingleses y de la India*, obra muy notable, se podia calcular en doscientos mil hombres de tropas indígenas y en cuarenta y cinco mil de tropas europeas el total de las fuerzas de las tres presidencias.

Los cipayos, aunque formaban un cuerpo regular mandado por oficiales ingleses, no estaban exentos del deseo de sacudir el duro yugo de la disciplina europea que les habian impuesto los conquistadores. Ya en 1806 quizá bajo la inspiracion del hijo de Tipoo-Sahib, la guarnicion del ejército de Madrás, acantonada en Vellore, habia dado muerte á los soldados que componian las grandes guardias del regimiento 69 del ejército real, incendiando los cuarteles, degollando á los oficiales y á sus familias, y fusilando á los soldados enfermos hasta en el hospital. ¿Cuál habia sido la causa, á lo menos aparente, de la rebelion? Una pretensión de bigotes, de turbantes y de pendientes, pero en el fondo estaba el odio de los invadidos contra los invasores.

Esta primera sublevacion fue prontamente sofocada por las fuerzas reales acantonadas en Ascot.

Una razon de este género, es decir, un pretexto tambien, debia suscitar el primer movimiento insurreccional de 1857, movimiento mucho mas formidable y que hubiera aniquilado el poder inglés en la India si hubieran tomado parte en él las tropas indígenas de las presidencias de Madrás y de Bombay.

Ante todo conviene hacer constar que la rebelion no fue nacional. Los indios de las ciudades y de los campos no tomaron en ella parte alguna; y ademas estuvo limitado á los Estados semi independientes de la India central, á las provincias del Noroeste y al reino de Oude. El Pendjab permaneció fiel á los ingleses con su regimiento de tres escuadrones del Caucazo indio. Tambien permanecieron fieles los sikhs, obreros de casta inferior que se distinguieron particularmente en el sitio de Delhi; los gurkhas que asistieron al sitio de Luknow en número de doce mil mandados por el radya del Nepal; y por último los Maharadyahs, de Gwalior y de Palyak, el radya de Rampore, la Rani de Bhopal que cumplieron las leyes del honor militar y de la disciplina, ó para espresarnos con la frase usada por los indígenas de la India, permanecieron fieles á la *sal*.

Al principio de la insurreccion, lord Canning estaba á la cabeza de la administracion como gobernador general. Quizá este hombre de estado se hacia ilusiones sobre la importancia del movimiento. Desde algunos años antes, la estrella del Reino-Unido parecia eclipsarse en el cielo indio. En 1842 la retirada de Cabul disminuyó el prestigio de los conquistadores



Mac-Neil.

europesos; y la actitud del ejército inglés durante la guerra de Crimea no había estado tampoco en aquellas circunstancias á la altura de su reputación militar. Los cipayos muy al corriente de lo que pasaba en las orillas del mar Negro, pensaron entonces que tendría buen éxito una insurrección de las tropas indígenas; y por otra parte no faltaba mas que una chispa para encender los ánimos bien preparados y escitados por los cánticos y las predicaciones de los brahmanes y mulvies.

La ocasion se presentó en el año 1857, durante el cual el contingente del ejército real se había disminuído un poco á causa de las complicaciones esterioreas.

A principio de este año Nana Sahib por otro nombre el Nabab Dandu Pant, que residia cerca de Cawnpore, se trasladó á Dehli, y despues Luckw con el objeto sin duda de escitar la sublevacion preparada de antemano.

En efecto, poco despues de la marcha de Nana Sahib estallaba el movimiento insurreccional.

El gobierno inglés acababa de introducir en el

ejército indígena el uso de la carabina Enfield, que necesita el empleo de cartuchos engrasados. Un dia se esparció el rumor de que esta grasa era, ya de vaca, ya de puerco, segun que los cartuchos estaban destinados á los soldados indios ó á los musulmanes del ejército indio. Ahora bien, en una nacion en donde no se usa el jabon porque puede entrar en su composicion la grasa de un animal sagrado ó vil, el empleo de cartuchos untados de una sustancia de este género, y que era preciso morder, debia ser dificilmente aceptado. El gobierno cedió en parte ante las reclamaciones que se le hicieron; pero en vano modificó la carabina y aseguró que las grasas ya no servirian para la confeccion de cartuchos: esta medida no pudo tranquilizar ni persuadir á nadie en el ejército de los cipayos.

El 24 de febrero en Berampore, el regimiento 34 se negó á recibir los cartuchos. A mediados del mes de marzo un ayudante fue asesinado, y el regimiento licenciado despues del suplicio de los asesinos llevó á las provincias inmediatas elementos mas activos de rebelion.



Los brahmanes escitaban los animos.

El 10 de mayo en Mirat, un poco al norte de Delhi, los regimientos 3, 11 y 20 se rebelaron matando á sus coroneles y á muchos oficiales de la plana mayor, entregando la ciudad al saqueo y replegándose despues sobre Delhi. El radya, descendiente de Timur se unió á ellos; el arsenal cayó en su poder y los oficiales del regimiento 54 fueron pasados á cuchillo.

El 11 de mayo en Delhi, el mayor Fraser y sus oficiales fueron cruelmente asesinados por los rebeldes de Mirat hasta en el palacio del comandante europeo; y el 16 de mayo, cuarenta y nueve prisioneros, hombres, mujeres y niños sucumbieron bajo el hacha de los asesinos.

El 20 de mayo el regimiento 26, acantonado cerca de Lahore, mató al comandante del puerto y al sargento mayor europeo.

Dado el impulso, continuaron estas espantosas carnicerías.

El 28 de mayo en Nurabad nuevas víctimas de oficiales anglo indios.

El 30 de mayo en los acantonamientos de Luk-

now, asesinato del brigadier comandante, de su ayudante y de otros muchos oficiales.

El 31 de mayo en Bareilli en Rohilkande, asesinato de algunos oficiales sorprendidos sin tener tiempo para defenderse.

En el mismo dia en Schajahanpore, asesinato del recaudador y de cierto número de oficiales por los cipayos del regimiento 38; y al dia siguiente, mas allá de Barwar, degollacion de los oficiales, de las mujeres y de los niños que se habian puesto en camino para la estacion de Sivapore á una milla de distancia de Aurengabad.

En los primeros dias de junio en Bhopal, asesinato de una parte de la poblacion europea, y en Jansi, por órden de la terrible Rani desposeida, asesinato, con refinamientos inauditos de crueldad, de las mujeres y niños refugiados en el fuerte.

El 6 de junio en Allahabad, ocho jóvenes abandonados sucumben bajo los golpes de los cipayos.

El 14 de junio en Gwalior, rebelion de dos regimientos indigenas y asesinato de los oficiales.

El 27 de junio en Cawnpore, primera hecatomba

de víctimas de todas edades y sexos fusiladas ó ahogadas, preludio del espantoso drama que iba á presentarse pocas semanas despues.

El 1.º de julio en Holkar, asesinato de treinta y cuatro europeos, oficiales, mujeres, niños, saqueo, incendio; y en Ugow, el mismo dia, asesinato del coronel y del ayudante del regimiento 23 del ejército real.

El 15 de julio, segunda carnicería en Cawnpore. Ese dia muchos centenares de niños y mujeres, entre ellas lady Munro, fueron degolladas con una crueldad sin ejemplo por órden del mismo Nana Sahib que llamó para que le ayudasen en esta tarea á los carniceros musulmanes de los mataderos públicos: horrible mortandad despues de la cual los cuerpos de las víctimas fueron precipitados á un pozo, de triste celebridad desde entonces.

El 26 de setiembre en una de las plazas de Luknow, llamada hoy *Plaza de las Literas*, muchos heridos fueron acuchillados á sablazos y arrojados aun vivos á las llamas.

En fin, hubo otros muchos asesinatos aislados en las ciudades y en los campos que dieron á la rebelion un horrible carácter de atrocidad.

Por lo demás á esta matanza respondieron los generales ingleses con represalias, necesarias sin duda, pues que acabaron por inspirar el temor del nombre inglés entre los insurgentes, pero que fueron verdaderamente espantosas.

Al principio de la insurreccion en Lahore el juez su remo Montgomery y el brigadier Corbett habian podido desarmar, sin efusion de sangre, bajo la amenaza de doce piezas de artillería con la mecha encendida, á los regimientos 8, 16, 26 y 49 del ejército indigena; y en Multan los regimientos 62 y 29 habian tenido tambien que rendir las armas sin poder intentar sé la resistencia. De la misma manera en Peschawar los regimientos 24, 27 y 51 fueron desarmados por el brigadier Colton y el coronel Nicholson en el momento de ir á estallar la rebelion. Pero habiendo huido á la montaña varios oficiales del regimiento 51 se pusieron á precio sus cabezas y todas fueron llevados á la autoridad por los montañeses.

Este fue el principio de las represalias.

Una columna mandada por el coronel Nicholson persiguió á un regimiento indigena que marchaba hácia Delhi. Los rebeldes no tardaron en ser alcanzados, derrotados y dispersados, y el coronel Nicholson entró con ciento veinte prisioneros en Peschawar. Todos fueron indistintamente condenados á muerte; pero solo uno de cada tres debia ser ejecutado. Se pusieron diez cañones en el campo de maniobras y á cada una de las bocas fue atado un prisionero y cinco veces los diez cañones hicieron fuego cubriendo la llanura de restos informes en medio de una atmósfera apestada por la carne quemada. Los prisioneros, segun M. de Valbezen, murieron casi todos con la heroica indiferencia que los indios saben conservar en frente de la muerte. «Señor capitán, dijo á uno de los oficiales que presidia á la ejecucion un hermoso cipayo de veinte años acariciando el instrumento de muerte, señor capitán, no hay necesidad de atarme porque no me pienso escapar.»

Tal fue aquella primera ejecucion que debia ser seguida de tantas otras.

En el mismo dia en Lahore, el brigadier Chamberlain, despues de la ejecucion de dos cipayos del regimiento 55, comunicaba á las tropas indigenas la siguiente órden del dia:

«Acabais de ver matar vivos á la boca de los cañones y destrozár á dos de vuestros compañeros: tal es el castigo que espera á todos los traidores. Vuestra conciencia os dirá las penas que van á sufrir en el otro

mundo. Los dos soldados han sido ejecutados por medio del cañon y no en la horca, porque he deseado evitarles la deshonra del contacto con el verdugo y probar de este modo que el gobierno, aun en estos dias de crisis, no quiere hacer nada que pueda ofender en lo mas pequeño vuestras preocupaciones de religion y de casta.»

El 30 de julio, mil doscientos treinta y siete prisioneros caian sucesivamente ante el peloton de ejecucion y otros cincuenta no se libraban del último suplicio, sino para morir de hambre y de asfixia, en la prision donde los tenian encerrados.

El 27 de agosto, de ochocientos setenta cipayos que huían de Lahore, seiscientos cincuenta y nueve fueron cruelmente muertos por los soldados del ejército real.

El 23 de setiembre, despues de la toma de Dehli, tres príncipes de la familia real, el presunto heredero y sus dos primos, se rindieron sin condiciones al general Hodson, el cual les llevó con una escolta de cinco hombres solamente, pasando por entre una multitud amenazadora de cinco mil indios: uno contra mil. Al llegar á la mitad del camino, Hodson hizo detener el carro que llevaba los prisioneros; subió á él, les mandó descubrirse el pecho y mató á los tres á tiros de revolver. «Esta sangrienta ejecucion por mano de un oficial inglés, dice M. de Valbezen, debia excitar en el Pendjab, lo mas á la admiracion.»

A consecuencia de la toma de Dehli se hicieron muchos prisioneros, de los cuales tres mil perecieron, ó en la boca de los cañones ó en la horca y con ellos murieron tambien veintinueve individuos de la familia real. Verdad es que el sitio de Dehli habia costado á los sitiadores dos mil ciento cincuenta y un europeos y mil seiscientos ochenta y seis indigenas.

En Allahabad, hubo tambien una horrible carnicería humana, no solo entre los cipayos, sino entre las filas del pueblo bajo á quien varios fanáticos habian excitado al saqueo.

En Luknow, el 16 de noviembre, dos mil cipayos pasados por las armas en Sikander Bagh, cubrieron con sus cadáveres un espacio de 120 metros cuadrados.

En Cawnpore, el coronel Neil obligó á los condenados á muerte, antes de enviarles al suplicio, á lamer y á limpiar con la lengua, proporcionalmente á su categoría de casta, las manchas de sangre que habian quedado en la casa donde las víctimas de Nana Sahib habian perecido, haciendo de este modo que á la muerte precediese el deshonor para aquellos indios.

Durante la expedicion por la India Central las ejecuciones de prisioneros fueron continuas y bajo el fuego de la fusilería caian por tierra muros de carne humana.

El 9 de marzo de 1858, en el ataque de la Casa Amarilla cuando el segundo sitio de Luknow, despues de un espantoso fusilamiento de cipayos parece averiguado que uno de estos infelices fue quemado vivo por los sikhs, á la vista misma de los oficiales ingleses.

El 11, cincuenta cadáveres de cipayos llenaron el foso del palacio de la Begum en Luknow sin que los soldados, ébrios de sangre, perdonasen á uno solo de los heridos. En fin, en doce dias de combate, tres mil indigenas morian ahogados ó fusilados, y entre ellos trescientos ochenta fugitivos amontonados en la isla de Hidaspe, que se habian refugiado en Cachemira.

En suma, sin contar el número de cipayos muertos con las armas en la mano, durante aquella repression inexorable y que no admitia prisioneros, solo en la campaña del Pendjab, no bajaron de seiscientos veintiocho indigenas, los fusilados ó cañoneados por

orden de la autoridad militar, ni de trescientos setenta los que sufrieron la misma suerte, por orden de la autoridad civil, ni de trescientos ochenta y seis los que fueron ahorcados, por mandato de las dos autoridades.

En resumen: á principios del año de 1859, se calculaba en mas de ciento veinte mil el número de oficiales y soldados indígenas que habian perecido, y en mas de doscientos mil el de indígenas paisanos que pagaron con su vida, su participacion, muchas veces dudosa, en la revuelta: terribles represalias contra las cuales, no sin razon quizá, protestó con energía M. Gladstone, en el Parlamento inglés.

Era importante para la narracion que va á seguir establecer el balance de esta necrología, porque así podrá comprender el lector el odio insaciable que debía quedar en el corazon de los vencidos sedientos de venganza y en el de los vencedores, que 10 años despues, llevaban todavía el luto de las víctimas de Cawnpore y de Luknow.

En cuanto á los hechos puramente militares de toda la campaña emprendida contra los rebeldes, comprenden las expediciones siguientes, que citaremos con brevedad. La primera es la campaña del Pendjab, que costó la vida á sir John Laurence.

Despues vino el sitio de Dehli, capital de la insurreccion, reforzada por millares de fugitivos y en la cual Mohamed Shah Bahadur fue proclamado emperador del Indostan. «Acabe usted con Dehli,» habia dicho imperiosamente el gobernador general al general en jefe, y el sitio principió en la noche del 13 de junio y terminó el 19 de diciembre despues de haber costado la vida á los generales sir Harry Bernard y John Nicholson.

Por el mismo tiempo, despues de haberse hecho proclamar Nana Sahib Peishwah y coronar en la fortaleza de Bihour, el general Havelock verificó su marcha sobre Cawnpore, donde entró el 17 de julio, pero demasiado tarde para impedir la última matanza y apoderarse de Nana Sahib, que pudo huir con cinco mil hombres y cuarenta piezas de artillería.

Havelock emprendió en seguida su primera campaña en el reino de Oude, y el 28 de julio pasó el Ganges con mil setecientos hombres y diez cañones solamente, dirigiéndose sobre Luknow.

Entonces entraron en escena sir Colin Campbell y el mayor general sir James Outram. El sitio de Luknow duró ochenta y siete dias y costó la vida á sir Henri Lawrence y al general Havelock. Colin Campbell, despues de haberse visto obligado á retirarse sobre Cawnpore, de cuya plaza se apoderó definitivamente, se preparó para una segunda campaña.

Entre tanto otras tropas libertaban á Mohir, una de las ciudades de la India Central y hacian una expedicion por el territorio de Malwa, restableciendo en este reino la autoridad inglesa.

A principios de 1858 Campbell y Outram comenzaron la segunda campaña en el Oude con cuatro divisiones de infantería mandadas por los mayores generales sir James Outram y sir Eduardo Lugar y los brigadieres Walpole y Franks. La caballería iba á las órdenes de sir Hope Grant y las armas especiales á las de Wilson y Roberto Napier: en todo unos veinticinco mil combatientes á los cuales debía unirse el maharajá del Nepal con doce mil gurkhas. Pero el ejército insurgente de la Begum no contaba menos de ciento veinte mil hombres y la ciudad de Luknow de setecientos á ochocientos mil habitantes. Se dió el primer ataque el 6 de marzo; y el 16, despues de una serie de combates en los cuales sucumbieron el capitán de navío sir Williams Peel y el mayor Hodson, los ingleses se pusieron de parte de la ciudad, situada á orillas del Gumti. A pesar de estas ventajas la Begum y su hijo se resistieron todavía en el palacio de Muza-Bagh, al extremo Noroeste de

Luknow, mientras el mulvi, jefe musulman de la rebelion, refugiado en el centro mismo de la ciudad, se negaba á rendirse. El 19 un ataque de Outram, y el 21 un combate feliz, confirmaron por último á los ingleses, en la plena posesion de aquel terrible foco de la insurreccion de los cipayos.

En el mes de abril la rebelion entraba en su última fase. Se habia enviado una expedicion al Rohilkhande, donde se habian refugiado los insurgentes en gran número, y la capital del reino Bareilly fue desde luego el objetivo de los jefes del ejército real. Las tropas reales al principio fueron desgraciadas en sus tentativas, sufriendo una especie de derrota en Yudgespore, en la cual murió el brigadier Adriano Hope; pero á fines de mes llegó Campbell y recobró á Shah-Jahampore, y el 5 de mayo atacó á Bareilly y se apoderó de ella, aunque sin poder impedir la fuga de los rebeldes.

Entre tanto en la India Central, se inauguraban las campañas de sir Hugh Rose. Este general en los primeros dias de enero de 1858, marchó sobre Saungor atravesando el reino de Bhopal; salvó á la guarnicion el 3 de febrero, tomó el fuerte de Gurakota, diez dias despues; forzó el paso de los destiladeros de los montes Vindhias por la garganta de Mandampore; pasó el rio Betwa; llegó delante de Jansi defendida por once mil rebeldes á las órdenes de la feroz Rani; la embestia el 22 de marzo en medio de un calor terrible; destacaba dos mil hombres de su ejército para cerrar el camino á veinte mil hombres del contingente del Gwalior que acun mandados por el famoso Tantia-Topi, derrotaba á este jefe rebelde; daba el asalto á la ciudad el 2 de abril; forzaba el muro; se apoderaba de la ciudadela, de la cual la Rani lograba escaparse; continuaba las operaciones contra el fuerte de Calpi, donde la Rani y Tantia-Topi habian resuelto morir; se apoderaba de él el 22 de mayo despues de un heroico asalto; continuaba la campaña en persecucion de la Rani y de su compañero que se habian refugiado en Gwalior; entraba el 16 de junio en aquel territorio, con sus dos brigadas reforzadas por el brigadier Napier; derrotaba á los rebeldes en Morar; se apoderaba de la plaza el 19 y volvia á Bombay despues de una campaña triunfal.

En uno de los encuentros entre las tropas avanzadas delante de Gwalior, fue donde murió la Rani. Esta terrible reina, ardiente partidaria del nabab y su mas fiel compañera durante la insurreccion, fue muerta por la misma mano de sir Eduardo Munro. Nana Sahib sobre el cadáver de lady Munro, en Cawnpore y el coronel, sobre el cadáver de la Rani en Gwalior, resumian en sí la rebelion y la represion y eran el tipo de los dos bandos enemigos. Su odio debió producir efectos terribles, si se encontraban alguna vez frente á frente.

Desde aquel momento pudo considerarse la insurreccion como dominada, excepto quizá en algunas comarcas del reino de Oude. Campbell entró de nuevo en campaña, el 2 de noviembre; se apoderó de las últimas posiciones de los rebeldes y obligó á someterse á varios jefes importantes. Sin embargo, uno de ellos, llamado Beni Madho, no pudo ser habido, y en diciembre se supo que se habia refugiado en un distrito limitrofe del Nepal. Asegurábase que Nana Sahib, Balao-Rao su hermano y la Begum de Oude, se hallaban con él. Despues, en los últimos dias del año, corrió el rumor de que habian buscado asilo á orillas del Rapti, en los limites de los reinos del Nepal y del Oude. Campbell les persiguió vivamente, pero consiguieron pasar la frontera, y solamente en los primeros dias de febrero de 1859 pudo seguirles hasta el Nepal una brigada inglesa, uno de cuyos regimientos iba mandado por el coronel Munro. Beni Madho fue muerto; la Begum de Oude y su



No hay necesidad de atarme.

hijo fueron hechos prisioneros y obtuvieron permiso para residir en la capital del Nepal. En cuanto á Nana Sahib y Balao Rao por largo tiempo se les creyó muertos. Ya hemos visto que no lo estaban.

De todos modos la formidable insurreccion habia sido aniquilada. Tania-Topi entregado por su teniente Man-Singhy condenado á muerte, fue ejecutado el 13 de abril en Sipri. Este rebelde «figura verdaderamente notable del gran drama de la insurreccion india, dice M. de Valb nze y que dió pruebas de genio político, audaz y estratégico, murió valerosamente en el cadalso.»

Sin embargo, el fin de aquella rebelion de cipayos, que hubiera podido costar la India á los ingleses, si se hubiera estendido á toda la península, y sobre todo si la sublevacion hub era sido nacional, debia traer consigo la caida de la ilustre Compañía de las Indias.

Ya el comité directivo estaba amenazado de destitucion, por lord Palmerston á fines de 1837.

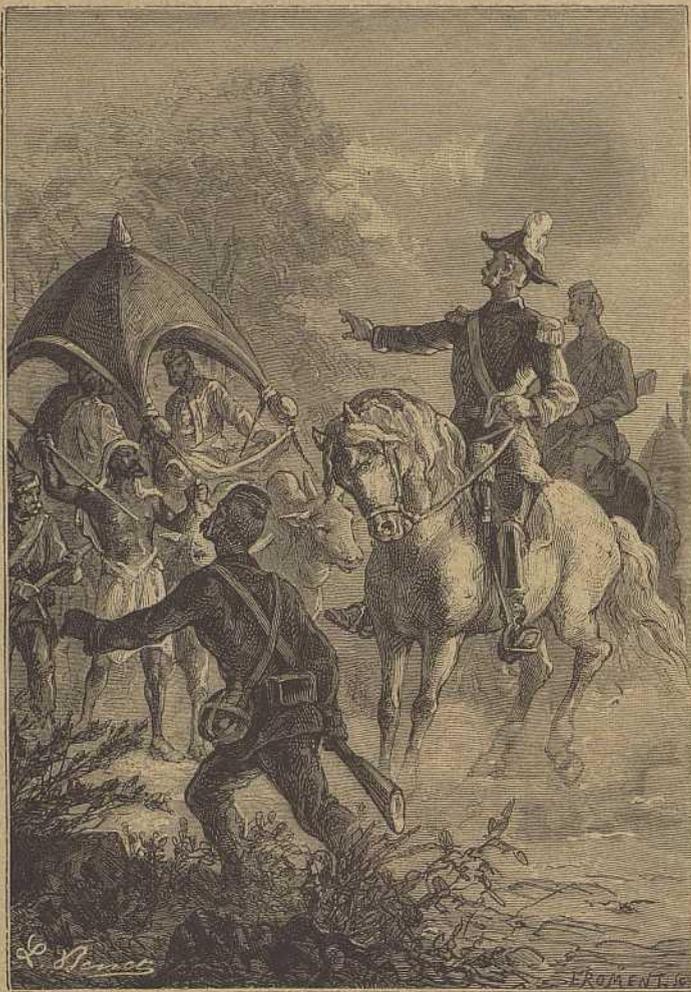
El primero de noviembre de 1838, se publicó una proclama en veinte lenguas, anunciando que su ma-

jestad Victoria Beatriz, reina de Inglaterra, tomaba el cetro de la India de la cual pocos años despues, debia ser coronada emperatriz.

Esta fue la obra de lord Stanley. Al gobernador general de la India, sucedió un virey con un secretario de Estado y quince individuos que componian el gobierno central. Los miembros del Consejo de la India, nombrados por el gobierno inglés, los gobernadores de las presidencias de Madras y de Bombay, igualmente nombrados por la reina; los jefes del servicio indio y los comandantes elegidos por el secretario de Estado, fueron las principales disposiciones del nuevo régimen.

En cuanto á las fuerzas militares, el ejército real, cuenta hoy diez y siete mil hombres mas, que antes de la rebelion de los cipayos ó sean cincuenta y dos regimientos de infantería, nueve de fusileros y una artillería considerable, quinientos hombres en cada regimiento de caballería y setecientos por batallon de infantería.

El ejército indígena se compone de ciento treinta y siete regimientos de infantería, y cuarenta de



Hodson, hijo, para el carro.

caballería, pero su artillería es europea casi sin excepción.

Tal es el estado actual de la península bajo el punto de vista administrativo y militar, y tal es el total de las fuerzas que custodian un territorio de 400,000 millas cuadradas.

«Los ingleses, dice justamente M. Grandier, han tenido la fortuna de encontrar en ese grande y magnífico país, un pueblo manso, industrioso, civilizado y acostumbrado desde larga fecha á someterse á todos los yugos; pero tengan cuidado, porque la mansedumbre tiene sus límites, y si el yugo llega á ser muy opresor, las cabezas se levantan un día y le rompen.»

CAPITULO IV.

LAS CUEVAS DE ELLORA.

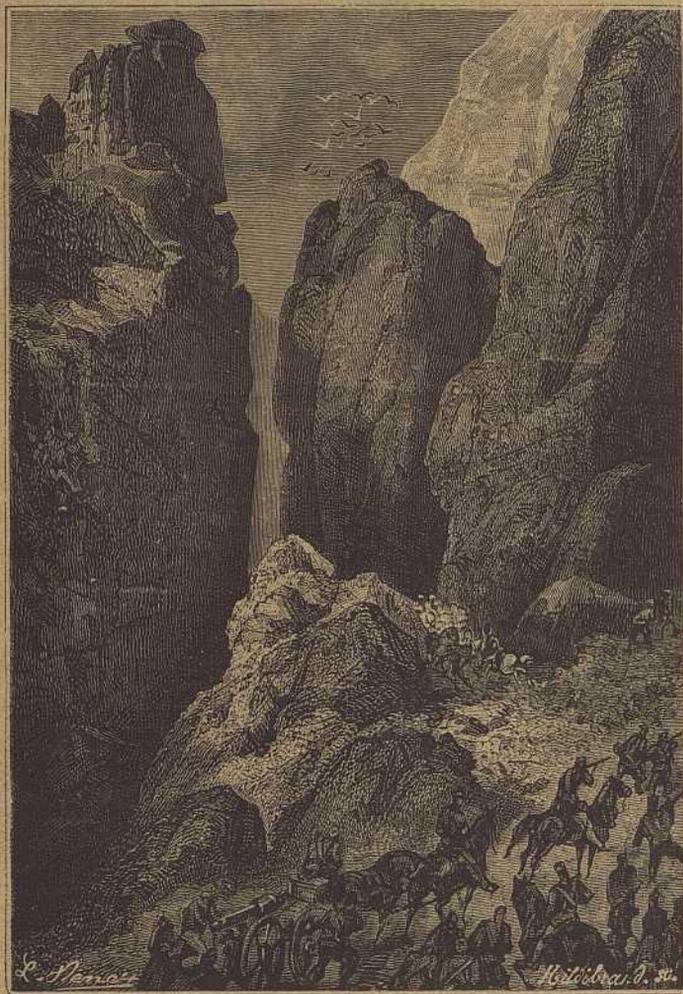
Era demasiado cierto. El príncipe maharata Dandu Pant, el hijo adoptivo de Bayi-Rao, Peishwah de Puna, en una palabra Nana Sahib, casi el único jefe

PRIMERA PARTE.

que habia sobrevivido á la rebelion de los cipayos habia podido abandonar su retiro inaccesible del Nepal. Audaz, habituado á los peligros, hábil para burlar las persecuciones, diestro en el arte de confundir su pista, profundamente astuto, se habia aventurado hasta las provincias del Nepal bajo la inspiracion siempre viva de un odio á los europeos que se habia centuplicado á consecuencia de las terribles represalias de la insurreccion de 1857.

Nana Sahib tenia odio mortal á los poseedores de la India. Era el heredero de Bayi-Rao, y cuando este Peischwah murió en 1851, la compañía se negó á continuar en Nana Sahib la pension de 8 lakhs de rupias (2.000,000 de francos) que daba á Bayi-Rao. Este fue el origen de aquel odio que debia producir tan grandes escesos.

¿Pero qué esperaba Nana Sahib? Hacia ocho años que la rebelion de los cipayos estaba dominada completamente; el gobierno inglés habia reemplazado poco á poco á la ilustre Compañía de las Indias y tenia la península entera bajo una dominacion mucho mas fuerte que sociedades de mercaderes. De la rebelion



Este general forzó el paso de los desfiladeros.

no quedaban vestigios ni siquiera en las filas del ejército indígena, enteramente reorganizado sobre nuevas bases. ¿Pretendía Nana fomentar un movimiento insurreccional entre las clases bajas del Indostan? En breve serán conocidos sus proyectos; en todo caso lo que no ignoraba ya era que su presencia había sido notada en la provincia de Aurengabad; que el gobernador general había comunicado la noticia al virey residente en Calcuta, y que su cabeza había sido pregonada. Lo cierto era que había tenido que huir precipitadamente, y refugiarse otra vez en un asilo tan oculto que pudiera burlar las pesquisas de los agentes de la policía anglo india.

Durante la noche del 6 al 7 de marzo, no perdió una hora de tiempo. Conocía perfectamente el país y resolvió dirigirse á Ellora situada á 25 millas de Aurengabad donde se encontraba uno de sus cómplices.

La noche era oscura. El fingido faquir despues de haberse cerciorado de que no era perseguido, se dirigió hácia el mausoleo levantado á poca distancia de la ciudad, en honor del mahometano Shah-Soff,

santo cuyas reliquias tienen la reputacion de realizar curas maravillosas. Todos dormian entonces en el mausoleo, sacerdotes y peregrinos, y Nana Sahib pudo pasar sin ser molestado por ninguna pregunta indiscreta.

Sin embargo, la oscuridad no era tan espesa que 4 leguas mas al Norte, no pudiera divisarse el perfil enorme del gran trozo de granito que sostiene el fuerte inespugnable de Dau/utabad, y que domina en medio de una llanura de 220 pies de elevacion. El nabab al verlo, recordó que uno de los emperadores del decan antepasado suyo, habia querido establecer su capital en la vasta ciudad, edificada antiguamente junto á la base de aquella fortaleza. Y en verdad, habria sido una posicion inespugnable, y á propósito para constituirse en centro de un movimiento insurreccional en aquella parte de la India. Pero Nana Sahib volvió la cabeza, y no tuvo mas que una mirada de odio para aquella plaza que á la sazón estaba en manos de sus enemigos.

Despues de atravesar la llanura, encontró una region mas accidentada. Eran las primeras ondula-

ciones de un suelo que en breve iba á hacerse montañoso. Nana Sahib en toda la fuerza de su edad, no disminuyó la rapidez de su marcha al penetrar en las montañas; es decir, á travesar la distancia que separaba á Ellora de Aurengabad. En Ellora esperaba poder descansar con toda seguridad, y por eso no se detuvo ni en el Caravan-Serrall, abierto para todos los viajeros, que encontró en el camino, ni en un bungalow medio arruinado donde hubiera podido dormir una ó dos horas en el centro del país llano.

Al salir el sol, el fugitivo dió un rodeo para no pasar por la aldea de Rauzah, que posee el sepulcro sencillez del mas grande de los emperadores mogoles, Aureng-Zeb; y por último llegó al célebre grupo de escavaciones que han tomado su nombre de la pequeña aldea inmediata, Ellora.

La colina en que se han abierto estas cuevas, en número de unas treinta, se extiende en forma de media luna, y contiene cuatro templos, veinticuatro monasterios budísticos, y algunas grutas menos importantes. Allí la cantera de basalto ha sido grandemente explotada por la mano del hombre; pero los arquitectos indios de los primeros siglos de la Era cristiana no han estraido piedras de aquella cantera para construir las obras maestras, dispersas acá y allá por la inmensa superficie de la península india. No; aquellas piedras han sido separadas de su sitio precisamente para hacer huecos en la cantera, y estos huecos son los que se han convertido en *chaityas* ó *chiharas*, segun el destino que se les ha dado.

El mas extraordinario de estos templos es el de los kailas. Es un trozo de 120 pies de altura y 600 de circunferencia, que con una increíble audacia ha sido arrancado de la montaña misma, y despues le han colocado en medio de una plaza de 360 pies de longitud por 186 de altura, plaza que los instrumentos de cantería han conquistado á espensas de la cantera basáltica. Desprendido este enorme trozo, los arquitectos le han labrado como un escultor labra un trozo de marfil. Al exterior han formado columnas, pirámides, cúpulas y bajo relieves, en los cuales varios elefantes de un tamaño mayor que el natural, parecen sostener el edificio entero; y en el interior han abierto una vasta sala rodeada de capillas, y cuya bóveda reposa sobre columnas separadas de la masa total. En fin, de este monolito han hecho un templo que no ha sido *construido* en el verdadero sentido de la palabra, templo único en el mundo digno de rivalizar con los edificios mas maravillosos de la India, y que no puede perder nada en comparación con los hipojeos del antiguo Egipto.

Este templo, casi abandonado, lleva impresas las huellas de la mano del tiempo. En algunas partes se va deteriorando; sus viejos reales se alteran como las paredes de la cantera de donde se le ha sacado. Todavía no tiene mas que mil años de existencia; pero lo que para las obras de la naturaleza es la infancia, para las obras humanas es la caducidad. Se han abierto profundas grietas en el basamento lateral de la izquierda; y por una de estas aberturas, medio oculta por la grupa de los elefantes de que hemos hablado, se introdujo Nana Sahib sin que nadie hubiera podido sospechar su llegada á Ellora. La grieta daba interiormente á un corredor oscuro, que atravesando el basamento entraba bajo la cripta del templo. Allí se abria una especie de cisterna, seca á la sazón, que servia de receptáculo á las aguas pluviales. Cuando Nana Sahib penetró en el corredor, dió un silbido, al cual respondió otro idéntico, no por efecto del eco, sino porque habia otro hombre que respondia. Una luz brilló entonces en la oscuridad, y poco despues apareció un indio con un farolillo en la mano.

—No quiero luz, dijo Nana Sahib.

—¿Eres tú, Dandu-Pant? preguntó el indio que apagó inmediatamente su farol.

—Yo soy, hermano.

—¿Qué hay?

—Dame de comer primero, dijo Nana Sahib, y despues hablaremos. Pero ni para hablar, ni para comer necesito luz; toma mi mano y guíame.

El indio tomó la mano de Nana Sahib y le llevó al fondo de la estrecha cripta ayudándole á tenderse sobre el monton de yerba, del cual se acababa de levantar y donde el silbido de Nana le habia interrumpido el sueño.

Aquel hombre, muy habituado á moverse en el oscuro recinto, encontró en breve provisiones de pan, una especie de pastel de *murguis* preparado con carne de unos pollos muy comunes en la India, y una calabaza que contenia un cuartillo de ese violento licor conocido con el nombre de arak, y producido por la destilacion del zumo del cocotero.

Nana Sahib comió y bebió sin pronunciar una palabra porque estaba medio muerto de hambre y de cansancio. Toda su vida se concentraba entonces en sus ojos que brillaban en la sombra como las pupilas del tigre. El indio sin hacer ningun movimiento, esperaba á que el nabab quisiera hablar.

Aquel hombre, era Balao-Rao, el hermano de Nana Sahib.

Balao-Rao, hermano mayor de Dandu-Pant, pero que apenas le llevaba un año, se le parecia físicamente hasta el punto de poderse equivocar con él; y en lo moral era idéntico á Nana Sahib: ambos tenían el mismo odio á los ingleses, la misma astucia en sus proyectos, la misma crueldad en su ejecucion: eran un alma en dos cuerpos. Habian estado juntos durante la insurreccion; y despues de la derrota, el mismo campamento de la frontera del Nepal les habia dado asilo, y á la sazón unidos en el mismo pensamiento de emprender de nuevo la lucha, se hallaba con igual disposicion para emprenderla.

Cuando Nana Sahib estuvo confortado por la comida, devorada en muy poco tiempo, permaneció todavía pensativo con la cabeza apoyada en las manos. Balao Rao, pensando que queria reponerse con algunas horas de sueño, continuaba guardando silencio.

Peró al cabo de un rato, Dandu-Pant, levantando la cabeza, tomó la mano de su hermano y con voz sorla, dijo:

—Me han visto en la presidencia de Bombay. Mi cabeza está pregonada por el gobernador de la presidencia, y prometen 2,000 libras á quien entregue al nabab.

—Dandu-Pant, exclamó Balao Rao, tu cabeza vale mucho mas que eso. Dos mil libras apenas bastarian para pagar la mia, y antes de tres meses se considerarán muy dichosos, si pudieran pagar las dos por 20,000 libras.

—Sí, respondió Nana Sahib, dentro de tres meses, el 23 de junio, es el aniversario de la batalla de Plassey, cuyo centenario en 1857 debía ser el fin de la dominacion inglesa, y el principio de la emancipacion de la raza solar. Nuestros profetas lo habian predicho, y nuestros poetas lo habian cantado. Dentro de tres meses, hermano, habrán transcurrido ciento nueve años, y el suelo de la India permanece todavía hollado por el pié de los invasores.

—Dandu-Pant, respondió Balao-Rao, lo que no ha tenido éxito en 1857 puede y debe tenerlo diez años despues. En 1827, 37 y 47 ha habido movimientos en la India. Cada diez años los indios han sentido la fiebre de la insurreccion; pues bien, este año se la curarán bañándose en torrentes de sangre europea.

—¿Que Brahma nos guie! murmuró Nana Sahib, y entonces suplicio por suplicio, ¡desdichados los jefes del ejército real que caigan bajo los golpes de



No quiero luz, dijo Nana.

los cipayos! Laurence ha muerto; Barnard ha muerto; Hope ha muerto; Napier ha muerto; Hodson ha muerto; Havelock ha muerto; pero otros han sobrevivido. Campbell y Rose viven todavía, y con ellos el que yo mas odio, ese coronel Munro, ese descendiente del verdugo que fue el primero que hizo atar los indios á la boca de los cañones; ese hombre que mató por su mano á mi compañera la Rani de Jansi. Si cae en mi poder, ya verá que no he olvidado los horrores del coronel Neil, las matanzas de Sekander Bagh, los asesinatos del palacio de la Begum, de Baireilli y de Dehli. Ya verá que no he olvidado que la jurado mi muerte como yo he jurado la suya.

—¿No ha dejado ya el ejército? preguntó Balao-Rao.

—¡Oh! respondió Nana Sahib; cuando estalle la insurreccion volverá al servicio; pero si la insurreccion aborta, iré yo mismo á darle de puñaladas hasta su bungalow de Calcuta.

—¿Y ahora?

—Ahora es preciso continuar la obra comenzada. Esta vez el movimiento será nacional. Que se suble-

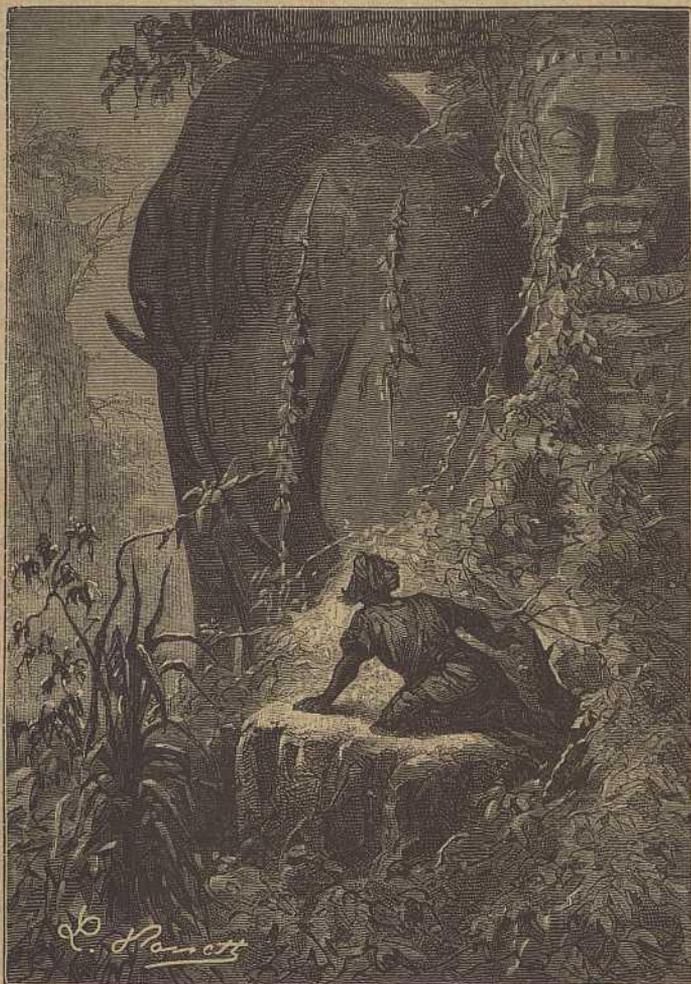
ven los habitantes de las ciudades y de los campos, y pronto los cipayos harán causa comun con ellos. He recorrido el centro y el norte del Decán, y en todas partes he encontrado los ánimos preparados para la insurreccion. No hay ciudad ni aldea, donde no tengamos jefes prontos á unirse al movimiento. Los brahmanes fanatizarán al pueblo; esta vez la religion arrastrará al combate á los sectarios de Siva y de Visnú; y en la época en que se determine, á una señal convenida, se sublevarán millones de indios, y el ejército real quedará aniquilado.

—Y Dandu-Pant..... dijo Balao-Rao, tomando la mano de su hermano.

—Dandu-Pant, respondió Nana Sahib, no será tan solo el Peishwah coronado en el fuerte de Biluhri; será el soberano de la tierra sagrada de la India.

Dicho esto, Nana Sahib, con los brazos cruzados y la mirada vaga de los que observan, no el pasado ni el presente, sino el porvenir, permaneció en silencio.

Balao-Rao no quiso interrumpir sus meditaciones; complaciase en dejar que aquella alma feroz se infla-



Miró á derecha é izquierda.

mase en sus propios elementos, y en caso necesario estaba él allí para atizar el fuego que en ella ardía. Nana Sahib no podia tener un cómplice mas estrechamente unido á su persona, ni un consejero mas ardiente para empujarle hácia su objeto. Ya hemos dicho que Balao-Rao era otro Nana Sahib.

Este, despues de algunos minutos, levantó la cabeza, y volviendo á pensar en la situacion presente, dijo:

—¿Dónde están nuestros compañeros?

—En las cavernas de Adyuntha, donde nos esperan, segun hemos convenido, dijo Balao-Rao.

—¿Y los caballos?

—Los he dejado á tiro de fusil, en el camino que conduce de Ellora á Boregani.

—¿Cuida de ellos Kalagani?

—Sí, están bien cuidados, bien descansados, y podemos marchar cuando quieras.

—Marchemos, dijo Nana Sahib; hay que estar en Adyuntha antes de que salga el sol.

—¿Y desde allí, á dónde iremos? preguntó Balao-

Rao. ¿Esta fuga precipitada, no ha contrariado tus proyectos?

—No, respondió Nana Sahib. Iremos á los montes Sautpurra; conozco sus desfiladeros, y en ellos puedo desafiar las pesquisas de la policía inglesa. Allí estaremos además en el territorio de los Bihis y de los Gunds, fieles á nuestra causa, y allí podremos esperar el momento favorable en esa region montañosa de Vindhya, donde está siempre pronto á levantarse el fermento de la insurreccion.

—¿En marcha! respondió Balao-Rao. ¡Ah! ¡prometen 2,000 libras á quien te entregue, pero no basta poner una cabeza á precio, es preciso tomarla!

—No la tomarán, respondió Nana Sahib. Vamos, no perdamos tiempo.

Balao-Rao se adelantó con paso seguro por el estrecho corredor que conducia al retiro oscuro abierto bajo el pavimento del templo. Cuando hubo llegado al orificio oculto por la grupa del elefante de piedra, sacó prudentemente la cabeza, miró á derecha y á izquierda, y viendo que todo estaba desierto,

se aventuró á salir. Para mayor precaucion anduvo unos veinte pasos por la calle que seguia el eje del templo, y no viendo nada sospechoso, dió un silbido para indicar á Nana Sahib que el camino estaba libre.

Pocos instantes despues los dos hermanos salian de aquel valle artificial de media legua de longitud, todo perforado por galerias, bóvedas y escavaciones abiertas unas sobre otras hasta una grande altura. Dieron un rodeo para no pasar cerca del mausoleo que sirve de bungalow á los peregrinos ó á los curiosos de todas las naciones atraidos por las maravillas de Ellora, y despues se hallaron en el camino de Adyuntha á Boregami.

La distancia que tenian que recorrer para ir desde Ellora á Adyuntha era de 50 millas (unos 80 kilómetros); pero Nana Sahib no era ya el fugitivo de Aurenghabad que caminaba sin medios de transporte. Como le habia anunciado Balao-Rao, tres caballos le esperaban en el camino custodiados por el indio Kalagani, fiel servidor de Dandu-Pant. Estos caballos estaban ocultos en un bosque espeso á una milla de la aldea. El uno estaba destinado para Nana Sahib; el otro para Balao Rao, y el tercero para Kalagani, y en breve los tres galopaban en direccion de Adyuntha. Por otra parte, nadie hubiera estrañado el ver un faquir á caballo, porque gran número de estos descarados mendigos piden limosna desde lo alto de su cabalgadura.

Aemás el camino estaba poco frecuentado y aquella época del año era la menos favorable para los peregrinos.

Nana Sahib y sus dos compañeros caminaban rápidamente sin temer ningun obstáculo que pudiera retardar su viaje. No tomaron mas tiempo que el necesario para dar pequeños descansos á los caballos, y durante estos descansos, despachaban las provisiones que Kalagani llevaba en el arzon de la silla. Así evitaron los sitios mas frecuentados de la provincia; los bungalows y las aldeas, y entre otras la de Roya, triste conjunto de casas negras, ahumadas por el tiempo, como esas habitaciones del Cornwall y Pulmari, pequeña aldea perdida entre las plantaciones de un pais salvaje.

El suelo era llano y unido; en todas direcciones se estendian campos de brezos surcados de espesos matorrales; pero en las cercanias de Adyuntha, el pais se presenta mas accidentado.

Soberbias grutas, que llevan este nombre, rivales de las maravillosas de Ellora, ocupan la parte interior del vallecito á media legua de la poblacion. Nana Sahib podia pues dispensarse de pasar por Adyuntha donde debia haberse fijado el edicto del gobernador, y evitar de este modo el ser conocido.

Quince horas despues de haber salido de Ellora sus dos compañeros y él, penetraban por un estrecho desfiladero que conducia al valle célebre cuyos veintisiete templos construidos en la roca se inclinan sobre vertiginosos abismos.

La noche era hermosa; las constelaciones resplandecian, pero no habia luna. Altos árboles, como bananeros y algunos de esos *bars* que se cuentan entre los gigantes de la flora india, destacaban su perfil negro sobre el fondo estrellado del cielo. Ni un soplo de aire atravesaba la atmósfera, ni se movia una hoja, ni se oia ningun ruido mas que el sordo murmullo de un torrente que corria á unos cien pasos de allí por el fondo de un barranco. Pero aquel murmullo se aumentó y llegó á ser un verdadero mugido, cuando los caballos llegaron á la cascada de Sathbound que se precipita de una altura de 50 toesas, desgarrándose en las puntas de las rocas de cuarzo y de basalto. Un polvo líquido formaba torbellinos en el desfiladero, y se hubiera matizado con los siete colores del arco iris si la luna hubiera ilu-

minado el horizonte en aquella hermosa noche de primavera.

Nana Sahib, Balao Rao y Kalagani habian llegado á su destino. Al salir del desfiladero y al volver un recodo que formaba la salida, se presentó á sus ojos el valle enriquecido por las obras maestras de la arquitectura budística. Allí, en las paredes de aquellos templos, profusamente adornados de columnas, de rosetones, de galerias salientes y pobladas de figuras colosales, de animales de formas fantásticas, con sombrías celdas habitadas en otros tiempos por los sacerdotes y por los guardas de aquellas mansiones sagradas, el artista puede todavía admirar algunos frescos que parecen recién pintados y que representan ceremonias reales, procesiones religiosas, batallas en que figuran todas las armas de la época tales y como existieron en ese espléndido pais de la India en los primeros tiempos de la Era cristiana.

Nana Sahib conocia todos los secretos de tan misteriosos hipogeos, porque mas de una vez sus compañeros y él, perseguidos de cerca por las tropas reales, se habian refugiado en ellos en los peores dias de la insurreccion. Las galerias subterráneas que les unian; los mas estrechos túneles abiertos en el cuarzo macizo; los sinuosos conductos que se cruzaban en todos los ángulos; las mil ramificaciones de aquel laberinto tan intrincado que hubiera cansado aun á los mas pacientes, todo, en una palabra, le era familiar. No podia perderse allí aun cuando no hubiera llevado una luz que iluminase las sombrías profundidades.

A pesar de la oscuridad de la noche se dirigió rectamente, como hombre seguro de lo que hace, á una de las escavaciones menos importantes del grupo. La entrada de esta escavacion estaba obstruida por una cortina de arbustos espesos y un monton de piedras gruesas que parecian haberse derrumbado hasta allí entre las malezas del suelo, y las plantas lapidarias de la roca. El nabab rozó con sus uñas la pared, y esta sencilla accion bastó para señalar su presencia á la entrada de la escavacion.

Inmediatamente aparecieron dos ó tres cabezas de indios entre los intersticios de las ramas; despues otras diez; luego otras veinte, y en breve salieron de entre las piedras como serpientes los indios, y formaron un grupo de unos cuarenta hombres bien armados.

—;En marcha! dijo Nana Sahib.

Y aquellos fieles compañeros del nabab le siguieron sin pedir explicacion y sin saber á donde les conducia, prontos á hacerse matar á la menor seña suya. Iban á pie, pero sus piernas podian luchar en velocidad con las de un caballo.

La caravana penetró por el desfiladero que costea el abismo; subió hácia el Norte y rodeó la cresta de la montaña, llegando unas horas despues al camino del Kandeish, que iba á perderse en las gargantas de los montes Sautpurra.

Al amanecer pasaron por el empalme del ferrocarril de Bombay á Allahabad en Nagporre y por la misma via principal que corre hácia el Nordeste. En aquel momento el tren de Calcuta corria con toda velocidad, arrojando su vapor blanco á los soberbios bananeros y sus relinchos á las fieras asustadas de los bosques.

El nabab detuvo su caballo, y con voz fuerte y tendiendo la mano hácia el tren que corria, exclamó:

—Anda á decir al vi-rey de la India que Nana Sahib vive todavía y que anegará en la sangre de los invasores ese ferrocarril, obra maldita de sus manos.

CAPITULO V.

EL GIGANTE DE ACERO.

No he conocido un estupor mas completo que el que poseia á los transeuntes por el camino real de Calcuta á Chandernagor, hombres, mujeres, niños, indios lo mismo que ingleses en la mañana del 6 de mayo; y francamente, la sorpresa era muy natural.

En efecto, al salir el sol, salia tambien de uno de los arrabales apartados de la capital de la India, entre dos filas densas de curiosos, un tren extraño, si se puede dar el nombre de tren al aparato admirable que subia por la orilla del rio Hougli.

A la cabeza, y como único motor del tren, marchaba tranquila y misteriosamente un elefante gigantesco de 20 pies de altura, de 30 de longitud y de una anchura proporcionada. Su trompa iba medio enroscada en forma de enorme cuerno de la abundancia y llevando la punta al aire. Sus colmillos eran dorados y salian fuera de su enorme mandíbula como dos hoces amenazadoras. Sobre su cuerpo, de un color verde oscuro con extrañas manchas, se extendia un rico paño de colores vivos bordado de filigrana de plata y oro con una franja y gruesas borlas de seda. Sobre su espalda sostenia una especie de torrecilla muy adornada, coronada de una cúpula redonda de estilo indio. Las paredes de esta torrecilla estaban provistas de cristales lenticulares semejantes á la claraboya de la cámara de un buque. Aquel elefante arrastraba un tren compuesto de dos enormes coches, ó mejor dicho de dos verdaderas casas, especies de bungalows portátiles montado cada uno sobre cuatro ruedas estriadas en los cubos, en los rayos y en las llantas. Estas ruedas, de las cuales no se veia mas que el segmento exterior se movian en tambores que ocultaban á medias el basamento de los enormes aparatos de locomocion; y un puentecillo articulado que se prestaba á los caprichos de todas las vueltas que quisiera dar el tren, unia el primer coche al segundo.

¿Cómo un solo elefante, por fuerte que fuera, podia arrastrar aquellos dos edificios macizos sin ningun esfuerzo aparente? Nadie lo sabia; y sin embargo el animal asombroso marchaba con facilidad; sus anchas patas se levantaban y se bajaban automáticamente con una regularidad mecánica y pasaba inmediatamente del paso al trote sin que la voz, ni la mano de un mahut se dejaran oír ni ver.

Esto es lo que asombraba á los curiosos y les hacia detenerse á cierta distancia. Pero cuando llegaban á acercarse al coloso, su asombro se convertia en admiracion al observar lo siguiente:

Ante todo se oia una especie de mugido cadencioso muy semejante al grito particular de esos gigantes de la fauna india, y de cuando en cuando se escapaba de la trompa levantada hácia el cielo un espeso torbellino de vapor.

Sin embargo aquel era un elefante. Su piel rugosa de un color verde negruzco cubria sin duda una de esas osamentas poderosas de que la naturaleza ha dotado al rey de los paquidermos. Sus ojos brillaban con el resplandor de la vida; sus miembros estaban dotados de movimiento.

Así parecia en efecto. Pero si algun curioso se hubiera aventurado á tocar con su mano el enorme animal, todo se hubiera explicado. No era mas que una imitacion sorprendente, una máquina que tenia todas las apariencias de la vida aun contemplada de cerca. Aquel elefante era de acero y encerraba en su interior una locomotora de caminos ordinarios.

En cuanto al tren, ó sea á la Casa de Vapor, para emplear la calificacion que le conviene, era la habitacion portátil prometida por el ingeniero.

El primer coche, ó mejor dicho, la primera casa,

servia de habitacion al coronel Munro, al capitán Hod, á Banks y á mí.

La segunda estaba destinada para el sargento MacNeil y para los dependientes que formaban el personal de la expedicion.

Banks habia cumplido su promesa; el coronel Munro la suya, y por eso en la mañana del 6 de mayo habiamos salido en aquel tren extraordinario para visitar las regiones septentrionales de la peninsula india.

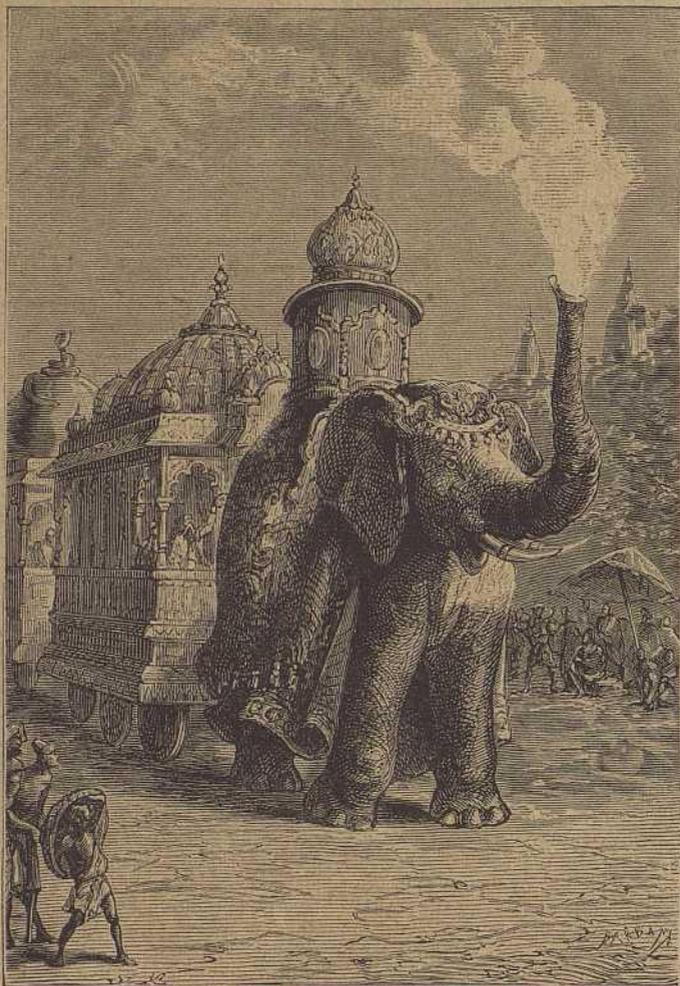
¿Mas con qué fin se habia construido aquel elefante artificial? ¿Por qué semejante capricho, tan contrario al espíritu práctico de los ingleses? Hasta entonces nadie habia imaginado dar á una locomotora destinada á circular, ya por los caminos ordinarios, ya por los carriles de hierro la forma de un cuadrúpedo cualquiera.

Preciso es confesar que la primera vez que fuimos admitidos á examinar aquella sorprendente máquina quedamos asombrados. Las preguntas llovieron como granizo sobre nuestro amigo Banks; la locomotora habia sido construida con arreglo á sus planos y bajo su direccion; ¿quién, pues, le habia podido decir que la metiera entre las paredes de acero de un elefante mecánico?

—Amigo mio, se contentó con responder seriamente Banks, ¿conocia usted al radya de Butam?

—Yo le conozco, le dijo el capitán Hod, ó mejor dicho, le conocia, porque hace tres meses que ha muerto.

—Pues bien, antes de morir, respondió el ingeniero, no solamente estaba vivo, sino que vivia de muy distinta manera que los demás. Gustaba de todo género de lujo y de fiestas; queria satisfacer todos sus caprichos y no se negaba nada de lo que le pasara por la cabeza. Su cerebro se gastaba en imaginar lo imposible y si su tesoro no hubiera sido inagotable, se habria agotado en realizar tantas cosas como imaginaba. Era rico como los nababs de la antigüedad y los lacs de rupias y el oro abundaban en sus cajas. Si alguna vez tenia disgustos era por no poder gastar su dinero de una manera un poco menos vulgar que sus colegas los millonarios. Un dia le ocurrió una idea que pronto tomó posesion de su ánimo y no le dejó dormir; era una idea que hubiera puesto orgullo á Salomon y que habria realizado seguramente si hubiese conocido el vapor. Consistia en viajar de una manera absolutamente nueva hasta entonces y tener un tren como nadie le hubiera podido soñar. Me conocia; me llamó á su córte y me dibujó por sí mismo el plano de su aparato de locomocion. No crean ustedes que yo solté la carcajada al oír la proposicion del radya. Al contrario, comprendí perfectamente que tan grandiosa idea era natural que naciera en el cerebro de un soberano indio y no tuve mas que un deseo: el de realizarla lo mas pronto posible y en condiciones que pudieran satisfacer mi amor propio y la imaginacion de mi poético cliente. Un grave ingeniero no siempre tiene ocasion de penetrar en la region de la fantasia y de aumentar con un animal de su creacion la fauna del Apocalipsis ó las invenciones de las *Mil y Una Noches*. En suma, el capricho del radya era realizable; ya saben ustedes lo que se ha hecho, lo que se puede hacer y lo que se hará en mecánica. Yo puse manos á la obra y en esa cubierta de acero en forma de elefante, logré encerrar la caldera, el mecanismo y el tender de una locomotora de caminos ordinarios con todos sus accesorios. La trompa articulada, que en caso de necesidad puede levantarse y bajarse, me sirvió de chimenea; un excéntrico me permitió sujetar las piernas del animal á las ruedas del aparato; dispuse sus ojos á manera de cristales de un faro para que pudiera proyectar dos chorros de luz eléctrica y así quedó terminado el elefante artificial. Pero esta creacion



La Casa de Vapor.

no fue espontánea; encontré mas de una dificultad que vencer y que no pudo resolverse en la primera tentativa. Ese motor, juguete inmenso si ustedes quieren, me costó muchas vigiliias, tanto que el radya, que no podía dominar su impaciencia y pasaba lo mejor de su vida en mis talleres, murió antes que el último martillazo del ajustador permitiese al elefante echar á andar por el campo. El desgraciado no tuvo tiempo de probar su casa portátil. Sus herederos, menos caprichosos que él, miraron este aparato con terror y supersticion, como obra de un loco y se apresuraron á deshacerse de él á vil precio. Entonces yo lo compré para uso del coronel. Ya saben ustedes ahora, amigos míos, cómo y por qué nosotros solos en el mundo disponemos de un elefante de vapor de fuerza de ochenta caballos, por no decir de ochenta elefantes de á 300 kilógramos.

—¡Bravo, Banks, bravo! exclamó el capitán Hod. Un ingeniero, que además es artista y, digámoslo así, poeta en materia de hierro y acero, es una ave rara en el mundo.

—Muerto el radya, añadió Banks, y comprado su

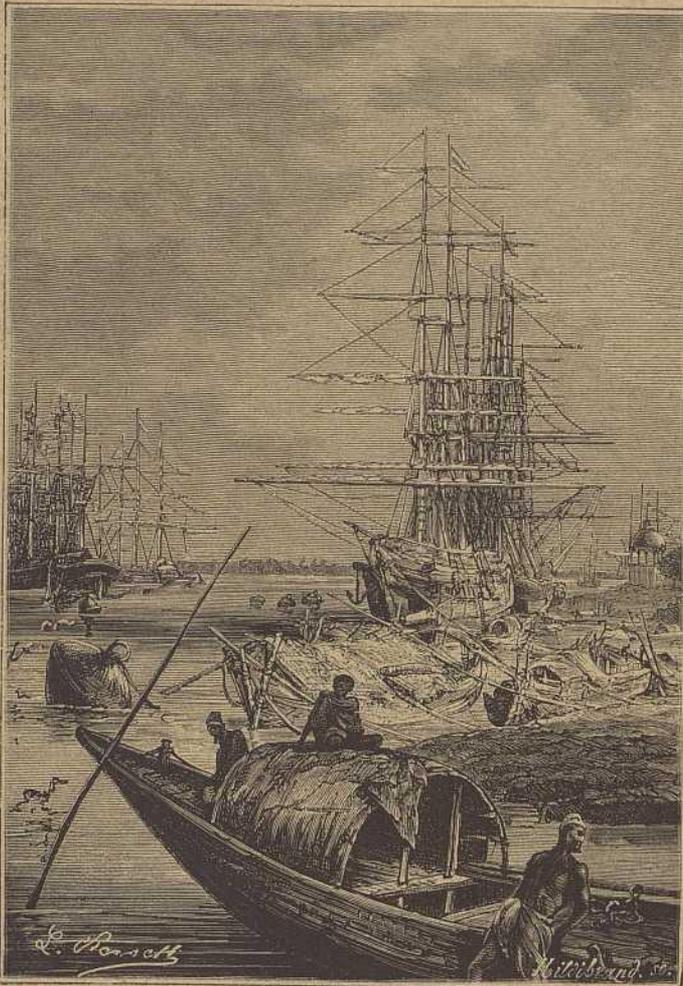
tren, no he tenido valor para destruir mi elefante y dar á la locomotora su forma ordinaria.

—Y ha tenido usted razon mil veces, replicó el capitán. ¡Es soberbio nuestro elefante! ¡Qué efecto vamos á producir con ese gigantesco animal cuando nos pasee por las llanuras y los bosques del Indostan! Es una idea de radya; una idea que vamos á aprovechar nosotros; ¿no es verdad, mi coronel?

El coronel Munro casi se habia sonreido, lo cual era equivalente á una aprobacion completa de las palabras del capitán. Decidióse, pues, el viaje y véase por qué un elefante de acero, un animal único en su género, un leviatan artificial arrastraba la casa de ruedas de cuatro ingleses, en vez de pasear en toda su pompa á uno de los mas opulentos radyas de la península india.

¿Cómo estaba construida aque la locomotora para cuya construccion Banks habia empleado todos los perfeccionamientos de la ciencia moderna?

Entre las cuatro ruedas se prolongaba el conjunto del mecanismo: cilindros, cajas, bomba de alimentacion, excéntricos y el cuerpo de la caldera. Esta



El Hoogly en Calcuta.

caldera tubular tenia 60 metros cuadrados de superficie y estaba enteramente contenida en la parte anterior del cuerpo del elefante, sirviendo la parte posterior para el tender destinado á llevar el agua y el combustible. La caldera y el tender montados sobre la misma roldana estaban separados por un intervalo libre para el servicio del fogonero. El maquinista iba en la torrecilla construida á prueba de bala, que coronaba el cuerpo del animal y en la cual, en caso de ataque serio, podia refugiarse toda nuestra gente. Al alcance del maquinista se hallaban las válvulas de seguridad y el barómetro para indicar la tension del fluido y bajo su mano estaba el regulador y la palanca que le servian el uno para arreglar la introduccion del vapor, y la otra para maniobrar en las cajas y por consiguiente para hacer andar el aparato adelante ó atrás. Desde la torrecilla, al través de espesos cristales lenticulares dispuestos á propósito, podia observar el camino que tenia delante de sí, y un pedal le permitia seguir las curvas, cualesquiera que fuesen, modificando el ángulo de las ruedas anteriores.

Resortes del mejor acero, fijos en los ejes sostenian

la caldera y el tender amortiguando el impulso de las sacudidas causadas por las desigualdades del suelo. En cuanto á las ruedas, de solidez á toda prueba, eran rayadas en las llantas á fin de que pudieran morder el terreno ó impedir que resbalase el tren.

Como nos habia dicho Banks, la fuerza nominal de la máquina era de ochenta caballos, pero se podia obtener una de ciento cincuenta efectivos sin temor de producir una explosion. Esta máquina, combinada segun los principios del sistema Field, era de doble cilindro con roquete variable. Una caja herméticamente cerrada envolvía todo el mecanismo para preservarle del polvo de los caminos que pudiera alterar sus órganos. Su gran perfeccion consistía sobre todo en que gastaba poco y producía mucho. En efecto, jamás el gasto medio comparado con el efecto útil, habia sido tan bien proporcionado, ya se calentase la caldera con carbon ó con leña, porque las rejillas del fegon estaban hechas á propósito para toda especie de combustible. En cuanto á la celeridad normal de la locomotora, el ingeniero la calculaba en 25 kilómetros por hora, pero decia que en un



¡ Mi capitán ! respondió Fox.

terreno favorable podría andar 40. Las ruedas, como he dicho, no estaban espuestas á resbalar, porque no solamente iban estriadas en las llantas para morder en el suelo, sino que montado el aparato sobre resortes de primera clase, se repartía igualmente el peso y se evitaban las sacudidas. Además las ruedas podían ser dominadas fácilmente por frenos atmosféricos que podían producir ya una detención progresiva, ya la instantánea.

En cuanto á la facilidad de subir las cuestas, era notable la que tenía esta máquina. Banks había obtenido los más eficaces resultados, calculando el peso y la fuerza propulsiva, ejercida en cada uno de los pistones de su locomotora. Así es que podía subir pendientes hasta de 10 y de 12 centímetros por metro, lo cual es considerable.

Por lo demás, los caminos que los ingleses han establecido en la India y cuya red tiene un desarrollo de muchos millares de millas, son magníficos, y se prestan grandemente á este género de locomoción. Solo la arteria principal, llamada Great Trunk Road, que atraviesa la península, se extiende por un

espacio no interrumpido de 4,200 millas, ó sean cerca de 2,000 kilómetros.

Hablemos ahora de la Casa de Vapor, arrastrada por el elefante artificial.

Lo que Banks había comprado á los herederos del nabab por cuenta del coronel Munro, no era solamente la locomotora, sino también el tren que debía remolcar. No es de admirar que el radya de Buthan lo hubiese mandado construir á su capricho y según la mola de la India. La he llamado ya un bungalow portátil, y merece este nombre en verdad, porque los dos coches que le componían eran una maravilla de la arquitectura del país.

Figúrese el lector dos especies de pagodas sin minaretes, con sus techos de doble cubierta redondos en forma de cúpula, abiertos por claraboyas, sostenidos por columnas esculpidas, adornados de esculturas de maderas preciosas de todos colores; figúrese las curvas graciosas y elegantes de sus habitaciones, las galerías y barandillas ricamente dispuestas que les terminaban en su parte anterior y en su parte posterior; parecían, en efecto, dos pagodas despren-

ñidas de la colina santa de Sonnagur que, unidas una á otra y remolcadas por un elefante de acero, iban á recorrer los caminos reales. Pero habia mas, y esto completaba el prodigio de aquel aparato de locomoción, y es que podia flotar. En efecto, la parte baja del cuerpo del elefante, el vientre, en una palabra, que contenia la máquina, lo mismo que la parte inferior de las dos casas de ruedas, formaban barcos de ligera tela metálica; de tal suerte que, si se presentaba un rio que atravesar, podia entrar el elefante segun del tren, y las patas del animal, movidas por medio de resortes como especie de remos, llevarian toda la Casa de Vapor flotando por la superficie de las aguas. Ventaja inapreciable, en aquel vasto pais de la India, donde abundan los rios tanto como escasean los puentes.

Tal era este tren, único en su género, y tal como le habia ideado el capricho del *radya* de Bulham.

Pero si Banks habia adoptado el capricho de dar al motor la forma de un elefante y á los coches la figura de pagodas, en cambio creyó deber disponer el interior segun el gusto inglés, acomodándolo á un viaje de larga duracion, y habia logrado completamente su objeto.

La Casa de Vapor se componia de dos coches, que interiormente no tenian menos de 6 metros de anchura, y por consiguiente sobresalian de los ejes de las ruedas que no tenian mas que cinco. Suspendidos sobre resortes muy largos y muy flexibles, apenas sentian las sacudidas, que eran mucho mas débiles que las de una vía férrea.

El primer coche tenia una longitud de 45 metros. En la parte anterior, su elegante baranda, sostenida por ligeras columnas, tenia un balcon ancho en que podian estar cómodamente diez personas. Dos ventanas y una puerta daban al salon, iluminado ademas por otras dos ventanas laterales. Este salon, amueblado con una mesa y una biblioteca y divanes blandos en toda su estension, estaba artísticamente adornado y cubierto de ricas telas. Una alfombra espesa de Esmirna cubria el suelo, y transparentes de todas clases puestos delante de las ventanas y regados sin cesar de agua perfumada, mantenian en la estancia una frescura agradable, lo mismo que en los gabinetes que servian de alcobas. Del techo colgaba una *punka* que, por medio de una correa de trasmision, se movia automáticamente durante la marcha del tren, haciendo aire como un gran abanico; y en los ratos de alto era movida por el brazo de un criado. Todas las precauciones eran necesarias para combatir el exceso de una temperatura que en ciertos meses del año sube á mas de 45° centígrados á la sombra.

En la parte posterior del salon, otra puerta de madera preciosa, que hacia frente á la del balcon, daba entrada al comedor, iluminado no solamente por ventanas laterales, sino tambien por una cubierta de cristal mate. Alrededor de la mesa que ocupaba el centro, podian tomar asiento ocho convidados, y no siendo nosotros mas que cuatro, debiamos estar con gran comodidad. Aparadores de todas clases, cargados de todo ese lujo de cristal, plata y porcelana que exige el refinamiento inglés, amueblaban y adornaban el comedor. Por supuesto que todos los objetos frágiles tenian su especie de nicho especial, como sucede á bordo de los buques, y estaban al abrigo de choques, aun en los peores caminos, si nuestro tren se veia obligado á aventurarse por ellos.

La puerta posterior del comedor, daba acceso á un corredor que terminaba en un balcon igualmente cubierto de otra galería de columnas. A lo largo de este corredor habia cuatro gabinetes iluminados lateralmente, cada uno de los cuales contenia una cama, un tocador, un armario y un divan, dispuestos

como las cámaras de los mas ricos buques trasatlánticos. El primero de estos gabinetes, el de la izquierda, estaba ocupado por el coronel Munro; el segundo, á la derecha, por el ingeniero Banks; á éste seguia el cuarto del capitán Hod, y despues el mio á la izquierda del que ocupaba el coronel Munro.

El segundo coche, de 12 metros de longitud, poseia, como el primero, un balcon con galería y una gran cocina con dos despensas laterales, y provistas de todo su material. Esta cocina se comunicaba con un corredor que en su parte central terminaba en un cuadrilátero destinado para comedor de la familia é iluminado por una claraboya en el techo. En los cuatro ángulos habia otros tantos gabinetes ocupados por el sargento Mac-Neil, el maquinista, el fogonero y el ordenanza del coronel Munro. Despues venian otros dos gabinetes en la parte mas posterior, destinados uno al cocinero y otro al asistente del capitán Hod; y por último, habia otros cuartos que servian de armería, de depósito de hielo, de almacén de equipajes, etc., y que daban al balcon de la última galería.

Como se ve, Banks habia dispuesto, inteligente y cómodamente, las dos habitaciones de la Casa de Vapor. Durante el invierno podian ser caldeadas por medio de un aparato, cuyo aire caliente, suministrado por la máquina, circulaba á través de las habitaciones, sin contar dos pequeñas chimeneas, instaladas en el salon y en el comedor. Podriamos, pues, desafiar los rigores de la estación fria hasta en las primeras cuestas de las montañas del Tibet.

No se habia olvidado resolver la importante cuestion de las provisiones. Llevábamos conservas escogidas, bastantes para alimentar todo nuestro personal durante un año. Lo que mas abundaba eran cajas de conservas de carne de las mejores marcas, principalmente de vaca cocida, y pasteles de una especie de pollos llamados *murguis*, cuyo consumo es muy considerable en toda la península india.

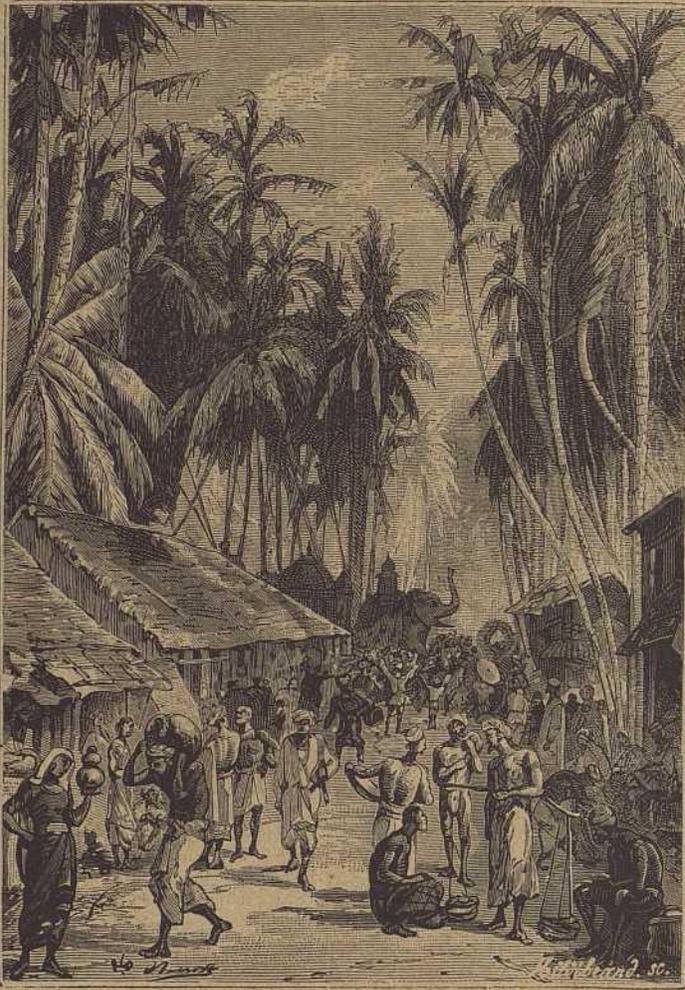
Tampoco debia faltarnos la leche para el desayuno que precede al almuerzo, ni el caldo para el *tiffin* que precede á la comida de la tarde, gracias á las nuevas preparaciones que permiten trasportarlos á grandes distancias en estado concentrado.

La leche, en efecto, se somete primero á la evaporacion hasta que toma una consistencia pastosa y despues se la cierra herméticamente en cajas, que pueden contener 450 gramos y proporcionan 3 litros de líquido, añadiéndole cinco veces su peso de agua. En estas condiciones, la leche es idéntica por su condicion á la leche normal y de buena calidad. Lo mismo se hace con el caldo, el cual, despues de haber sido conservado por medios análogos y reducido á pastillas, sirve, agregándole agua caliente, para hacer excelentes sopas.

En cuanto al hielo, de tanta utilidad en las latitudes cálidas, nos era facil producirle en breves instantes, por medio de esos aparatos que hacen bajar la temperatura con la evaporacion del gas amoniaco convertido en líquido. Uno de los cuartos de la parte posterior, estaba dispuesto como depósito de hielo; y ya por la evaporacion del amoniaco, ya por la volatilizacion del éter metílico, podia conservarse el producto de nuestras cazas perfectamente, gracias á la aplicacion de los procedimientos debidos á mi compatriota Ch. Tellier. Este era un precioso recurso que en todas circunstancias debia poner á nuestra disposicion alimentos de la mejor calidad.

En lo que toca á las bebidas, la bodega estaba bien provista. Vinos de Francia, cervezas de diversas clases, aguardientes, arak, ocupaban sitios especiales y en cantidad suficiente para las primeras necesidades.

Ademas, hay que observar que nuestro itinerario no nos apartaba mucho de las provincias habitadas



La ciudad se compone de casas bajas.

de la península. La India no es un desierto ni mucho menos, y con tal de no reparar en el gasto y de no economizar las rupias, es fácil proporcionarse, no solamente lo necesario, sino también lo superfluo. Quizá cuando vayamos á invernar en las regiones septentrionales a las faldas del Himalaya, podremos vernos reducidos á nuestros propios recursos; pero aun en ese caso será fácil hacer frente á las exigencias de una vida cómoda. El espíritu práctico de nuestro amigo Banks, lo habia previsto todo, y podíamos confiar en él.

En suma, véase el itinerario de este viaje, tal como se determinó en principio, salvas las modificaciones que circunstancias imprevistas pudieran aconsejar.

Se ir de Calcuta siguiendo el valle del Ganges hasta Allahabad; subir á través del reino de Oude hasta las primeras rampas del Tibet; acampar durante algunos meses ya en un sitio ya en otro, dando al capitán Hod facilidades para organizar sus cazas y despues bajar hasta Bombay.

Era una expedición de 900 leguas; pero nuestra

casa y todo su personal viajaba con nosotros, y en estas condiciones ¿quién se negaría á dar muchas veces la vuelta al mundo?

CAPITULO VI.

PRIMERAS ETAPAS.

El 6 de mayo, al amanecer, salí del hotel Spencer, uno de los mejores de Calcuta, donde vivia desde mi llegada á la capital de la India. Esta gran ciudad no tenia ya secretos para mí. Paseos matutinos á pie en las primeras horas del día; paseos por la tarde en coche, por el Strand hasta la esplanada del fuerte William, entre espléndidos carruajes de europeos, que se cruzan desdeñosamente, con los no menos espléndidos de los ricos babues indígenas; escursiones al través de las calles de los mercaderes, que tan justamente llevan el nombre de bazares; visitas á los campos de incineracion de los muertos, á orillas del Ganges; á los jardines botánicos del naturalista Hoo-



Encendíamos los cigarros

ker; á *madama Kali*, la horrible mujer de cuatro brazos, diosa feroz de la muerte, que se oculta en un templo de uno de los arrabales, en los cuales se codean la civilización moderna y la bárbarie indígena; todo lo había hecho ya. Contemplar el palacio del virey, que se levanta precisamente en frente del hotel Spencer; admirar el curioso palacio de Chowringhi Road, y la Town Hall consagrada á la memoria de los grandes hombres de nuestra época; estudiar minuciosamente la interesante mezquita de Hougli; correr por el puerto, cubierto de los mas hermosos buques del comercio y de la marina inglesa; despedirme de los arguilas, ayudantes ó filósofos (estas aves tienen tantos nombres), que están encargados de limpiar las calles y conservar la ciudad en estado perfecto de salubridad; todo esto estaba hecho tambien, y ya no tenia que hacer mas que marchar.

Aquella mañana un *palki-gari*, especie de mal carruaje de cuatro ruedas tirado por dos caballos é indigno de figurar entre los productos del arte inglés de hacer carruajes, vino á buscarme á la Plaza

del Gobierno, y en breve me dejó á la puerta del bungalow del coronel Munro.

A cien pasos fuera del arrabal nos esperaba nuestro tren; no había que hacer mas que *mudarnos*.

Escusado es decir que nuestros equipajes se hallaban ya previamente colocados en la habitación especial destinada á ellos. Por lo demás, no llevamos mas que lo necesario. Solo en materia de armas el capitán Hod había creído que lo indispensable no podía comprender menos de cuatro carabinas. Enfield de balas explosivas, cuatro fusiles de caza, dos cajas de cartuchos, sin contar cierto número de fusiles y revólvers con que armar á toda nuestra gente. Este aparato amenazaba mas á las fieras que á la simple caza comestible; pero el Nemrod de nuestra expedición no consentía llevar menos.

Por lo demás, el capitán Hod estaba contentísimo. El placer de arrancar al coronel Munro de su soledad, de marchar á las provincias septentrionales de la India con un tren nunca visto; la perspectiva de ejercicios ultracinegéticos y de escursiones por las regiones del Himalaya, todo le animaba, todo le ex-

citaba y le hacia manifestar su júbilo con interjecciones interminables y apretones de mano capaces de romperle á uno los huesos.

Sonó la hora de la partida: la caldera estaba en presión; la máquina dispuesta á funcionar; el maquinista en su puesto, la mano en el regulador. Lanzóse el silbido reglamentario.

—¡En marcha! exclamó el capitán Hod agitando su sombrero. ¡Gigante de Acero, en marcha!

El Gigante de Acero merecia verdaderamente este nombre y le tuvo en lo sucesivo.

Una palabra sobre el personal de la expedición que completaba el segundo coche.

El maquinista Storr era el primero, inglés, perteneciente á la compañía del ferro-carril meridional de la India, cuyo servicio habia dejado hacia pocos meses. Banks le conocia y sabia que era muy capaz, por lo cual le habia hecho entrar al servicio del coronel Munro. Era un hombre de cuarenta años, obrero hábil, muy entendido en las cosas de su oficio, y que debia prestarnos servicios importantes.

El fogonero se llamaba Kaluth. Era de esa clase de indios tan buscada por las compañías de ferro-carriles, que pueden soportar impunemente el calor tropical de las Indias, aumentado con el de la caldera. Lo mismo sucede respecto de los árabes, á quienes la compañía de trasportes marítimos confia este servicio durante la travesía del Mar Rojo. Esta buena gente apenas se cuece donde los europeos se asarian en pocos minutos. Buena eleccion tambien la del fogonero.

El ordenanza del coronel Munro era un indio de edad de treinta y cinco años, llamado Gumí, y de la raza de los Gurkas. Pertenecia al regimiento que, para dar una prueba de buena disciplina, habia aceptado el uso de las nuevas municiones que dieron ocasion, ó á lo menos pretexto, á la rebelion de los cipayos. De corta estatura, activo, bien conformado y de una adhesión á toda prueba, llevaba todavia el uniforme negro de la brigada de Rifles, al cual queria tanto como á su propia piel.

El sargento Mac Neil y Gumí eran en cuerpo y alma dos fieles servidores del coronel Munro.

Despues de haber combatido á su lado en todas las guerras de la India y de haberle ayudado en sus infructuosas tentativas para encontrar á Nana Sahib, le habian seguido á su retiro, resueltos á no separarse de él jamás.

Fox, inglés de pura sangre, muy alegre y comunicativo, era el asistente del capitán Hod, como Gumí lo era del coronel Munro. Fox tenia las mismas aficiones de cazador que su amo, y no hubiera cambiado su situacion oficial por otra cualquiera que fuese. Su astucia le hacia digno del nombre que llevaba: ¡Fox! es decir, Zorro, pero zorro que habia dado muerte á treinta y siete tigres, tres menos que su capitán, y no pensaba haber concluido el catálogo de sus hazanas.

Debe citarse tambien, para completar el personal de la expedición, á nuestro cocinero negro que reinaba en la parte anterior de la segunda casa en su departamento. Monsieur Parazard, tal era su nombre, francés de origen, que habia guisado y asado manjares bajo todas las latitudes, creia desempeñar no un oficio vulgar, sino funciones de alta importancia. Tomaba aire de pontífice cuando sus manos se paseaban de una hornilla á otra distribuyendo con la precision de un químico la pimienta, la sal y otros condimentos que daban realce á sus preparaciones científicas. En suma, como monsieur Parazard era hábil y aseado, se le perdonaba de buena gana su vanidad culinaria.

Así, pues, sir Eduardo Munro, Banks, el capitán Hod y yo en la primera casa: Mac Neil, Storr, Ka-

luth, Gumí, Fox y monsieur Parazard en la segunda, total diez personas, componiamos aquella expedición que se dirigia hácia el norte de la península remolcada por el Gigante de Acero. No hay que olvidar tampoco los dos perros Fan y Black cuyas grandes cualidades en la caza de pelo y de pluma, sabia apreciar perfectamente su amo el capitán.

El país de Bengala es, quizá, si no la mas curiosa, por lo menos la mas rica de las presidencias del Indostan. No es, sin duda, el país de los radys propiamente dicho, que comprende mas especialmente el centro de aquel vasto territorio; pero esta provincia se estiende por una comarca muy poblada que puede ser considerada como el verdadero país de los indios. Estiéndose al Norte hasta las fronteras insuperables del Himalaya, y nuestro itinerario iba á permitirnos cortarle oblicuamente.

Despues de una discusión detenida acerca de las primeras etapas, acordamos subir durante algunas leguas por la orilla de Hougli, que es un brazo del Ganges que pasa por Calcuta; dejar á la derecha la ciudad francesa de Chandernagor; desde allí seguir la línea del ferro-carril hasta Burdwan y despues torcer camino, atravesar el Behar y volver á encontrar el Ganges en Benarés.

—Amigos míos, dijo el coronel Munro, dejo á la discrecion de ustedes la direccion del viaje... decidiéndolo sin mí. Todo lo que ustedes acuerden estará bien hecho.

—Mí querido Munro, respondió Banks, conviene sin embargo, que des tu parecer.

—No, Banks, contestó el coronel, te pertenezco y lo mismo me da visitar una provincia que otra. Sin embargo, haré una pregunta: cuando hayamos llegado á Benarés, ¿qué direccion seguiremos?

—La del Norte, exclamó impetuosamente el capitán Hod, el camino que sube directamente hasta las primeras rampas del Himalaya al través del reino de Oude.

—Pues bien, amigos míos, entonces.. dijo el coronel Munro, quizá proponga á ustedes... pero ya hablaremos de eso cuando sea tiempo. Hasta llegar á Benarés ustedes harán lo que les parezca.

Esta respuesta de sir Eduardo Munro no dejó de admirarme un poco. ¿Cuál era su pensamiento? ¿No habia consentido en emprender aquel viaje impulsado por la idea de que la casualidad le sirviera mejor que su voluntad le habia servido hasta entonces en sus investigaciones? ¿Pensaba encontrar á Nana Sahib en el norte de la India? ¿Conservaba alguna esperanza de poder vengarse? En mi concepto, el coronel tenia alguna segunda intencion y me pareció que el sargento Mac Neil debia de estar en el secreto de su amo.

Durante las primeras horas de aquella mañana nos sentamos en el salón de la Casa de Vapor. La puerta y las dos ventanas que daban á la galería estaban abiertas, y la *punka* agitaba el aire haciendo mas soportable la temperatura.

El Gigante de Acero iba entonces al paso, andando una pequeña legua por hora, que era todo lo que por el momento necesitaban unos viajeros como nosotros deseosos de examinar el país que atravesábamos.

A la salida de los arrabales de Calcuta nos siguió cierto número de europeos á quienes maravillaba nuestro tren y nos acompañó una multitud de indios que le consideraban con una especie de admiración temerosa. Aquella multitud se fué poco á poco disminuyendo, pero no podíamos evitar las muestras de admiración de los transeúntes que prodigaban sus ¡wajs, wajs! admirativos. Por supuesto que todas estas interjecciones se dirigian menos á los dos soberbios coches que al monstruoso elefante que los arrastraba vomitando torbellinos de vapor.

A las diez se puso la mesa en el comedor, y menos sacudidos ciertamente que lo hubiéramos estado en un coche salon de primera, hicimos honor al desayuno preparado por monsieur Parazard.

El camino que seguía nuestro tren costaba entonces la orilla izquierda del Hougli, el mas occidental de los muchos brazos del Ganges cuyo conjunto forma la red inextricable de los Sunderbunds.

Toda esta parte del territorio está formado por aluviones.

—Todo lo que usted ve, mi querido Maucler, me dijo Banks, es una conquista del rio sagrado hecha á espensas del golfo, no menos sagrado, de Bengala: cuestion de tiempo. No hay quizá una particula de esta tierra que no haya venido de las fronteras del Himalaya trasportada por la corriente del Ganges. El rio ha ido poco á poco desgranando la montaña para formar el suelo de esta provincia donde se ha abierto un cauce...

—Que abandona con frecuencia por otro, añadió el capitán Hod. ¡Ah! este rio Ganges es un rio caprichoso, fantástico, lunático. Se construye una ciudad en sus orillas, y pocos siglos despues esa ciudad está ya en medio de una llanura; sus muelles se encuentran secos, el rio ha cambiado su direccion y su embocadura. Así Raymahal y Gaur, ambas bañadas en otros tiempos por este rio infiel, se mueren ahora de sed en medio de los arrozales agostados de la llanura.

—Y no puede temerse la misma suerte para Calcuta? dije yo.

—Quien sabe.

—De todos modos aun no estamos en ese caso, contestó Banks. La cuestion es de diques, y si es necesario los ingenieros sabrán contener los desbordamientos de ese Ganges y ponerle la camisola de fuerza.

—Por fortuna para usted, mi querido Banks, respondí yo, los indios no le oyen hablar de su rio sagrado, porque si le oyeran, no le perdonarian.

—En efecto, dijo Banks, el Ganges es un hijo de Dios, si ya no Dios mismo, y nada de lo que hace está mal hecho á los ojos de los habitantes del país.

Ni aun las fiebres, ni el cólera, ni la peste que conserva en estado endémico, exclamó el capitán Hod. Es verdad que no por eso les va mal á los tigres ni á los cocodrilos que hormiguean en los Sunderbunds. Al contrario, parece que el aire apestado conviene á esos animales como el aire puro de un *sanitarium* á los anglo-indios durante la estacion de los calores. ¡Ah carnívoros! ¡Fox! añadió volviéndose á su asistente que servía á la mesa.

—¡Mi capitán! respondió Fox.

—¿No es allí donde mataste el número 37?

—Sí, mi capitán, á dos millas del puerto Canning, dijo Fox. Era una noche...

—Basta, Fox, dijo el capitán apurando una gran copa de grog. Conozco la historia del número 37. La del número 38 me interesará mas.

—El número 38 no está muerto todavía, mi capitán.

—Ya le matarás, Fox, ya le matarás, como yo mataré á mi número 41.

En las conversaciones del capitán Hod y de su asistente, la palabra tigre no se pronunciaba nunca, era inútil: los dos cazadores se comprendían.

A medida que adelantábamos camino, el Hougli, que tiene cerca de un kilómetro de anchura delante de Calcuta, se estrechaba poco á poco. Por cima de la ciudad, sus orillas son bastante bajas, y entre ellas con mucha frecuencia se forman formidables ciclones que extienden sus estragos por toda la provincia. Estos irresistibles meteoros, de los cuales uno de los mayores ejemplos fue el ciclón de 1861, destruyen

barrios enteros, derriban centenares de casas unas sobre otras, devastan inmensas plantaciones y cubren las ciudades y la campiña de millares de cadáveres y de ruinas.

Sabido es que el clima de la India tiene tres estaciones: la de las lluvias; la estacion fria y la estacion de los calores. Esta última es la mas corta, pero tambien la mas penosa, y en ella los meses de marzo, abril y mayo, son los mas temibles. Entre todos mayo es el mas cálido; y en esta época pasar al sol durante algunas horas del dia es arriesgar la vida, á lo menos para los europeos. Es frecuente, en efecto, que aun á la sombra la columna termométrica suba á 106° Fahrenheit (unos 41 del centígrado.)

Los hombres, dice Mr. de Valbezen, respiran entonces como caballos fatigados y durante la guerra de represion oficiales y soldados se veian obligados á recurrir á las duchas sobre la cabeza á fin de evitar las congestiones.

Sin embargo, gracias á la marcha de la Casa de Vapor, á la agitacion de la capa de aire por los movimientos de la punka y á la atmósfera húmeda que circulaba al través de las mamparas regadas con agua, no sufríamos gran calor. Por otra parte la estacion de las lluvias, que dura desde junio hasta octubre, no estaba lejana y era de temer que fuese mas desagradable que la estacion cálida. Sin embargo, en las condiciones en que se verificaba nuestro viaje no teníamos nada grave que temer.

Hacia la una de la tarde despues de un delicioso viaje al paso, hecho sin salir de nuestra casa, llegamos á la vista de Chandernagor.

Yo habia visitado ya esta parte del territorio, único rincon que le queda á Francia en toda la presidencia de Bengala. Esta ciudad amparada bajo la bandera tricolor y que no tiene derecho á mantener mas de 15 soldados de guarnicion, esta antigua rival de Calcuta en las luchas del siglo xvii, está hoy muy decaída, sin industria, sin comercio, con sus bazares abandonados y su fortaleza desocupada. Quizá habria recobrado alguna vitalidad si el ferro-carril de Allahabad la hubiera atravesado, ó por lo menos hubiera pasado junto á sus murallas; pero ante las exigencias del gobierno francés la compañía inglesa tuvo que dar una direccion oblicua á la via para no pasar por aquel territorio, y Chandernagor perdió entonces la única ocasion de recobrar alguna importancia comercial.

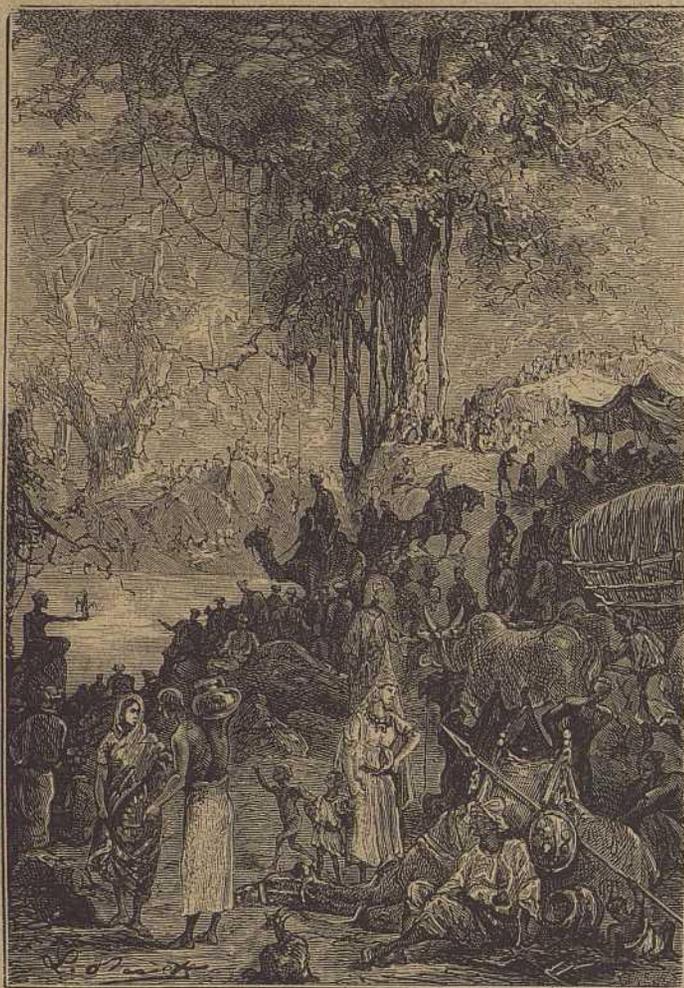
Nuestro tren, pues, no entró en la ciudad. Se detuvo á tres millas en el camino á la entrada de un bosque de lataneros. Cuando se organizó el campamento parecia un principio de poblacion que acababa de fundarse en aquel paraje. Pero la poblacion era movible, y al dia siguiente, 7 de mayo, emprendió la marcha, despues de una noche tranquila pasada en nuestro cómodo aposento.

Durante aquel alto, Banks hizo renovar el combustible, pues aunque la máquina habia consumido poco, queria el ingeniero que el tender llevase siempre toda su carga; es decir, agua y combustible para marchar durante 60 horas seguidas. Esta regla se aplicaba tambien por el capitán Hod y su fiel Fox á su hogar interior; es decir, á su estómago que ofrecia una gran superficie de calefaccion y estaba siempre provisto de ese combustible azoado indispensable para dar movimiento y direccion á la máquina humana.

La etapa esta vez no debia ser larga. Ibamos á viajar por espacio de dos dias y á descansar dos noches para llegar á Burdwan y visitar esta ciudad el dia 9.

A las seis de la mañana Storr dió un silbido agudo; limpió los cilindros y el Gigante de Acero tomó un paso un poco mas rápido que el dia anterior.

Durante algunas horas costeamos la via férrea que



Todas las castas de la India.

por Burdwan se dirige á Raymahal en el valle del Ganges y se estiende hasta mas allá de Benarés. El tren de Calcuta pasó á nuestra vista con gran velocidad. Parecía desafiarnos con las aclamaciones admirativas de los viajeros, pero no respondimos á su desafío. Podían ir mas rápidamente que nosotros; pero mas cómodamente no.

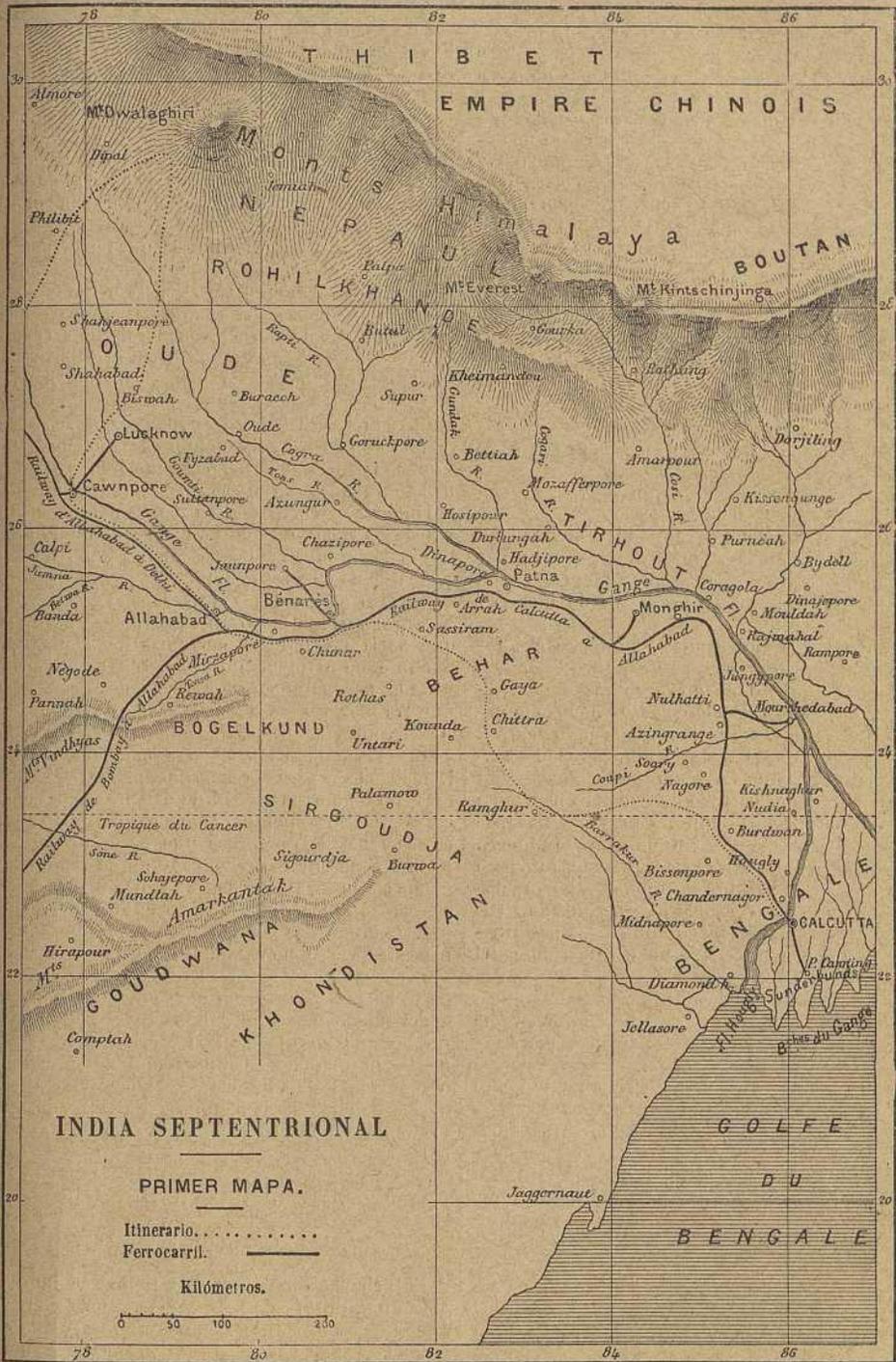
El pais que atravesamos en aquellos dos dias era invariablemente llano y por lo mismo monótono. Acá y allá se balanceaban algunos flexibles cocoteros cuya últimas muestras íbamos á dejar atrás al salir de Burdwan. Estos árboles que pertenecen á la gran familia de las palmeras prefieren las costas y las moléculas de aire marino mezcladas con la atmósfera que respiran. Así es que fuera de la zona estrecha que confina con el litoral no se les encuentra y es inútil buscarlos en la India central. Pero la flora del interior no es menos interesante y variada.

A cada lado del camino no se veía mas que un inmenso tablero de arrozales que se estendían hasta perderse de vista. El suelo estaba dividido en cuadriláteros cercados como los pantanos ó los parques

de ostras de un litoral; pero el color verde dominaba y la recolección prometía ser muy buena en aquel territorio húmedo y cálido, cuya vista solo anunciaba su prodigiosa fertilidad.

Al dia siguiente por la noche, á la hora marcada y con una exactitud que hubiera envidiado un tren expreso, la máquina exhalaba su última bocanada de vapor; y el tren se detenía á las puertas de Burdwan.

Administrativamente esta ciudad es cabeza de un distrito inglés; pero en propiedad pertenece el distrito á un maharadya que no paga menos de diez millones de francos al gobierno por via de impuesto. La ciudad en gran parte se compone de casas viejas separadas por hermosas calles de árboles, cocoteros y otras especies. calles bastante anchas para dejar paso á nuestro tren. íbamos, pues, á acampar en un sitio delicioso, lleno de sombra y de frescura y aquella tarde la capital del maharadya contó un pequeño barrio mas: nuestro barrio portátil, nuestras dos casas que no hubiéramos cambiado por el barrio donde se levanta el espléndido palacio de



Grave par E. Morieu, 23 rue de Breu, Paris.

arquitectura anglo-india del soberano de Burdwan. Ya se supondrá que nuestro elefante produciria su efecto acostumbrado; es decir, una especie de terror admirativo en todos aquellos bengales que acudian de todas partes con la cabeza descubierta, el pelo cortado á lo Tito y sin mas vestido en los

hombres que un faldellin y en las mujeres un sarri blanco que las envolvia de la cabeza á los pies. —No tengo mas que un temor, dijo el capitán Hod, y es que al maharadya se le antoje comprar nuestro Gigante de Acero y que ofrezca tal cantidad que nos veamos obligados á vendérselo á S. A.

—Jamás, respondió Banks. En todo caso le construiría otro elefante cuando quisiera, tan poderoso que pudiera arrastrar toda su capital desde un extremo de sus Estados al otro. Pero este no le venderemos á ningún precio; ¿no es verdad, Munro?

—A ningún precio, respondió el coronel en tono de un hombre á quien la oferta de millones no podía seducir.

Por lo demás, no hubo necesidad de disputar sobre la venta de nuestro coloso: el maharadya no estaba en Burdwan y la única visita que recibimos fue la de su *kamdar*, especie de secretario particular que examinó nuestro tren. Hecho el examen, aquel personaje nos ofreció, y nosotros aceptamos de buena gana, acompañarnos á visitar los jardines del palacio plantados de las mas hermosas especies de la vegetacion tropical, y regados por aguas vivas que se distribuyen en estanques ó corren en canales. Visitamos tambien el parque, adornado de kioscos fantásticos de magnífico efecto, alfombrado de prados llenos de verdor, poblado de ciervos, gansos y elefantes que representaban la fauna doméstica, y de leones, tigres, panteras y osos representantes de la fauna silvestre encerrados en soberbias casas de fieras.

—¡Tigres en jaula como si fueran pájaros, mi capitán! exclamó Fox. Esto da compasion.

—Sí, Fox, respondió el capitán. Si se les consultara, estas honradas fieras preferirian vagar libremente por los bosques aunque fuera á riesgo de encontrarse con la bala explosiva de una carabina.

—Lo comprendo, mi capitán, respondió el asistente lanzando un suspiro.

Al dia siguiente, 10 de mayo, salimos de Burdwan. La Casa de Vapor, bien provista de todo lo necesario, atravesaba la via férrea por un paso de nivel y se dirigia rectamente hácia Ramgur, ciudad situada á 75 leguas poco mas ó menos de Calcuta.

Este itinerario dejaba á su derecha la importante ciudad de Murchedabad que no presenta nada de particular en su parte india, ni en su parte inglesa. Dejaba tambien á Monguir, especie de birmingham del Indostan, situada sobre un promontorio que domina la corriente del rio sagrado; y por último á Patra, capital del reino del Behar, que debíamos atravesar en direccion oblicua, centro importante del comercio del opio y que tiende á desaparecer bajo la invasion de las plantas trepadoras abundantes en su territorio. Pero teníamos una cosa mucho mejor que hacer y era seguir una direccion mas meridional, 2° mas abajo del valle del Ganges.

Durante esta parte del viaje el Gigante de Acero sostuvo un ligero trote que nos permitió apreciar la excelente instalacion de nuestras casas suspendidas sobre resortes. El camino, por otra parte, era hermoso y se prestaba á la prueba. ¿Se asustaban las fieras al pasar el gigantesco elefante vomitando humo y vapor? Es posible. En todo caso con gran admiracion del capitán Hod no pudimos ver entre los bosques de aquel territorio ninguna de ellas. Por lo demás, era en las regiones septentrionales de la India y no en las provincias de Bengala donde el capitán Hod pensaba satisfacer sus instintos de cazador y no tenia todavia de qué quejarse.

El 15 de mayo estábamos cerca de Ramgur á unas 50 leguas de Burdwan. La rapidez media habia sido de unas 15 leguas en 12 horas.

Tres dias despues, el 18, el tren se detenia cien kilómetros mas allá, cerca de la pequeña poblacion de Chira.

Ningun incidente habia marcado este primer período del viaje. Los dias eran calurosos, pero dormiamos perfectamente la siesta al abrigo de las galerías y pasábamos las horas de mayor calor en un

far niente delicioso. Cuando llegaba la noche Storr y Kaluth bajo la inspeccion de Banks, se ocupaban en limpiar la caldera y dar un recorrido á la máquina.

Entre tanto el capitán Hod y yo, acompañados de Fox y de Gumi y de los dos perros de muestra, fuimos á cazar por los alrededores del campamento. No se trataba sino de caza menor de pelo y de pluma. Pero si como cazador al capitán no le gustaba esta caza, como gastrónomo no dejaba de agradarle, y al dia siguiente con gran contento suyo y gran satisfaccion de monsieur Parazard, la comida contaba algunos platos sabrosos que economizaban nuestras conservas.

Algunas veces Gumi y Fox se quedaban para hacer el oficio de leñadores y aguadores. Era preciso reunir provisiones en el ténder para el dia siguiente; y por lo mismo Banks siempre que podia escogia como punto de descanso las orillas de un arroyo á la inmediacion de algun bosque. Todo este aprovisionamiento se efectuaba bajo la direccion del ingeniero, que no descuidaba ni un detalle.

Cuando todas las tareas estaban terminadas encendíamos los cigarros, excelentes *charutos* de Manila y fumábamos hablando del país, que Hod y Banks conocian á fondo. En cuanto al capitán, desdeñando el vulgar cigarro, aspiraba á plenos pulmones al través de un tubo de 20 pies de largo el humo aromatizado de un *jukah* cuidadosamente lleno de tabaco por la mano de su asistente.

Nuestro mayor deseo hubiera sido que el coronel Munro nos siguiese durante las rápidas escursiones que hacíamos por las cercanías del campamento. Siempre en el momento de marchar se lo proponiamos, pero tambien siempre se negaba á aceptar nuestra oferta y se quedaba con el sargento MacNeil. Ambos se paseaban entonces por el camino yendo y viniendo sin alejarse mas de cien pasos. Hablaban poco pero parecian entenderse perfectamente y no tenian necesidad de palabras para comunicarse sus pensamientos. Uno y otro estaban absortos en los funestos recuerdos que parecian indelebiles. ¿Quién sabe si estos recuerdos no se reanimaban á medida que sir Eduardo Munro y el sargento se acercaban al teatro de la sangrienta insurreccion!

Evidentemente alguna idea fija, que sabremos mas adelante, y no el simple deseo de acompañarnos era la que habia movido al coronel Munro á formar parte de esta expedicion al norte de la India. Debo decir que Banks y el capitán Hod eran de mi misma opinion en este punto; y así los tres, no sin cierta inquietud por el porvenir, nos preguntábamos si aquel elefante de acero que corria al través de las llanuras de la península llevaria consigo los elementos de un terrible drama.

CAPITULO VII.

LOS PEREGRINOS DEL FALGÚ.

El Behar formaba en otro tiempo el imperio de Magadha. Era una especie de territorio sagrado en la época de los budistas, y todavia está cubierto de templos y monasterios. Pero desde hace muchos siglos los brahmanes han sucedido á los sacerdotes de Buda; se han apoderado de los *viharas*, les esplotan y viven de los productos del culto; y como acuden fieles de todas partes, hacen competencia á las aguas sagradas del Ganges, á las peregrinaciones de Benarés y á las ceremonias de Yagrenat. En fin, puede decirse que el país es enteramente suyo. Y es aquel un país riquísimo con sus inmensos arrozales de verde esmeralda, sus vastas plantaciones de opio, y sus innumerables aldeas perdidas entre el ver-

dor sombreadas de palmeras, de mangos, de taras sobre las cuales la naturaleza ha tendido como una red, un laberinto de lianas. Los caminos que seguía la Casa de Vapor, formaban otras tantas cañadas cubiertas de espeso follaje, y cuyo húmedo suelo mantenía una frescura agradable. Ibamos adelantando teniendo siempre á la vista el mapa, y sin temor de perdernos. Los bramidos de nuestro elefante se mezclaban con el concierto ensordecedor de la gente alada, y con los gritos discordantes de las tribus de monos. El humo que despedía en espesas volutas, se estendía por los bananeros cuyos dorados frutos se destacaban como estrellas en medio de ligeras nubes. A su paso se levantaban bandadas de avecillas de los arrozales, que confundían su plumaje blanco con las blancas espirales del vapor. Allá y acá grupos de bananeros, de plamplemusas, de *dalhs*, especie de guisantes arborescentes de un metro de altura, se destacaban con vigor, y servían de punto de reposo á los paisajes que aparecían en segundo y último término.

¡Pero qué calor! Apenas entraba un poco de aire húmedo por las esteras de nuestras ventanas. Los vientos cálidos cargados de calórico que acarician las superficies de las largas llanuras del Oriente, cubrían el campo con su aliento abrasador. Ya era tiempo de que la monzon de junio viniese á modificar aquel estado atmosférico, por que nadie podría soportar los ataques de aquel sol de fuego sin esponerse á una sofocación mortal.

Así es que la campaña estaba desierta. Los mismos campesinos, aunque acostumbrados á los rayos abrasadores del sol, no podían entregarse á las tareas de la agricultura. El camino lleno de sombra era el único practicable y esto á condición de recorrerle al abrigo de nuestro bungalow portátil. Era preciso que nuestro fogonero Kaluth fuese, no diré de platino, porque de platino se fundiría, sino de carbono puro para no entrar en fusión ante el fogón ardiente de su caldera. Pero el valiente indio resistía y había adquirido una segunda naturaleza viviendo en la plataforma de las locomotoras y recorriendo los ferro-carriles de la India central.

El termómetro suspendido de la pared del comedor marcó 106° Fahrenheit (41° 11 centígrado) el día 19 de mayo. Aquella tarde habíamos podido dar nuestro paseo higiénico de *Hawakana*, palabra que significa propiamente comer aire y que se aplica cuando después de un día de calor sofocante, se sale á respirar un poco del aire tibio y puro del anochecer. Esta vez en lugar de comer aire, era la atmósfera la que parecía devorarnos.

—Señor Maucler, me dijo el sargento Mac-Neil, esto me recuerda los últimos días de mayo cuando sir Hugo Rose con una batería de dos piezas solamente, trató de abrir brecha en el recinto de Lucknow. Hacia diez y seis días que habíamos pasado el Betwa y en todo este tiempo no habíamos quitado una sola vez el freno á los caballos. Peleábamos entre enormes murallas de granito que era como si estuviésemos entre las paredes de ladrillo de algún alto horno. Por nuestras filas pasaban los *chitsis* que llevaban agua en odres, y mientras disparábamos nos la vertían sobre la cabeza, sin lo cual habríamos caído asfixiados. Me acuerdo mucho; yo estaba medio muerto; parecía que mi cráneo iba á estallar, y hubiera caído en tierra si el coronel Munro que me vió, no hubiese arrancado un odre de las manos de un *chitsi* y lo hubiera vertido sobre mí; y vea usted aquel odre era el último que los *chitsis* habían podido proporcionarse. Eso no se olvida nunca, amigo mio. Yo desde entonces prometí gota de sangre por gota de agua. Aunque hubiera dado yo la mia por mi coronel, aun le hubiera quedado deudor.

—Sargento Mac-Neil, pregunté yo, ¿no cree usted que desde que salimos de Calcuta, el coronel Munro parece mas pensativo que de costumbre?

—Sí señor, respondió Mac-Neil interrumpiéndome vivamente; pero eso es muy natural. Nos acercamos á Lucknow y á Cawnpore donde Nana Sahib mandó asesinar.... ¡Ah! no puedo hablar de eso sin que se me suba la sangre á la cabeza. Quizá habria valido mas modificar el itinerario de este viaje, y no atravesar las provincias devastadas por la insurrección. Ha pasado todavía muy poco tiempo desde esos terribles acontecimientos para que se haya debilitado su memoria.

—¿Por qué no cambiar de itinerario? dije yo entonces. Si usted quiere, Mac-Neil, yo hablaré á Banks y al capitán Hod....

—Ya es demasiado tarde, respondió el sargento y creo por otra parte que mi coronel desea volver á ver, quizá por última vez, el teatro de esa guerra horrible y visitar de nuevo el sitio donde Lady Munro encontró la muerte, ¡y qué muerte!

—Si así es, dije yo, mas vale dejar al coronel Munro que haga lo que quiera y no modificar nuestros proyectos. Muchas veces es un consuelo para el dolor llorar sobre la tumba de los seres queridos.

—Sobre la tumba, sí, exclamó Mac-Neil. ¿Pero es una tumba ese pozo de Cawnpore donde tantas víctimas fueron precipitadas confusamente? ¿Es ese un monumento funerario que se parezca á los que en los cementerios de Escocia se conservan y se cuidan por manos piadosas, entre flores, á la sombra de hermosos árboles con un nombre, uno solo, el nombre del sér que ya no existe? ¡Ah, señor Maucler! ¡temo que el dolor de mi coronel ha de ser espantoso! Pero, lo repito, ya es demasiado tarde para apartarle de ese pensamiento. Quizá si tratáremos de variar de dirección se negaría á seguirnos. Dejemos marchar los sucesos como van y que Dios nos conduzca.

Evidentemente Mac-Neil hablando así, sabía á qué atenerse acerca de los proyectos de sir Eduardo Munro. ¿Pero me decía toda la verdad? ¿Era solo el deseo de visitar á Cawnpore el que había decidido al coronel á salir de Calcuta.

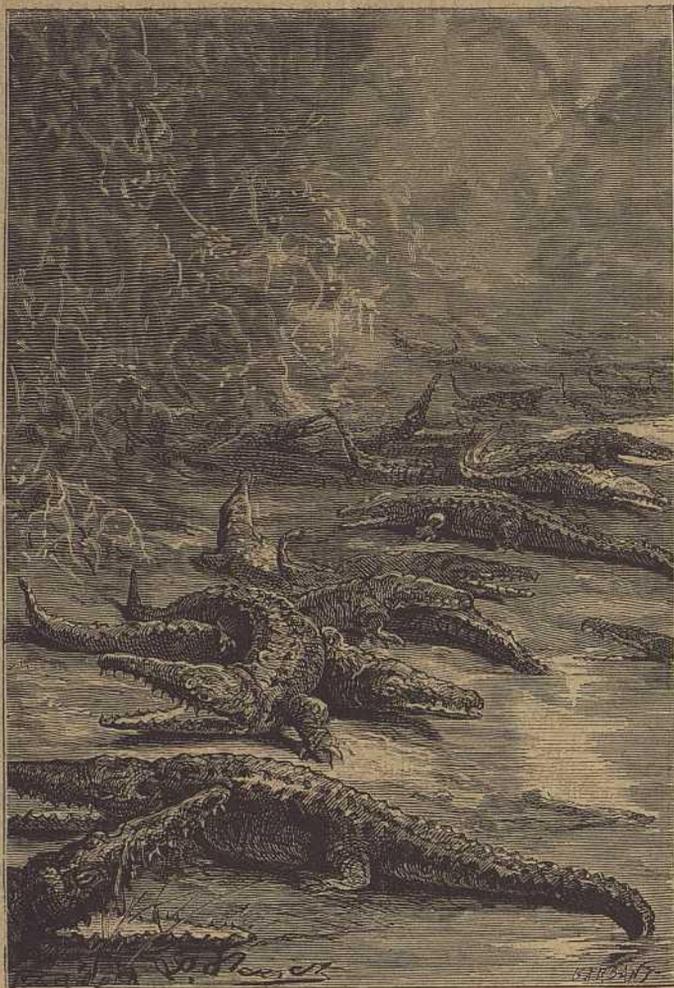
De todas maneras procedía como bajo el impulso de un imán que le atrajese hacia el teatro donde se había desarrollado aquel funesto drama..... Era preciso dejarle ir.

Tuve entonces el pensamiento de preguntar al sargento, si por su parte había renunciado á toda idea de venganza. En una palabra, si creía que Nana Sahib hubiese muerto.

—No señor, me respondió claramente. Aunque no tengo ningun indicio en que pueda fundar mi opinión, no creo, no puedo creer que Nana-Sahib haya muerto sin haber sido castigado por tantos crímenes. No; y sin embargo, no sé nada, no tengo ninguna noticia. Lo creo por instinto, porque ya es algo en la vida tener por fin principal una venganza legítima. ¡Haga el cielo que mis presentimientos no me engañen y algun día.....!

El sargento no concluyó la frase, pero su gesto indicaba lo que su boca no había querido decir. El servidor era el reflejo exacto del amo.

Quando referí esta conversación á Banks y al capitán Hod, ambos estuvieron de acuerdo en que no debíamos variar el itinerario. Por lo demas, nunca se había pensado en pasar por Cawnpore, sino que una vez atravesado el Ganges, en Benarés, debíamos subir directamente hacia el Norte, atravesando la parte oriental de los reinos de Oude y de Rohilkhand. No era seguro, por mas que lo creyese Mac-Neil que sir Eduardo Munro quisiera volver á ver á Lucknow, ó á Cawnpore que le recordarian escenas horribles; pero en fin si quería visitar estos sitios, pensábamos no contradecirle.



En cuanto á Nana-Sahib, su notoriedad era tal, que si la noticia que señalaba su reaparicion en la presidencia de Bombay era cierta, debiamos oir hablar de él de nuevo. Pero á la salida de Calcuta, ya no se hablaba del nabab, y las noticias recogidas en el camino, nos hicieron creer que la autoridad habia sido inducida á error.

En todo caso, si tenian algo de ciertas las tales noticias, y si el coronel Munro abrigaba algun designio secreto, era de estrañar que Banks, su mas íntimo amigo, no fuese el confidente de tal secreto con preferencia al sargento Mac-Neil. Pero esto dependia sin duda, como dijo Banks, de que él hubiera hecho todo lo posible por apartar al coronel de peligrosas é inútiles investigaciones, mientras que el sargento procedia de un modo contrario.

El 19 de mayo al medio dia pasamos el pueblo de Chitra: la Casa de Vapor se hallaba entonces á 450 ki ómetros de su punto de partida.

Al dia siguiente, 20, al anochecer, el Gigante de Acero llegó, despues de un dia de calor terrible, á las inmediaciones de Gaya é hicimos alto á orillas

de un rio sagrado, el Falgú, muy conocido de los peregrinos. Las dos casas se establecieron en un sitio delicioso, sombreado de hermosos árboles cerca del rio y á dos millas poco mas ó menos de la ciudad. Nuestra intencion era pasar treinta y seis horas en aquel paraje; es decir, dos noches y un dia, por que el sitio era muy curioso de visitar como he dicho mas arriba.

Al dia siguiente á las cuatro de la mañana, á fin de evitar los calores, Banks, el capitan Hod y yo nos despedimos del coronel Munro, y nos dirigimos hacia Gaya.

Dicese que anualmente afluyen ciento cincuenta mil devotos á este centro de los establecimientos brahmánicos. En efecto, en las cercanías de la ciudad los caminos estaban invadidos por gran número de hombres, mujeres, ancianos, y niños, los cuales iban procesionalmente atravesando el campo, despues de haber arrostrado las mil fatigas de una larga peregrinacion para cumplir sus deberes religiosos.

Banks habia ya visitado este territorio del Behar en la época en que hacia los estudios de un camino



El ruido no provenia ni del agua ni del aire.

de hierro que todavía no se ha emprendido. Conocia, pues, el país y no podíamos tener mejor guía. Además había obligado al capitán Hod á dejar en el campamento todos sus atavíos de caza; de manera que no había peligro de que nuestro Nemrod nos abandonara en el camino.

Poco antes de llegar á la ciudad á la cual se puede dar justamente el nombre de santa, Banks nos hizo detener delante de un árbol sagrado alrededor del cual muchos peregrinos de varias edades y sexos se mantenían en actitud de adoración.

Aquel árbol era un *pipal* de tronco enorme; pero aunque la mayor parte de las ramas habían ya caído de vejez, no debía contar más de doscientos á trescientos años de existencia, según pudo observar Mr. Luis Rousselet dos años después en su interesante viaje por la India.

Este árbol se llama en religión el árbol Bodhi, y era el último representante de la generación de pipales sagrados, que sombrearon aquellos sitios mismos durante una larga serie de siglos, y de los cuales

el primero fue plantado 500 años antes de la Era cristiana. Es probable que para los fanáticos prosternados á sus pies, era el árbol mismo que Buda consagró en aquel lugar. Se levanta sobre un terrado arruinado cerca de un templo de ladrillo, cuyo origen es evidentemente muy antiguo.

La presencia de tres europeos en medio de aquellos millares de indios no fue bien acogida. No nos dijeron nada, sin embargo, pero no pudimos llegar hasta el terrado, ni penetrar en las ruinas del templo. Por lo demás, los peregrinos le llenaban y habría sido difícil abrirse camino entre ellos.

—Si hubiera ahí algún brahman, dijo Banks, nuestra visita sería más competente y podríamos ver el edificio hasta sus mayores profundidades.

—¿Cómo, dije yo, un sacerdote sería menos severo que sus propios fieles?

—Mi querido Maucler, dijo Banks, no hay severidad que resista á la oferta de algunas rupias. Al fin y al cabo es preciso que los brahmanes vivan.

—No veo semejante necesidad, respondió el capti-

tan Hod que no concedía á los indios la tolerancia que sus compatriotas justamente les otorgan.

Por el momento, la India no era para él mas que un vasto territorio de caza reservada, y prefería á la poblacion de las ciudades y de los campos las fieras de los bosques.

Despues de haber estado un rato al pie del árbol sagrado, Banks nos condujo al camino en direccion á Gaya. A medida que nos acercábamos á la ciudad santa, se aumentaba la multitud de peregrinos. En breve, entre un claro que dejaba el bosque, se nos presentó Gaya situada en la cima de la roca coronada de sus construcciones pintorescas.

Lo que atrae sobre todo la atencion de los viajeros en este sitio, es el templo de Visnú. Este templo es de construccion moderna porque ha sido reedificado hace pocos años por la reina de Holar; su gran curiosidad consiste en las huellas que dejó el pie de Visnú cuando se dignó descender á la tierra para luchar con el demonio Maya. La lucha entre un Dios y un diablo no podia estar dudosa por mucho tiempo; el demonio sucumbió, y un trozo de piedra visible en el recinto mismo de Visnú-Pad manifiesta la profunda impresion que hicieron en la peña los pies de Visnú, y demuestra que el diablo tenia que habérselas con un sér dotado de una fuerza inmensa.

He dicho un trozo de piedra visible, y debo añadir visible para los indios solamente. En efecto, no se admite á ningun europeo á contemplar estos divinos vestigios. Quizá para distinguirlos bien en la piedra milagrosa se necesita una fé robusta, que no se encuentra ya en los creyentes de los paises occidentales. Esta vez Banks ofreció en vano sus rupias á los brahmanes; ninguno quiso aceptar lo que hubiera sido el precio de un sacrilegio. ¿Era que la suma de rupias ofrecida, no estaba á la altura de la conciencia de un brahman? No me atrevo á decidir sobre este punto; lo cierto es que no pudimos penetrar en el templo y que no he podido saber hasta ahora los puntos que calzaba el pie del bello jóven de color azulado, vestido como un rey de los antiguos tiempos, célebre por sus diez encarnaciones, y que representa el principio conservador, opuesto á Siva, feroz emblema del principio destructor, y á quien los vaishnavas, ó sean los historiadores de Visnú reconocen como el primero de los trescientos treinta millones de dioses que pueblan su mitología eminentemente politeista (1).

Pero no por eso entinos haber hecho aquella excursion á la ciudad santa ni al Visnú-Pad. Pintar la confusion de templos; la sucesion de patios; la aglomeracion de viharas que nos fue preciso rodear ó atravesar para llegar al templo de Visnú seria imposible. El mismo Teseo con el hilo de Ariadna en la mano, se habria perdido en aquel laberinto.

Bajamos despues de la roca en que está situada Gaya. El capitán Hod estaba furioso y queria jugar alguna mala pasada al brahman que nos habia negado el acceso al templo de Visnú.

—No piense usted en eso, Hod, le dijo Banks deteniéndole. ¿No sabe usted que los indios miran á sus sacerdotes los brahmanes, no solamente como hombres de sangre ilustre, sino tambien como seres de un origen superior?

Cuando llegamos á la parte del Falgú que baña la roca de Gaya, se desarrolló á nuestra vista el espectáculo de una prodigiosa aglomeracion de peregrinos. Allí se coleaban en gran confusion hombres y mujeres, ancianos y niños, habitantes de las ciudades y de los campos, ricos labradores y pobres de la mas infima categoria; los vaishas, mercaderes y agri-

(1) La religion india es mas panteista que politeista: tiene un Dios, Brahma; una trinidad: Brahma, Visnú y Siva. El primero es el principio creador, el segundo el principio conservador y el tercero el principio destructor. La trasmigracion y la absorcion final en Brahma, es la doctrina de esta religion.

cultores; los chatrias, guerreros del pais; los sudras, pobres artesanos de sectas diferentes; los parias, que están fuera de la ley y cuya vista mancha los objetos sobre los cuales recae; en una palabra, todas las clases ó todas las castas de la India: el radyaputa vigoroso, codeándose con el flaco bengalí; los hombres del Pendyab, opuestos á los mahometanos de Smda; los unos que habian viajado en palanquines; los otros que habian hecho el camino en carros tirados por grandes búfalos; y otros tendidos cerca de sus camellos cuya cabeza viperina se alargaba sobre el suelo; otros que habian llegado á pie de todas las partes de la península. Acá y allá se levantaban tiendas, y en diversos puntos se veian carretas desenganchadas y chozas hechas de ramas de árboles que servian de moradas provisionales á toda aquella multitud.

—¿Qué confusion! dijo el capitán Hod.

—Las aguas del Falgú no serán agradables de beber cuando se ponga el sol, observó Banks.

—¿Y por qué? pregunté yo.

—Porque esas aguas son sagradas y toda esa muchedumbre sospechosa va á bañarse en ellas como los gangistas se bañan en las aguas del Ganges.

—¿Y estamos nosotros rio abajo?, exclamó Hod tendiendo la mano en direccion á donde se hallaba nuestro campamento.

—No, mi capitán, respondió el ingeniero; afortunadamente estamos rio arriba.

—Enhorabuena, Banks; no quisiera que en fuentes tan impuras bebiese nuestro Gigante de Acero.

Entre tanto íbamos pasando por entre millares de indios que ocupaban un espacio muy pequeño para tan gran multitud.

Al principio hirió nuestros oidos un ruido discordante de cadenas y campanillas. Eran los mendigos que apelaban á la caridad pública.

Allí hormigueaban muestras diversas de esa cofradía truhanesca tan considerable en la península india. La mayor parte ostentaban llagas falsas como los pobres de la edad media; pero si los mendigos de profesion en la India son en su mayor parte enfermos fingidos, tambien los hay fanáticos, y es imposible llevar la conviccion, ó mejor dicho, el fanatismo, mas lejos de lo que ellos lo llevan.

Habia faquires casi desnudos cubiertos de ceniza: unos tenian el brazo en quillosado por una tension prolongada; otros llevaban las manos atravesadas por las uñas de sus propios dedos; otros se habian impuesto la condicion de medir con su cuerpo todo el camino que habian andado, tendiéndose en el suelo, levantándose, volviéndose á tender y caminando así centenares de leguas como si hubiesen servido de cuerda de agrimensur. Aquí varios fieles, embriagados por el hang (ópio líquido mezclado con una infusion de cáñamo) estaban suspendidos de las ramas de los árboles por ganchos de hierro introducidos en sus sobacos, y así se mecian y daban vueltas hasta que se les desgarraban las carnes y caian en las aguas del Falgú. Otros en honor de Siva, con las piernas atravesadas y la lengua perforada por flechas, se hacian lamer por serpientes la sangre que corría de sus heridas.

Este espectáculo no podia menos de ser repugnante para un europeo. Tenia yo, pues, deseos de pasar lo mas pronto posible para evitarlo cuando Banks me detuvo diciendo:

—La hora de la oracion.

En aquel momento un brahman levantó la mano entre la multitud y la dirigió hácia el sol que hasta entonces habia estado oculto por la roca de Gaya.

El primer rayo lanzado por el astro fue la señal para que la multitud medio desnuda entrase en las aguas sagradas. Hubo entonces simples inmersiones como en los primeros tiempos del bautismo, pero

debo decir que no tardaron en cambiarse en verdaderos baños cuyo carácter religioso era difícil comprender. Ignoro si los iniciados al recitar las *estlocas* ó versículos que por un precio convenido les dictan los sacerdotes pensaban más en lavar su cuerpo que en lavar su alma. La verdad es que después de haber tomado agua en el hueco de la mano, de haber aspergeado á los cuatro puntos cardinales, se echaban algunas gotas en el rostro como los bañistas que se entretienen con las primeras olas en la playa. Debo añadir por lo demás, que no se olvidaban de arrancarse un cabello á lo menos por cada pecado que habían cometido. ¿Cuántos habría allí que habrían merecido salir calvos de las aguas del Falgú!

Tales eran los movimientos balnearios de aquellos fieles. Tanto eran los chapuzones que se daban; tanto lo que agitaban las aguas con los talones y los brazos como nadadores consumados, que los cocodrilo, asustados, huían hasta la orilla opuesta, y allí, con sus ojos fijos sobre aquella multitud ruidosa que invadía su dominio, contemplaba el espectáculo haciendo resonar el aire con el chasquido de sus formidables mandíbulas. Los peregrinos no se cuidaban de ellos más que si hubieran sido lagartos ofensivos.

Era tiempo de dejar á aquellos singulares devotos ponerse en disposición de entrar en el Kailas, que es el paraíso de Brahma. Subimos, pues, por la orilla del Falgú y nos metramos á nuestro campamento.

El almuerzo nos reunió alrededor de la mesa y el resto del día, que fue muy caluroso, se pasó sin incidente. Al anochecer, el capitán Hod salió á recorrer la llanura inmediata y trajo alguna caza menor. Entre tanto Storr, Kaluth y Gumí, hicieron provisiones de agua y combustibles, y cargaron el fogón porque tratáramos de marchar al amanecer.

A las 9 de la noche todos nos habíamos retirado á nuestros respectivos cuartos. Preparábase una noche muy tranquila, pero muy oscura: espesas nubes ocultaban las estrellas y hacían pesada la atmósfera; el calor no había perdido nada de su intensidad á pesar de haberse puesto el sol.

Costóme algun trabajo dormirme: tan sofocante era la temperatura. Por mi ventana, que había dejado abierta, penetraba un aire ardiente que no parecía muy propio para la respiración.

A las 12 de la noche no había podido descansar un solo instante. Quería dormir tres ó cuatro horas por lo menos antes de marchar; pero como no es posible mandar al sueño, el sueño huía de mí.

Debía de ser á una de la mañana, cuando me pareció oír un sordo murmullo que se propagaba por las orillas del Falgú.

Al principio creí que comenzaba á levantarse hacia el Oeste algun viento de tempestad bajo la influencia de una atmósfera muy saturada de electricidad. Aquel viento sería sin duda muy ardiente; pero al fin haría mover las capas de la atmósfera y la haría quizá más respirable.

Me engañaba. Las ramas de los árboles que abrigan el campamento, conservaban una absoluta inmovilidad.

Saqué la cabeza por la ventana y escuché. Oíase el murmullo lejano, pero no se veía nada. La sábana formada por las aguas del Falgú estaba cubierta de sombras sin ninguno de esos trémulos reflejos que hubiera producido una agitación cualquiera de su superficie. El ruido no procedía ni del agua ni del aire.

Sin embargo, no había nada sospechoso. Me volví á acostar, y venciendo al fin el cansancio, comencé á dormirme oyendo de cuando en cuando el inesplicable murmullo que me había llamado la atención.

Por último, me quedé completamente dormido hasta que dos horas después, los primeros albores del

día penetraron las tinieblas, y una voz me despertó bruscamente.

Aquella voz llamaba al ingeniero.

—¿Señor Banks!

—¿Qué me quieres?

—Venga usted.

Conoci la voz de Banks y la del maquinista, que acababan de entrar en el corredor.

Me levanté inmediatamente y salí del cuarto. Banks y Storr estaban ya en la galería anterior. El coronel Munro me había precedido, y el capitán Hod no tardó en llegar también.

—¿Qué hay? preguntó el ingeniero.

—Mire usted, respondió Storr.

Los primeros resplandores del alba permitían entonces observar las orillas del Falgú y una parte del camino que se extendía por un espacio de varias millas. Nuestra sorpresa fue grande cuando vimos muchos centenares de indios tendidos por grupos que obstruían las dos orillas del camino.

—Son nuestros peregrinos de ayer, dijo el capitán Hod.

—¿Y qué hacen allí? pregunté yo.

—Sin duda esperan á que salga el sol, respondió el capitán, á fin de sumergirse de nuevo en las aguas sagradas.

—No, respondió Banks, no es eso. Pueden hacer sus abluciones hasta en el mismo Gaya. Si han venido aquí es que...

—Es que nuestro Gigante de Acero ha producido su efecto habitual, exclamó el capitán Hod.

—Habrán sabido que había en las inmediaciones un elefante gigantesco, un coloso nunca visto y han venido á admirarle.

—¿Con tal que se limiten á la admiración! respondió el ingeniero moviendo la cabeza.

—¿Qué temes, Banks? preguntó el coronel Munro.

—Temo que esos fanáticos nos impidan el paso y molesten nuestra marcha.

—En todo caso ten prudencia. Con semejantes devotos, todas las precauciones son pocas.

—En efecto, respondió Banks.

Después, llamando al fogonero, le dijo:

—Kaluth, ¿está dispuesto todo?

—Sí señor.

—Pues bien, enciende.

—Sí, enciende, Kaluth, exclamó el capitán Hod. Calienta la caldera, Kaluth, y que nuestro elefante escape á esos peregrinos su aliento de humo y de vapor.

Eran las tres y media de la mañana y se necesitaba media hora todo lo más para que la máquina estuviese en presión. Se encendió el hornillo; la leña chispeó en el hogar y un humo negro se escapó de la gigantesca trompa del elefante, cuya estremidad se perdía entre las ramas de los grandes árboles. En aquel momento algunos grupos de indios se acercaron y hubo un movimiento general en la multitud que se acercó más y más á nuestro tren. Los que estaban en las primeras filas levantaban los brazos al aire estendiéndolos hacia el elefante; otros se inclinaban, se arrodillaban ó se prosternaban hasta tocar con la cabeza en el polvo. Aquella era evidentemente una adoración llevada al último punto.

El coronel Munro, el capitán Hod y yo, estábamos en la galería bastante intranquitos sin saber á dónde iría á parar aquel fanatismo. Mac-Neil se había asomado también y miraba silenciosamente. Banks había ido á situarse con Storr en la torrecilla que llevaba el enorme animal, y desde la cual podía maniobrar á su voluntad.

A las cuatro la caldera produjo un ronquido sonoro que sin duda los indios debían tomar por el gruñido de aquel elefante sobrenatural irritado. En aquel momento el manómetro indicaba una presión de cin-



Los fanáticos se levantaron dando gritos.

co atmósferas, y Storr hacía huir el vapor por las válvulas como si hubiese transpirado por la piel del gigantesco paquidermo.

—Estamos en presión, Munro, dijo Banks.

—Marcha, Banks, respondió el coronel, pero prudentemente, para no aplastar á nadie.

Ya era casi día claro entonces. El camino, que sigue la orilla del Falgú, estaba enteramente ocupado por la muchedumbre de devotos, poco dispuesta á dejarnos pasar.

En estas condiciones no era cosa fácil marchar sin aplastar á nadie.

Banks dió dos ó tres silbidos, á los cuales los peregrinos respondieron con ahullidos frenéticos.

—¡Separaos, separaos! gritó el ingeniero mandando al maquinista que abriese un poco el regulador.

Oyéronse los mugidos del vapor que se precipitaba en los cilindros. La máquina se movió hasta que las ruedas dieron media vuelta, y un poderoso chorro de humo blanco salió de la trompa del elefante.

La multitud se había separado un instante. El re-

gulador se abrió á medias; se aumentaron los relinchos del Gigante de Acero, y nuestro tren comenzó á moverse entre las filas apiñadas de los indios que no parecían dispuestos á ceder el sitio.

—Banks, tenga usted cuidado, exclamé yo de repente.

Porque inclinándome desde la barandilla, había visto á una docena de aquellos fanáticos arrojar al camino con intencion evidente de hacerse aplastar bajo las ruedas de la pesada máquina.

—¡Atencion, atencion! ¡Retiraos! decía el coronel Munro haciéndoles señas para que se levantasen.

—¡Imbéciles! gritaba á su vez el capitán Hod; creen que nuestro aparato es el carro del dios Yagrenat, y quieren que les aplasten sus ruedas.

A una señal de Banks, el maquinista cerró la introduccion del vapor. Los peregrinos atravesados en el camino y tendidos en tierra, parecían decididos á no levantarse. En torno suyo la multitud fanatizada lanzaba gritos de aprobacion y les animaba con sus gritos.



Vista de Benarés.

La máquina se había detenido. Banks no sabía qué hacer para salir de aquella dificultad.

De repente le ocurrió una idea.

—Veamos, dijo.

Abrió inmediatamente el grifo de los limpiadores de cilindros y salieron inmensos chorros de vapor al nivel del suelo, mientras que el aire resonaba con silbidos estridentes.

—¡Viva, viva! exclamó el capitán Hod. Azótales bien, amigo Banks, con vapor ardiente.

El medio era bueno. Los fanáticos azotados por los chorros de vapor se levantaron dando gritos. Querían hacerse aplastar, pero no hacerse quemar.

La multitud retrocedió y el camino quedó libre. Entonces se abrió totalmente el regulador; las ruedas mordieron profundamente el suelo y comenzó la marcha.

—¡Adelante, adelante! gritó el capitán Hod palmeando y riendo.

Y el Gigante de Acero á paso rápido desapareció en breve de la vista de la multitud absorta, como un animal fantástico en medio de una nube de vapor.

CAPITULO VIII.

ALGUNAS HORAS EN BENARÉS.

El camino estaba ya abierto delante de la Casa de Vapor; era el camino que por Saseram conduce á la orilla derecha del Ganges enfrente de Benarés.

Una milla mas allá del campamento se moderó la velocidad de la máquina, dejándola á unas dos leguas y media por hora. La intencion de Banks era acampar aquella noche misma á 25 leguas de Gaya y pasar tranquilamente la noche en los alrededores de la pequeña poblacion de Saseram.

En general los caminos de la India evitan lo posible los rios, que necesitan puentes, los cuales son muy costosos en aquellos terrenos de aluvion. Asi es que faltan en muchos puntos donde no ha sido posible impedir que el rio atraviase el camino. Es verdad que hay barcas; pero este antiguo y rudimentario aparato hubiera sido insuficiente para transportar nuestro tren. Por fortuna no teniamos necesidad de barcas ni de puentes. Precisamente durante aquel dia fue

necesario atravesar un importante río llamado el Sone, el cual, alimentado mas arriba de Rhotas por sus afluentes el Coput y el Coyle, va á perderse en el Ganges entre Arrah y Dinapore.

Nada mas fácil que este paso. El elefante se transformó naturalmente en motor acuático. Bajó la suave cuesta de la orilla; entró en el río, se mantuvo en su superficie, y batiendo el agua con sus anchas patas como las paletas de una rueda motora, arrastró suavemente el tren que flotaba detrás de él.

El capitán Hod no cabía en sí de gozo.

—¡Una casa portátil, exclamaba, una que es á la vez carruaje y barco de vapor! ¡No le falta mas que tener alas para transformarse en aparato volante y atravesar los espacios!

—Eso se hará un día ú otro, amigo Hod, respondió seriamente el ingeniero.

—Va lo sé, amigo Banks, respondió no menos seriamente el capitán. Todo se hará: pero lo que no puede hacerse es que vivamos doscientos años para ver esas maravillas. La vida no siempre es alegre, pero yo consentiría de buena gana en vivir diez siglos... nada mas que por pura curiosidad.

Por la noche, á doce horas de Gaya, despues de haber pasado bajo el magnífico puente tubular del camino de hierro, de 80 pies de alto sobre el lecho del Sone, acampamos en los alrededores de Saseram. Tratábase solamente de pasar una noche en aquel paraje para reponer la leña y el agua y volver á marchar al nacer el alba.

Este programa fue ejecutado puntualmente, y al día siguiente por la mañana, 22 de mayo, antes que el sol calentase, volvimos á emprender la marcha.

El país continuaba siendo el mismo; es decir, rico y bien cultivado como aparece en las inmediaciones del maravilloso valle del Ganges. No hablaré de las muchas aldeas que se pierden entre inmensos arrozales, entre innumerables bosqueillos de palmeras, bajo la sombra de mangos y otros árboles magníficos; y no nos deteníamos á contemplar estas maravillas; si alguna vez el camino se veía obstruido por algun carro tirado al paso lento de los búfalos, dos ó tres silbidos hacían retirar el carro, y nuestro tren pasaba con gran admiración de los carreteros.

Durante aquel día tuve el placer de ver gran número de campos de rosas. En efecto, no estábamos lejos de Gazipore, gran centro de producción del agua ó, mejor dicho, de la esencia de rosas.

Pregunté á Banks si podia darme algunas noticias sobre este producto tan buscado, que parece ser el colmo del arte en materia de perfumería.

—Daré á usted algunos datos estadísticos, me respondió Banks, y le demostraré cuán costosa es ésta fabricación. Primero se someten 40 libras de rosas á una especie de destilación lenta á fuego manso y el todo dá unas 30 libras de agua de rosas. Esta agua se vierte sobre una nueva vasija donde hay 40 libras de flores y se hace la destilación hasta que la mezcla queda reducida á 20 libras. Esta mezcla se espone durante doce horas al aire fresco de la noche, y á la mañana siguiente se encuentra fijada en su superficie una onza de aceite odorífico. Así, pues, de ochenta libras de rosas, se saca que no contiene menos de 200,000, no se saca finalmente mas que una onza de líquido. Es un verdadero esterminio, y así no es de admirar que aun en el país donde se producen las rosas, la esencia cueste 40 rupias, ó sean 100 francos la onza.

—¡Vamos! respondió el capitán Hod: si para fabricar una onza de aguardiente fueran necesarias 80,000 libras de uva, el grog estaria á un precio muy alto.

Durante este día, tuvimos que atravesar tambien el Karamnaca, uno de los afluentes del Ganges. Los indios han hecho de este inocente río una especie de

laguna Estigia, por la cual no es bueno navegar. Sus orillas no son menos malditas que las del Jordán ó del Mar Muerto. Los cadáveres que se le confían van derechos al infierno brahmánico. No discuto sobre estas creencias; pero protesto contra la opinion de los que creen que el agua de este diabólico río es desagradable al paladar y mal sana para el estómago. Al contrario, es excelente.

Por la noche, despues de haber atravesado un país muy poco accidentado, entre inmensos campos de ópio y un vasto tablero de arrozales, acampamos á la orilla derecha del Ganges, en frente de la antigua Jerusalem de los indios, la ciudad santa de Benarés.

—¡Veinticuatro horas de parada! dijo Banks.

—¿A qué distancia estamos de Calcuta? pregunté yo al ingeniero.

—A unas 350 millas, me respondió, y confesará usted, amigo, que no hemos notado ni lo largo, ni las fatigas del camino.

¡El Ganges! ¿Hay un río cuyo nombre recuerde leyendas mas poéticas? ¿No parece que la India se resume en él toda entera? ¿Hay en el mundo un valle que se estiende como éste por espacio de 500 leguas y no cuente menos de cien millones de habitantes? ¿Hay un sitio en el globo, en que se hayan acumulado mas prodigios desde la aparición de las razas asiáticas? ¿Qué habria dicho del Ganges Victor Hugo, que tan magní camente ha cantado el Danubio? Sí, un río puede hablar alto cuando

Tiene como el mar creciente

Por el globo se desata

Y como sierpe de plata,

Corre de Occidente á Oriente.

El Ganges tiene sus grandes olas, sus ciclones; mas terribles que los huracanes de los ríos europeos, él se desarrolla tambien como una serpiente, por los mas poéticos países del mundo y él tambien corre de Occidente á Oriente; pero no es en una pequeña cordillera de cerros, donde toma su origen, sino en la mas alta cadena del globo, en las montañas del Tibet, de donde se precipita absorbiendo todos los afluentes que encuentra en su camino. Es del Himalaya de donde baja.

En la mañana del 23 de mayo, al salir el sol, la gran sábana de agua brillaba delante de nuestra vista. Sobre la blanca arena, algunos grupos de cocodrilos de gran tamaño, parecían beber los primeros rayos del astro del día. Estaban inmóviles, vueltos hacia el sol como si hubieran sido los mas fieles sectarios de Brahma; pero algunos cadáveres que pasaban flotando por el río, les d'virtieron de su adoración. Estos cadáveres que lleva la corriente, se dice que flotan sobre la espalda cuando son de hombres y sobre el pecho, cuando son de mujeres; pero yo pude cerciorarme de la inexactitud de esta observación. Un instante despues los monstruos se arrojaron sobre la presa que todos los días les suministra el río y la arrastraban á sus profundidades.

El camino de hierro de Calcuta antes de su bifurcación en Allahabad para correr hácia Delhi al Noroeste, por un lado y hácia Bombay al Sudoeste, por otro, sigue constantemente la orilla derecha del Ganges, formando una línea recta que economiza las muchas sinuosidades de la playa. En la estación de Mogul-Serai, de la cual nos separaban algunas millas, hay un pequeño ramal que se dirige á Benarés atravesando el río y por el valle del Gumti va hasta Jaunpore recorriendo una distancia de 60 kilómetros.

Benarés está, pues, en la orilla izquierda; pero no era en este sitio donde debíamos pasar el Ganges, sino en Allahabad. El Gigante de Acero, se detuvo pues, en el campamento elegido la noche antes. Varias góndolas estaban amarradas á la orilla y despues

tas para conducirnos á la ciudad santa, que yo deseaba visitar con algun detenimiento.

El coronel Munro no tenia nada que aprender sobre aquella ciudad, ni nada que hacer en unos parrajes tan frecuentemente visitados por él. Aquel dia pensó sin embargo por un instante en acompañarnos; pero despues de haberlo reflexionado, se decidió á hacer una escursion por las orillas del rio, en compañía del sargento Mac-Neil. En efecto, ambos salieron de la Casa de Vapor, aun antes que nosotros. El capitán Hod que habia ya estado de guarnicion en Benarés, se determinó á hacer una visita á varios de sus compañeros; de manera que solo Banks y yo, porque el ingeniero habia querido servirme de guia, pasamos á la ciudad.

Cuando digo que el capitán Hod habia estado de guarnicion en Benarés, debo advertir que las tropas del ejército real no residen habitualmente en las ciudades indias. Sus cuarteles están situados en acantonamientos que por esta misma circunstancia vienen á ser verdaderas ciudades inglesas. Asi sucede en Allahabad, en Benarés y en otros puntos del territorio, donde se agrupan con preferencia en estos acantonamientos, no solo los soldados, sino tambien los empleados, los negociantes y los que viven de sus rentas. Cada una de estas grandes ciudades indias es, pues, doble: en una parte se ven todo el lujo y todas las comodidades de la Europa moderna; y en la otra se conservan las costumbres del pais en todo su color local.

La ciudad inglesa aneja á Benarés es Secrole, cuyos bungalows, alamedas é iglesias cristianas son poco interesantes de visitar. Allí se encuentran tambien las principales fondas frecuentadas por los viajeros. Secrole es una de esas ciudades que los fabricantes del Reino-Unido podrian enviar ya hechas y metidas en cajas, para montarlas en el sitio destinado. Asi, pues, no tiene curiosidad ninguna. Banks y yo nos embarcamos en una góndola y atravesamos oblicuamente el Ganges, para poder contemplar en su conjunto el magnífico anfiteatro que describe Benarés desde su alta orilla.

—Benarés, me dijo Banks, es por excelencia la ciudad sagrada de la India: es la Meca del Indostan y todo el que ha vivido en ella, aunque no sea mas que 24 horas, ti ne asegurada una parte en la felicidad eterna. Por eso se vé tanta multitud de peregrinos en ella y ya puede calcularse qué número de habitantes debe contar una ciudad á la cual Brahma ha concedido privilegios de esta importancia.

Se dan á Benarés mas de treinta siglos de existencia, lo cual quiere decir que se la supone fundada hácia la época de la ruina de Troya. Despues de haber ejercido constantemente grande influencia, no política, sino espiritual en el Indostan, llegó á ser el centro mas autorizado de la religion budistica hasta el siglo ix de nuestra Era. Entonces se verificó una revolucion religiosa; el brahmanismo destruyó el antiguo culto de Buda; Benarés se convirtió en capital de los brahmanes y en centro de atraccion de los fieles y se afirma que la visitan anualmente hasta trescientos mil peregrinos.

La autoridad metropolitana ha conservado su radica en la ciudad santa. Este príncipe, que recibe una pension bastante corta de Inglaterra, habita una magnífica residencia en Ramnagar, á orillas del Ganges. Es un descendiente auténtico de los reyes de Kaci, antiguo nombre de Benarés, pero no tiene ya influencia ninguna y se consolaria de su nulidad, si su pension no se limitase á un lakh de rupias ó sean unas 150,000 pesetas, que constituyen apenas el dinero que un nabab destinaba en otro tiempo á sus gastos menudos.

Benarés, como casi todos los pueblos del valle del Ganges, se reanició un instante de la grande insur-

reccion de 1857. En aquella época su guarnicion se componia del regimiento 37 de infanteria indigena; de un cuerpo de caballeria irregular y de medio regimiento sikh. De tropas reales, no tenia mas que media bateria de artilleria. Este puñado de hombres no podia tener la pretension de desarmar á los soldados indigenas. Por tanto las autoridades esperaron, no sin impaciencia, la llegada del coronel Neil, que se habia puesto en camino para Allahabad con el regimiento número 10 del ejército real. El coronel Neil entró en Benarés con oscientos cincuenta hombres solamente y en el acto se dispuso una parada en el campo de maniobras.

Cuando los cipayos estuvieron reunidos, se les dió orden de deponer las armas; y negándose á obedecer, se empeñó la lucha entre ellos y la infanteria del coronel Neil. A los rebeldes se unieron casi inmediatamente la caballeria irregular y luego los sikhs que se creyeron vendidos; pero entonces la media bateria abrió sus fuegos, disparó con metralla sobre los insurgentes y á pesar de su valor y de su encarnizamiento, todos fueron derrotados.

El combate habia tenido efecto fuera de la ciudad. En el interior no hubo mas que una pequeña tentativa de insurreccion por parte de los musulmanes, que levantaron el estandarte verde del profeta; pero esta tentativa abortó inmediatamente y desde entonces Benarés quedó tranquila y así se conservó aun en los dias en que la insurreccion parecia triunfar en las provincias del Oeste.

Banks me dió estos pormenores mientras nuestra góndola navegaba lentamente por las aguas del Ganges.

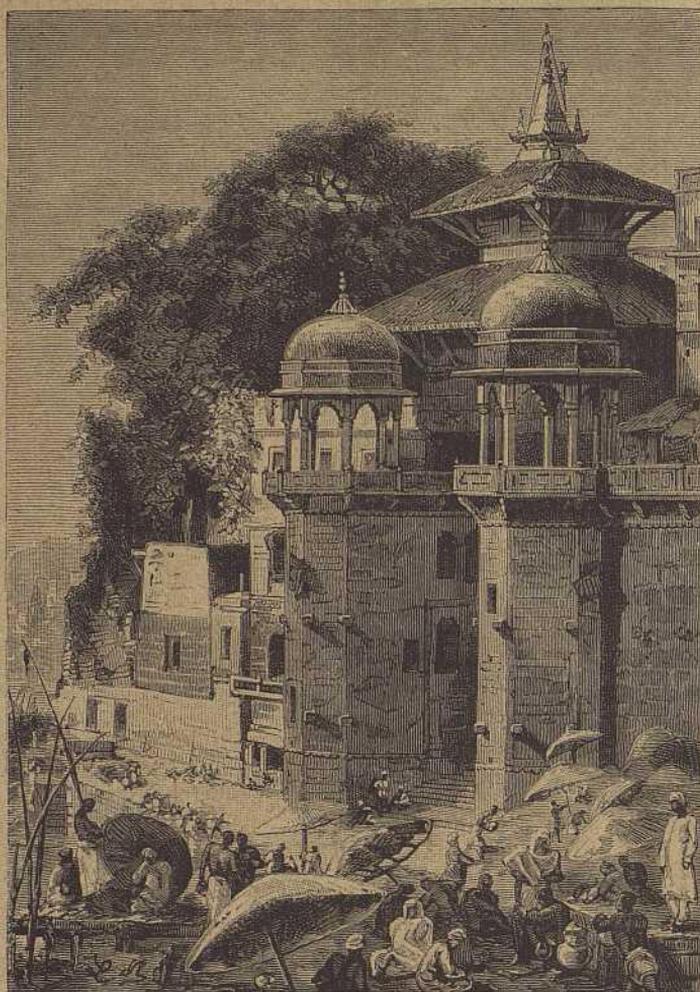
—Mi querido amigo, me dijo, vamos á visitar á Benarés; pero por mas antigua que sea esta capital, no encontrará usted en ella ningun monumento que tenga mas de trescientos años de existencia. No lo estrañe usted; es la consecuencia de las luchas religiosas en las cuales el hierro y el fuego han desempeñado un papel harto lamentable. Sin embargo, Benarés no deja de ser una ciudad curiosa y no sentirá usted haberla visitado.

Pronto nuestra góndola se detuvo á la distancia conveniente para permitirnos contemplar desde la bahia azul, como la de Nápoles, el pintoresco anfiteatro de las casas que se levantan sobre la colina, la multitud de palacios que amenazan venir al suelo, á consecuencia del hundimiento de la base en que descansan, incesantemente mada por las aguas del rio. Una pagoda nepalesa, de arquitectura china que está consagrada á Buda, y un bosque de torres, agujas, minaretes y pequeñas pirámides, pertenecientes á las mezquitas y á los templos y dominadas por la flecha de oro del Lingam, de Siva, y las dos delgadas flechas de la mezquita de Aureng-Zeb, coronan este maravilloso panorama.

En vez de de-embarcar inmediatamente en una de las *ghats* ó escaleras que unen las orillas del rio con la plataforma que las domina, Banks mandó que pasara la góndola delante de los muelles, cuyas primeras piedras están bañadas por el rio. Allí se reprodujo á mis ojos la escena de Gaya, pero en otro paisaje. En vez de los bosques verdes del Falgú, teníamos el segundo término la ciudad santa formando el fondo del cuadro; pero el asunto era sobre poco mas ó menos el mismo.

En efecto, millares de peregrinos cubrian la orilla, los terreros, las escaleras y acudian devotamente á sumergirse en el rio en tres ó cuatro filas. Pero no se crea que aquel baño era gratuito. Unos guardas con turbante rojo y sable al lado ocupaban los últimos escalones de las *ghats* y exigían el tributo en compañía de industriosos brahmanes, que vendian rosarios, amuletos ú otros utensilios de devocion.

Habia además ent e aquella multitud, no solamente



La pagoda en Benarés

te peregrinos que se bañaban por su cuenta, sino también traficantes, cuya única industria consistía en tomar las aguas sacrosantas del río, para llevarlas á los territorios lejanos de la península. Cada frasquito tenía por garantía la marca del sello de los brahmanes; sin embargo, puede creerse que el fraude se comete en grande escala, por lo inmenso de la exportación que se hace de este líquido maravilloso.

—Si no hubiera fraude, me dijo Banks, quizá no bastaría toda el agua del Ganges, para satisfacer las necesidades de los fieles.

Le pregunté si aquellos baños no producían con frecuencia accidentes que nadie trataba de evitar: porque, en efecto, no había allí ni peritos nadadores para detener á los imprudentes que se aventuraban en la rápida corriente del río, ni barcos que los recogiesen.

—Las desgracias son frecuentes, en efecto, me respondió Banks; pero si se pierde el cuerpo del devoto, su alma se salva y por esa razón no se hace caso de la pérdida del cuerpo.

—Y los cocodrilos? pregunté yo.

—Los cocodrilos, me respondió Banks, se apar-

tan generalmente de estos sitios porque el ruido les asusta. No son estos monstruos los más temibles; lo que más hay que temer son los malhechores que se sumergen bajo las aguas, se apoderan de las mujeres y de los niños, se los llevan y les roban las joyas que encuentran en ellos. Cítase un caso de uno de estos tunantes que cubierto con una cabeza mecánica, desempeñó por largo tiempo el papel de falso coco rilo y ganó un caudal con este oficio á la vez provechoso y arriesgado. Un día este intruso fue devorado por un verdadero cocodrilo y no se encontró de él más que la cabeza magullada sobrenadando en la superficie del río.

Por lo demás, hay también fanáticos feroces que van voluntariamente á buscar la muerte en las olas del Ganges y hasta ponen ciertos refinamientos en el suicidio ligándose alrededor del cuerpo una sarta de urnas vacías y agujereadas; de manera que poco á poco va penetrando en ellas el agua. Así se sumergen suavemente entre los aplausos desenfundados de los devotos.

Nuestra góndola nos llevó en breve delante de la escalera llamada de Manmenka. Allí se ven varias filas de piras, á las cuales se confían los cadáveres



El templo de Mankarnika.

de todos los muertos que se cuidan algo de la vida futura. Los fieles procuran ávidamente que sean quemados sus cadáveres en aquel santo lugar, y las piras arden noche y día. Los ricos labradores de los territorios lejanos se hacen trasladar á Benarés cuando sienten los ataques de una enfermedad mortal, porque Benarés es, sin contradicción, el mejor punto de partida para el viaje al otro mundo. Si el difunto no tiene mas que pecados veniales de que responder, su alma, llevada por los humos de Manmenka, irá derecha á la morada de la felicidad eterna. Si ha sido un gran pecador, su alma, por el contrario, deberá regenerarse previamente en el cuerpo de algun brahman que nazca; y si durante esta segunda encarnacion su vida ha sido ejemplar, no se le impondrá otra nueva y será definitivamente admitido á participar de las delicias del cielo de Brahma.

Dedicamos el resto del día á visitar la ciudad, sus principales monumentos, sus bazares de tiendas oscuras á la moda árabe. Allí se venden principalmente finas muselinas de un tejido precioso y el kinkob, especie de tela de seda con brocado de oro, que es

uno de los principales productos de la industria de Benarés. Las calles estaban muy bien cuidadas pero eran muy estrechas, como conviene á las ciudades heridas casi constantemente por los rayos de un sol tropical. Habia sombra en ellas, pero el calor era sofocante y yo me compadecia de los portadores de nuestro palanquin, que sin embargo no parecia que se quejasen demasiado del calor. Además aquellos pobres diablos habian encontrado una ocasion de ganarse algunas rupias y esto les daba fuerzas. No sucedia lo mismo respecto de cierto indio, ó mejor dicho bengali de mirada viva, de fisonomía astuta, que sin tratar de ocultarse demasiado, nos siguió durante casi toda nuestra escursion.

Al desembarcar en el muelle de Manmenka, hablando yo con Banks, pronuncié casualmente el nombre del coronel Munro. El bengali que estaba mirando nuestra góndola, no pudo impedir un movimiento de sorpresa; yo en los primeros instantes no fijé la atencion en él; pero recordé aquel movimiento cuando ví que seguia incesantemente nuestros pasos como un espía encontrándose siempre ya

delante, ya detrás de nosotros. ¿Era un amigo ó un enemigo? Yo no lo sabia; pero sin duda alguna era un hombre para quien no era indiferente el coronel Munro.

Nuestro palanquin no tardó en detenerse al pie de la gran escalera de cinco peldaños que conduce desde el muelle á la mezquita de Aureng-Zeb.

En otro tiempo los devotos subian de rodillas esta especie de *Santa Scala*, á imitacion de los fieles de Roma. Entonces se levantaba en aquel lugar el templo de Visnú que despues fue reemplazado por la mezquita del Conquistador.

Yo hubiera querido contemplar á Benarés desde lo alto de uno de los minaretes de esta mezquita, cuya construccion es considerada como un esfuerzo supremo de arquitectura. En efecto, estos minaretes, de 132 pies de altura, apenas tienen el diámetro de una sencilla chimenea industrial, y sin embargo, en lo interior de su fuste cilindrico se desarrolla una escalera de caracol. Pero no es permitido subir por ella, y con razon, porque ya dos de los minaretes se apartan sensiblemente de la vertical, y menos dotados de vitalidad que la torre de Pisa, acabarán por caer el día menos pensado.

Al salir de la mezquita de Aureng-Zeb encontré al bengalí que nos esperaba á la puerta. Esta vez le miré fijamente y él bajó los ojos; pero queriendo versi continuaria en su conducta, no quise llamar sobre él la atencion de Banks.

Cuéntanse por centenares en Benarés las pagodas y las mezquitas, lo mismo que los espléndidos palacios, de los cuales, sin disputa, el mas precioso es el del rey de Nagpore. Pocos radyas, en efecto, dejan de tener un apeadero en la ciudad santa á donde acuden en la época de las grandes fiestas religiosas de Melá.

No podia yo tener la pretension de visitar todos estos edificios en el poco tiempo de que disponíamos, y por tan o me limité á visitar el templo de Bicheshwar donde se levanta el Lingam de Siva. Esta piedra informe, mirada como parte del cuerpo del mas feroz de los dioses de la mitología india, está tapano un pozo cuya agua dicen que posee virtudes milagrosas. Contemplé tambien el Mankarnica ó sea la fuente sagrada en la cual se bañan los devotos con gran provecho para los brahmanes; y despues el Man-Mondir, observatorio construido hace doscientos años por el emperador Akbar y cuyos instrumentos todos de una inmovilidad marmórea están figurados en piedra.

Habia oido hablar tambien de un palacio para monos, que los viajeros no dejan de visitar en Benarés. Un parisiense debia creer naturalmente que iba á ver una reproduccion de la célebre casa de monos del Jardin Botánico de Paris; pero no era así.

Este palacio es un templo, el Durga-Khund, situado á corta distancia de los arrabales. Se construyó en el siglo ix y es uno de los monumentos mas antiguos de la ciudad. Los monos no están encerrados en jaulas enrejadas, sino que andan libremente por los patios, saltan de una pared á otra, suben á la cima de enormes mangos y se disputan á grito pelado los granos de arroz tostado que les gustan mucho y que les llevan los visitantes. Allí como en todas partes los brahmanes, custodios del Durga-Khund recaudan una pequeña retribucion que constituye de la profesion de guarda una de las mas lucrativas de la India.

No hay que decir que el calor nos habia fatigado bastante cuando pensamos en volver á la Casa de Vapor. Habiamos almorzado y comido en Secrole en

una de las mejores fondas de la ciudad inglesa, y sin embargo debo decir que echamos de menos la cocina de monsieur Parazard.

Cuando nos dirigiamos hácia la góndola, al salir del Gath, para volvernos á llevar á la otra orilla del Ganges, encontré otra vez al bengalí á dos pasos de la embarcacion. Le esperaba una canoa dirigida por un indio y se embarcó en ella. ¿Pensaba pasar el rio y seguirnos hasta el campamento? Esto iba siendo ya muy sospechoso.

—Banks, dije entonces en voz baja mostrándole al bengalí, ese es un espía que nos ha seguido á todas partes.

—Ya lo he visto, respondió Banks y he observado que lo que le ha llamado la atencion y le ha hecho seguirnos es el nombre del coronel que usted ha pronunciado.

—¿No debería mos...

—No; dejémosle hacer, respondió Banks. Mas vale que no sepa que tenemos sospecha ninguna. Además ya se ha marchado.

En efecto, la canoa del bengalí habia desaparecido entre las muchas embarcaciones de todas formas que surcaban á la sazón las aguas sombrías del Ganges.

Despues Banks, volviéndose hácia nuestro marinero, le preguntó en tono indiferente.

—¿Conoce á ese hombre?

—No señor, es la primera vez que le veo, respondió el marinero.

Habia llegado la noche: centenares de barcos empavesados, iluminados con faroles de muchos colores y llenos de cantores é instrumentistas, se cruzaban en todos sentidos por las aguas del rio. En la orilla izquierda quemaban fuegos artificiales muy variados que me recordaban que no estábamos lejos del Celeste Imperio donde son tan comunes. Seria difícil describir este espectáculo, verdaderamente incomparable. No pude saber con qué motivo se celebraba aquella fiesta nocturna que parecia improvisada y en la cual tomaban parte los indios de todas clases. En el momento en que concluia, la góndola tocaba en la otra orilla.

Fue aquella, por consiguiente, como una vision que no tuvo mas duracion que la de los fuegos efímeros que iluminaron por un instante el espacio y se extinguieron en la oscuridad. Pero ya he dicho que la India reverencia 300 millones de dioses, subdioses, santos y subsantos de toda especie, y el año no tiene bastantes horas, ni minutos, ni segundos para festejar tanto número de divinidades.

Cuando estuvimos de regreso en el campamento, el coronel Munro y Mac Neil habian vuelto ya. Banks preguntó al sargento si habia ocurrido algo nuevo durante nuestra ausencia.

—Nada, respondió Mac-Neil.

—¿No han visto ustedes por aquí ninguna persona sospechosa?

—Ninguna, señor Banks. ¿Tiene usted algun motivo para sospechar?...

—Hemos sido espíados durante nuestra excursion á Benarés, respondió el ingeniero y no me gusta que se nos espie.

—Y ese espía era...

—Un bengalí á quien ha llamado la atencion el nombre del coronel Munro pronunciado por mi amigo.

—¿Qué puede querernos ese hombre?

—No lo sé, Mac-Neil, pero será preciso vigilar.

—Se vigilará, respondió el sargento.

INDICE.

	<u>PAGS.</u>
CAPITULO I. — Una cabeza pregonada.	5
II. — El coronel Munro.	10
III. — La rebelion de los cipayos.	15
IV. — Las cuevas de Ellora.	21
V. — El Gigante de Acero.	27
VI. — Primeras etapas.	32
VII. — Los peregrinos del Falgú.	38
VIII. — Algunas horas en Benarés.	43

